

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22.

NÚM. 254.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

—
FEBRERO 1910
—

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle de López de Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

MADRID "IN ILLO TEMPORE"

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL ATENEO DE BARCELONA

Taberneros y tabernas.—Las seberas ambulantes.—Verduras.—Las cortinas.—Capas y sombreros.—La Cruz de Mayo.—Academias de baile.—Los perros.—Enfermedades contagiosas.—Los específicos.—La vacuna.—Cementerios.—Establecimientos insalubres.

El estudio de ciertas disposiciones sobre policía y costumbres facilita grandemente el conocimiento de una época determinada, y nos hace formar juicio aproximado de la cultura, de los usos y de las preocupaciones de nuestros abuelos.

Decía el rey D. Felipe IV en 1647, que en Madrid había excesivo número de tabernas, y nosotros, que no estamos de acuerdo con el criterio que informó la política de aquel monarca, ni con la gestión administrativa de sus ministros, en el caso concreto de esta afirmación nos ponemos de su parte, y, aun sin averiguar los antecedentes relativos al asunto, le creemos bajo su honrada palabra. Indudablemente, en el siglo xvii habría en Madrid más tabernas de las que el buen orden social aconsejaba, porque hemos visto que, según fué aumentando el censo de población durante los siglos xviii y xix, el número de tabernas, como picado por agudo acicate, no ha querido quedarse rezagado, y con anhelo constante, digno de mejor suerte, ha conservado valientemente la desproporción que, respecto del vecindario, existía ya en tiempo del rey don Felipe IV.

La real orden de 1647 tendía, con buen deseo, á atajar el mal, ó ponerle trabas, por lo menos, pues recomendaba que «se tuviera mucha atención en las licencias que se diesen, y que los taberneros no pudieran usar de ellas sin acudir á la Sala (*de Alcaldes de Casa y Corte*), para que les señalase la cantidad de vino que habían de vender cada año, comensurándolo con el número de tabernas que hubiere, respecto del gasto y consumo que por mayor se entendiere haber en esta Corte.»

Y no era sólo que había demasiadas tabernas, sino que el vino que en ellas se expendía solía mixtificarse en perjuicio de la salud pública. Así, en auto del Consejo de Castilla, de 27 de Octubre de 1612, en los días del rey D. Felipe III, se ordenó que: «Ningún tabernero, ni otra persona, bien fuese tratante ó cosechero, pudiera vender por mayor ni menor en las tabernas ni otra parte alguna de esta corte y su jurisdicción, vino nuevo, añejo remostado ni revuelto, hasta el día 1.º de Enero de cada año, sino que había de ser sólo añejo, puro legítimo y de buena calidad, sin mezcla alguna.»

Publicado el auto, es de suponer que los taberneros de Madrid lo cumplirían religiosamente, y que, expendiendo *vino añejo, puro legítimo, de buena calidad*, pasarían los aficionados ratos deliciosos en la taberna, bebiendo aquello que compararse podría con el sabroso néctar que los dioses usaron para diario en el Olimpo; pero el exacto cumplimiento del bando debió de echarse en olvido, por cuanto en 8 de Noviembre de 1799, es decir, ciento ochenta y siete años después, se vuelve á reproducir como cosa nueva, lo cual induce á creer que el respetable gremio de taberneros, sin huelgas ni alharacas, había dejado de cumplir el auto de 1612.

En tiempo de Carlos IV se prohibió que las tabernas tuvieran pozos, ni mangas con qué aclarar el vino, «pues en el caso de ser necesario aclararlo, sólo se permitía hacerlo con tierra de Esquivias y huevos, derramando sin detención las heces que quedaran en las vasijas en que se aclarase». Hoy la química nos da infinitas formas á precios económicos, para aclarar, es-

pesar, según los casos, y dar olor, color, sabor, suavidad, fortaleza y cuantas condiciones estime necesarias, con objeto de satisfacer el capricho de los parroquianos, el tabernero más descontentadizo.

Los comunidades religiosas de San Basilio, San Jerónimo, Atocha, Santo Tomás, el Rosario, Carmen, Merced Calzada, Noviciado, Colegio Imperial de la Compañía de Jesús y Clérigos Menores del Espíritu Santo, tenían tabernas para expender el vino *por menor*; y la real orden de 17 de Octubre de 1693 les confirmó el permiso, siempre que no vendiesen otra cosa que vino, que las tabernas estuviesen fuera de clausura, y que el encargado de la venta fuese persona seglar. No hacemos comentarios.

Durante los últimos años del siglo XVIII se publicó un bando curiosísimo, en el que, á manera de ordenanza ó reglamento, que había de estar pegado en una tablilla dentro del establecimiento, á la vista de todos, se dictaron algunas disposiciones de carácter general, y son las siguientes:

Cada taberna pagaba dos reales diarios al Real arbitrio, y una limosna, que no se especifica, al Colegio de San Nicolás de Bari.

No se permitía á los taberneros tener juegos de dados, naipes ni otro alguno. La malicia del lector le inducirá seguramente á suponer que la prohibición denunciaba la existencia del juego en las tabernas, y que después del bando se seguiría jugando con ciertas y determinadas precauciones.

Quizá para evitar esto se prohibió también poner cortinas en las puertas de estos establecimientos, dejándolas enteramente descubiertas, á fin de que se viese desde la calle lo que pasaba en el interior.

Durante las horas de trabajo de los talleres y oficios, no se permitía entrar en la taberna á los artesanos, oficiales y aprendices, y mucho menos á las mujeres. Aquí se podría burlar sin dificultad la vigilancia de las autoridades, pues como ya se ha dicho que había muchas tabernas, no era facti-

ble poner un alguacil á la puerta de cada una para inspeccionar y formar la estadística de la clientela.

También la moralidad cayó—¿y cómo no?—bajo la férula del bando. El tabernero soltero no podía tener por medidora, ni guisandera, mujer que no tuviera cuarenta años cumplidos. El nombre de guisandera está empleado en la acepción general de la palabra, pues debe hacerse constar que no hacía guisados, propiamente dicho, ni cocidos; estos condimentos estaban comprendidos dentro del anatema de la prohibición, y en las tabernas no se permitía servir más que manjares fritos.

Las tabernas, por fin, no podían tener puertas á dos calles, ni salidas al patio ó portal de la casa; y se habían de cerrar desde 1.º de Octubre á fin de Abril á las diez de la noche, y desde 1.º de Mayo á fin de Septiembre á las once.

Después de conocidas estas disposiciones, que no son todas las que sobre el asunto se dieron desde Felipe III á Carlos IV, demostrado queda, sin dejar lugar á ningún linaje de duda, que las autoridades se preocuparon por el buen orden, arreglo, higiene, moralidad y demás circunstancias que concurrir debieran en las tabernas y en los taberneros; pero fuese por dificultad material para obligar al cumplimiento ó por facilidad de eludirlo, es, pues, el caso, que la eficacia de éstas, como de otras muchas disposiciones, duró breve espacio de tiempo.

*
* *

Parece ser que en tiempo del rey D. Carlos III, ciertas mujeres que se dedicaban á la compra y venta de sebo en las casas particulares, por el uso constante que de esta sustancia se hacía para el alumbrado particular, no observaban la corrección de conducta que era de desear, y el Corregidor, con aquel celo paternal que caracterizaba las autoridades de entonces, confiando ingenuamente en que las pragmáticas y reales cédulas podían moralizar las costumbres, promulgó en 1.º de Diciembre de 1787 el bando siguiente:

«Habiendo acreditado la experiencia que muchas mujeres se dedican á buscar, comprar y vender sebo por las calles y casas de esta villa, abandonando las casadas, con este pretexto, la asistencia y cuidado de sus respectivos padres, maridos é hijos, empleándose también mozas solteras en este ejercicio, con riesgo de malear sus costumbres con menoscabo de su educación, y aun la pérdida de los mismos hijos, y se aventura la separación de los matrimonios, y que el marido, jornalero ó artesano, carezca de alivio y descanso que para reposo de sus tareas debía encontrar en la laboriosidad doméstica de su mujer é hijas: deseando evitar estos inconvenientes y otros que trae la continua ociosidad á que viven entregadas las que se dicen seberas; á fin de conseguir que dichas mujeres tomen una ocupación honesta que les asegure la subsistencia, contribuya á la felicidad y mayor arreglo de los matrimonios y casas en particular, y al mejor orden de la sociedad, haciendo que aprendan y se apliquen á labores, ejercicios y ocupaciones propias de su sexo, y que así sean útiles las muchachas y mujeres que por dedicarse al citado ejercicio no eran provechosas, y podían ser muy perjudiciales, viviendo expuestas á la corrupción de costumbres por su corta edad y sin sujeción á sus padres y maridos: por lo cual, y para no privar al público ni á los particulares del corto beneficio que puedan tener en la venta y recolección de los desperdicios del sebo, se manda:

»Que desde el 7 del mes de Enero próximo de 1788 cesen las muchachas y mujeres casadas en el ejercicio de buscar, comprar y vender sebo por las casas, calles y demás parajes de esta corte; y que en los días que faltan, y que se les conceden por término perentorio, se apliquen, tomen y aprendan la industria, ejercicio ú ocupación propia de su sexo, que más les acomode.»

El bando, que fué, sin duda, elaborado con estudio y detenimiento, añade otros particulares para completar el objeto de la disposición: no permite más que cuatro seberas en cada

uno de los ocho cuarteles ó distritos en que estaba dividida la población. Estas seberas, cuya severidad de conducta procuraba el Corregidor, habían de ser casadas ó viudas; no tener menos de cuarenta años, y se les prohibía salir fuera de su cuartel á ejercer al oficio. El sebo lo habían de llevar en cestas descubiertas; y si se les encontraba en ellas velas, medias velas, carne, tocino, aceite, garbanzos ú otra cualquier especie de la provisión de la casa, pagaban la multa de dos ducados y la pérdida del género.

Por el contexto de lo que se pudiera llamar preámbulo del bando, se trasluce la candidez que guiaba á la autoridad que lo promulgó; las razones que allí se alegan pueden ser más ó menos discutibles, y, desde luego, la prohibición irrogaría perjuicios á la sebera de buena fe, pues no todas caerían bajo el terrible sambenito que la ley les echaba encima. Quizá la venta de velas y comestibles, á escondidas del gremio, promoviera quejas por parte de los tenderos á quienes este tráfico clandestino produciría una seria competencia, por la proporción, que las seberas tenían, de dar los mismos géneros á más bajo precio.

Lo de que se buscasen en un término perentorio otra ocupación, propia de su sexo, ofrecería sus dificultades en determinados casos, y era, de todos modos, ocioso consignarlo en el bando, pues aquellas á quienes se prohibiese el oficio ó comercio de seberas, necesariamente habrían de buscarse otro medio de subsistencia, aunque la autoridad no les hiciera indicación alguna sobre el asunto. Y vaya en cuenta que la nueva ocupación podría tener los mismos ó mayores inconvenientes que la antigua, sin dejar de ser propia de su sexo: así vemos que, años adelante, con una mercancía más agradable que el sebo, llamaron la atención en Madrid las naranjeras, dedicándose á su venta por calles, plazas y paseos, mujeres de buen palmito y de lengua larga, donde afluía como en manantial inagotable el donaire y la agudeza, tal vez no siempre cultos, pero ingeniosos siempre.

El bando desde luego es curioso, y revela el laudable interés que guiaba al Corregidor en el mejoramiento de las costumbres, aunque guiado por un criterio administrativo arcaico ya en los tiempos de Floridablanca y Jovellanos.

*
* *

Vemos hoy en los puestos de verduras, que éstas se remojan frecuentemente para conservarlas frescas ó con apariencias de frescura, contraviniendo á lo dispuesto por un bando de 20 de Enero de 1792, en el que se prohibió á los verduleros tener aguas en cubas, cántaros ó cualquier vasija para lavar y aderezar las hortalizas, pues esto lo habían de hacer en los estanques de donde las sacasen, llevándolas ya limpias á los puestos destinados á la venta.

En aquella época se padecía en Madrid escasez de agua: el vecindario se surtía únicamente de la que proporcionaban los antiguos viajes de la Castellana, Alcubilla, Abroñigal alto y bajo y algún otro de menos importancia; de suerte que el conseguir un cántaro de agua resultaba tarea difícil, sobre todo en el verano, y los verduleros aprovechaban hasta el último extremo la que se procuraban, no sin harto trabajo; de aquí resultaba que el agua que tenían estaba casi siempre sucia, estacionada y, según el bando, fétida y corrompida, perjudicando más que otra cosa á las verduras con las frecuentes lociones ó lavaduras, *de modo que, aunque de muchos días llevadas á los puestos, parecían frescas y de toda bondad á la vista.*

Al presente, con la abundancia de agua que proporciona á Madrid la canalización del río Lozoya, la prohibición establecida por el bando de 1792 resultaría ineficaz, porque el verdulero puede renovar con frecuencia el agua que tenga á mano para refrescar las hortalizas, y aun exponerlas á la corriente de un caño en la más próxima fuente de vecindad. Ventajas de la vida moderna.

Y ya que de verduras escribimos, sépase que en 1803 los vendedores mezclaban entre los cardillos hierbas que se asemejaban á éstos en apariencia, pero que eran nocivas á la salud, por lo cual se mandó, bajo penas severas, que los cardillos se pusiesen enteros á la venta, sin mondarlos ni arrancarlos ninguna de sus hojas, á fin de que el comprador pudiera distinguir los verdaderos cardillos de los falsificados.

*
* *

A fines del siglo XVIII no se usaban persianas en los balcones; para evitar que penetrasen en la habitación los rayos solares ó las miradas del vecino de enfrente, poníanse cortinas de lienzo ó de estera, colocadas de manera tan imperfecta que solían caer á la calle, en compañía de las varillas de hierro en que estaban suspendidas, con menoscabo de la cabeza y de las costillas de los transeúntes. A obviar este mal tendía el bando siguiente de 26 de Junio de 1784:

«Para evitar en adelante los graves daños y perjuicios experimentados hasta aquí por la poca seguridad con que se cuelgan las cortinas exteriores de los balcones, rejas y ventanas, de que ha resultado no pocas veces caer á la calle sus varillas de hierro, hiriendo y maltratando á las personas que pasan, y aun verificándose en alguna la muerte; se manda que todos los dueños y administradores de casas de esta corte, y en su defecto los inquilinos á costa de alquileres, dentro de los treinta días primeros siguientes á la publicación de este bando, hagan poner y pongan á cada extremo del asiento de la varilla, dos nudos de madera, metidos y recibidos con yeso en la fábrica de la pared, de los cuales en uno vaya clavado con medio gozne unido á la varilla por su anillo cerrado, del que quedará ésta pendiente, y en el otro nudo un escarpión, donde descansen, después de puesta, la cortina.»

Esta disposición debió de tener exacto cumplimiento, pues

nosotros recordamos, de nuestra niñez, haber visto siempre aseguradas del modo descrito, en las fachadas, las varillas de hierro de las cortinas de ventanas y balcones.

*
* *

Está muy generalizada la creencia de que el célebre motín de capas y sombreros se produjo porque el ministro Esquilache quiso reformar la indumentaria de la gente del pueblo, acomodándola á las modas que se usaban en el extranjero, y nada hay más lejos de la verdad; su famoso bando, causa ó pretexto del motín, hacía cincuenta años que había sido promulgado, de forma que Esquilache no hizo más que obligar á su cumplimiento, según en la misma disposición se expresa, como verá el lector.

«No habiendo bastado para desterrar de la Corte el mal parecido y perjudicial disfraz, ó abuso del embozo con capa larga, sombrero chambergo ó gacho, montera calada, gorro ó redecilla, las reales órdenes y bandos publicados en los años de 1716, 1719, 1723, 1729, 1737 y 1740 prohibiendo dichos embozos, y especialmente la real orden que á consulta de la Sala de Consejo se renovó en el año 1745 y publicó por bando en 13 de Noviembre, Mando que ninguna persona, de cualquier calidad, condición y estado que sea, pueda usar en ningún paraje, sitio, ni arrabal de esta Corte y Reales Sitios, ni en sus paseos ó campos fuera de su cerca, del citado traje de capa larga y sombrero redondo para el embozo; pues quiero y mando que toda la gente civil y de alguna clase, en que se entienden todos los que viven de sus rentas y haciendas, ó de salarios de sus empleos, ó ejercicios honoríficos y otros semejantes; y sus domésticos y criados que no traigan librea de las que se usan, usen precisamente de capa corta (que á lo menos le falte una cuarta para llegar al suelo), ó de redingot ó capingot, y de peluquín ó pelo propio, y sombrero de tres picos, de forma que de ningún modo vayan embozados ni oculten el

rostro; y por lo que toca á los menestrales y todos los demás del pueblo, aunque usen de la capa, sea precisamente con sombrero de tres picos (1), ó montera de las permitidas al pueblo ínfimo.»

Los arrieros y trajineros podrían entrar en la corte con su propio traje, aunque no embozados; pero si permanecían aquí más de tres días, forzosamente habían de ajustarse á las prescripciones del bando.

*
* *

La costumbre de poner altares en las calles y en los portales de las casas, acosando las muchachas al transeúnte, con objeto de sacarle dinero para la Cruz de Mayo el día 3 del mes citado, la hemos conocido nosotros y ha durado hasta bien entrado el último cuarto del siglo XIX. Pues bien; esto se había prohibido por bando de 2 de Mayo de 1789, en que se mandaba:

«En conformidad de los bandos publicados en 1769 y 1770, ninguna persona, sea del estado que fuese, se presente y vista de Maya, ni ande con platillos pidiendo, ni los padres ú otras personas permitan á sus hijas que usen de tales trajes, y que tampoco formen altares en las calles, portales ni otros sitios profanos, pues con semejante pretexto se molesta á las gentes con petitorios ó demandas.»

Se ha necesitado el transcurso de un siglo para que el bando surtiese sus efectos. Esto da idea del carácter del pueblo de Madrid.

*
* *

El prurito de dar disposiciones, cuando éstas se entrometen en esfera que no es de la competencia del Gobierno, hace que pierdan fuerza y justificación, y que se echen en el olvido las que están justificadas y las que no.

(1) Caudiles les llamaban también.

Por real orden, nada menos que por real orden, de 15 de Marzo de 1790, se mandó lo siguiente:

«Para evitar los inconvenientes que se originan de concurrir á unas mismas horas personas de ambos sexos á las casas de maestros de danzas de esta corte, á tomar lección de baile, mezcla de dichos sexos, distracciones inoportunas, y modos peligrosos de vivir de personas ociosas y de costumbres poco arregladas; ningún maestro de danza admita en sus casas, con motivo de enseñanza, ni otro alguno, personas de ambos sexos en unas mismas horas, pues deberá destinar á las del uno las de la mañana, y á las del otro la tarde ó noche, pero nunca en esta última á las mujeres.»

De tiempo inmemorial, y en todos los países, el baile se constituyó por parejas de hombres y mujeres en que, recíprocamente, las personas de uno y de otro sexo forman figuras, combinaciones y juegos, al compás uniforme de la música, y esto, que es la esencia constitutiva del baile, parece que lo desconocía la real orden al prohibir las parejas de ambos sexos, dificultando grandemente el aprendizaje, sin contar con que en las academias de hombres, quizá algún bailarín se vistiera de mujer en ciertos pasos, á fin de hacer más práctica la lección, aunque con desdoro de la clase y del sexo.

*
* *

No podemos formarnos idea cabal de la apatía de las autoridades y de la tenaz resistencia del público á cumplir lo prevenido en los bandos de policía urbana, sino estudiando la historia de estas disposiciones. Nada más justificado, para precaver la propagación de la hidrofobia, en tiempo de verano, que la persecución de los perros vagabundos, y la obligación de que los vecinos cuidasen y vigilaren á los que tenían en sus casas; y, sin embargo, reconociendo los habitantes de Madrid lo acertado de esta medida, esquivaron su cumplimiento como puestos de acuerdo: habiéndose prohibido en 1749 que se dejase á

los perros andar sueltos por las calles, y sin bozal, hubo necesidad de repetir la prohibición en 1753, en 1780, en 1790 y en 1800, conminando con severas penas la falta de cumplimiento.

En el bando de 10 de Mayo de 1800 se mandaba que toda clase de perros alanos, lebreles, mastines, mixtos y de cualquier clase que fuesen, habría de llevar bozal, un collar donde se expresase el nombre del dueño é ir sujetos por una cuerda de vara y media de largo, so pena de 50 ducados (137,50 ptas.) y la pérdida del perro, que era condenado á muerte. Los perros vagabundos quedaban á merced de los traperos, quienes podían inmolarlos, cobrando por este servicio 2,50 ptas., con obligación de enterrar la víctima fuera de las puertas de la villa.

Los traperos se convirtieron en agentes importantes de la autoridad en esta sección de la higiene, pues tenían á su cargo también sacar de la población las caballerías muertas; pero se contentaban con desollarlas y dejar la carne al lado de las cercas de la población para que se la comieran los perros menesterosos y desheredados de la fortuna, lo cual constituía, sin duda ninguna, un peligro para la salud de estos animales, y por consecuencia, para la del vecindario de la capital. El bando de 1800 trató de cortar este abuso, y ordenó á los traperos que diesen sepelio á las caballerías, verificando las inhumaciones á 200 pasos, no era mucho, de las puertas ó cercas y de los paseos públicos.

*
* *

Bien se les alcanzaba á los legisladores en el siglo XVIII, que los objetos de uso de las personas que adolecían de enfermedades contagiosas podían transmitir el mal; pero el público es refractario á cumplir la ley cuando proporciona alguna molestia, y las disposiciones dictadas en beneficio de la higiene encontraron, y encuentran hoy, en Madrid, una resistencia pasiva difícil de dominar.

Haciendo ver la experiencia—decía Fernando V en 6 de Octubre de 1751—cuán peligroso es el uso de las ropas, muebles y alhajas de los que han adolecido y mueren de enfermedades éticas, tísicas y otras contagiosas, me ha sido muy reparable el abandono con que he entendido se trata la grave importancia de quemar esos objetos, ya por la inacción de los que debieran celarlos, ya por la codicia de los que entran en posesión de ellos, que, ó los reservan para uso propio ó los venden para aprovecharse de su producto, comunicándose así y propagándose las enfermedades, con ruina lamentable de muchas familias y riesgo de la salud pública.

En su consecuencia, ordenó que los médicos, cirujanos, enfermeros y demás personas que asistiesen á los atacados de este género de enfermedades, diesen en secreto cuenta del caso al señor Alcalde de Casa y Corte correspondiente, á fin de que éste dispusiese la total separación de las ropas, muebles y demás objetos que hubiesen servido personalmente al enfermo, para proceder á la quema, fueran de mucho ó de poco valor, y aunque constituyesen legados para obras pías, pues debía preferirse el resguardo de la salud pública. Las ropas que hubiesen salido de la casa infestada se buscarían por todos los medios de que la autoridad disponía, con objeto de proceder á su quema, habilitando al efecto el Soto de Luzón ó el de Perales, próximos á Madrid y de propiedad del Ayuntamiento.

Ocurrido el fallecimiento, se picaría, revocaría y blanquearía la alcoba ó habitación del enfermo, y se le enladrillaría de nuevo el piso.

En las almonedas se había de extender una diligencia por el alcalde de barrio, haciendo constar que nada de lo que en ellas se enajenaba era de procedencia sospechosa, y los prenderos y roperos de viejo incurrían en responsabilidad y multa si no averiguaban en sus adquisiciones el nombre de las personas á quienes éstas habían pertenecido.

El sistema se tomó como consecuencia de las innovaciones que venían de Francia, y las gentes, dudando de su eficacia,

E. M.—Febrero 1910.

se resistieron á ponerlo en práctica. Tal debió de ser la resistencia, que años adelante todavía se tuvo que prohibir dar á los hospitales y conventos las ropas y efectos de los que fallecían de enfermedades contagiosas, pues había la creencia de que dichas ropas y efectos perdían la infección y contagio por el solo hecho de entrar en estos establecimientos. Es difícil desterrar las convicciones de la multitud, aunque estén basadas en un absurdo.

*
* *

El empleo de medicamentos cuya composición era un secreto para todos, ha sido siempre de uso frecuente, y la misma reserva que se guardaba respecto de los ingredientes que constituían tal bálsamo ó tal unguento, parece que á ciertos espíritus les infundía fe en las propiedades curativas del específico. Ahora bien; como el Estado tenía que autorizar la venta de éstos, velando por la salud pública, y los inventores mostraban reparo en descubrir la composición de aquellos medicamentos, Carlos III dictó en 26 de Abril de 1788 esta real orden:

«Con motivo de un recurso que se me hizo solicitando la aprobación y libre uso de un específico, sobre cuya bondad no quiso el tribunal del Proto-Medicato dar su dictamen por excusarse su autor á manifestar los simples de que se componía, he venido en mandar que para que el secreto de semejantes medicamentos no perezca, ni el inventor caiga en la desconfianza de manifestarle á facultativos que lo aprovechen en su perjuicio, se haga por el mismo autor la manifestación, entregando un pliego que se cierre á su presencia y la de un ministro de mi Consejo, el análisis y composición de su medicamento, colocándose en el archivo, con la obligación de guardar secreto de su contenido durante la vida del mismo autor y diez años más que concedo á favor de sus herederos.»

Si la real orden se hubiese cumplido y existiera el archi-

vo del Proto-Medicato, en él podríamos encontrar fórmulas de medicamentos ignorados, que tal vez fueran de provecho para la curación de enfermedades.

*
* *

Sin emitir voto en favor ni en contra para lo que no tenemos competencia, cumple á nuestro deber de cronistas hacer constar que en un folleto publicado el año 1895 por D. Alejandro Soler, se combatió la teoría de la inoculación subcutánea, sin excepción, en el que disfruta de salud, á calidad de preservativo de enfermedades; así es que no extrañará el lector que un siglo antes, en 15 de Noviembre de 1796, se dudase de las ventajas de la vacuna de la viruela, declarándolo oficialmente en una real orden:

«Siendo las emanaciones y miasmas que se levantan de los cuerpos en los males decididamente contagiosos, origen fecundo de otros análogos á ellos, además de las providencias justamente tomadas para impedir que se comuniquen; habiéndose observado que la inoculación, aunque útil á los particulares, al Estado y á la población, esparce con una profusión peligrosa los miasmas variolosos, fomenta y publica la viruela natural; se prohíbe absolutamente que en las estaciones en que no hay epidemias de viruelas en los pueblos y sus barrios, ningún facultativo, médico ó cirujano pueda inocular sin dar cuenta á la Junta de gobierno, la que, con acuerdo de la superioridad, tomará las providencias convenientes, bien para que el inoculado y sus asistentes salgan de la población, bien para que no traten con nadie durante todo el tiempo en que pueda comunicarse el contagio.»

Y conocida la real orden, tampoco es de extrañar el espíritu, refractario á la inoculación, de que está poseída una gran parte de la clase popular en Madrid, teniendo la autoridad que valerse de conminaciones para hacer que se revacunen los adultos.

*
* *

Esta misma disposición se condolía de que no hubiese en Madrid cementerios rurales con sus *competentes arboledas*, y hasta tanto que llegase tan *feliz momento*, ordenó que los cadáveres se sepultaran con profundidad; que no se expusiesen en parajes públicos cuando habían llegado á la putrefacción, y que las *mondas* se hiciesen en las horas, estaciones y estado de atmósfera más oportunos.

El criterio de la gente ilustrada era contrario á los enterramientos dentro de poblado, y más aún en el interior de los templos, según la sensata opinión de Jovellanos y otros ilustres académicos de la Historia, que emitieron informe en este sentido con fecha 9 de Mayo de 1783, cumplimentando un auto del Consejo de Estado; pero la resistencia que los párrocos ofrecían á la secularización de cementerios, y el temor de herir las preocupaciones de la multitud, retrasaron esta medida que planteó en Madrid José Bonaparte, *el rey intruso* (1).

Las *mondas* á que alude la real orden era un espectáculo repugnante y antihigiénico; consistía en exhumar los cadáveres que llevaban enterrados cierto número de años, á fin de dejar hueco para las defunciones que ocurrían diariamente; de modo, que el deseo de las familias de enterrar á los seres queridos dentro ó junto al templo parroquial, no se satisfacía más que á medias, pues al llegar la época de las *mondas* quedaba de hecho realizada la secularización.

También se prohibió por esta real orden el establecimiento de fábricas de jabón, de velas de sebo, tenerías y otras perjudiciales á la salud, en el interior de Madrid, permitiéndose solamente almacenes ó depósitos de materias ya trabajadas. Del exacto cumplimiento de la disposición podemos atestiguar nosotros que hemos llegado á conocer, en tiempo de Isabel II, varias fábricas de velas de sebo, una en la calle de Pelayo, otra en la del Espíritu Santo, y la famosa de la del Gobernador.

(1) Véase nuestro libro publicado con este título.

Esta sucinta relación de disposiciones, más ó menos acertadas, demuestra que la gestión de las autoridades no ha permanecido indiferente ante ciertos abusos ó deficiencias que necesitaban corrección ó reforma; pero vemos también el resultado ineficaz producido, ya por lenidad de los que habían de hacer cumplir las disposiciones, ya por la resistencia de los obligados al cumplimiento. En Madrid se han dictado reales órdenes y bandos para todo, aunque no han servido para nada.

CARLOS CAMBRONERO,

Del Archivo Municipal de Madrid.

LOS TRAIIDORES

Siempre que Francia ha querido dividir y empequeñecer á España, siempre ha encontrado en un país donde todavía no se ha formado plena conciencia de lo que es el patriotismo, factores dispuestos á ser sus auxiliares, con tal de que se haya tenido maña y habilidad para contrarrestar los deberes de aquel noble sentimiento con la ofuscación de un ideal ficticio, con la obsesión de un mejoramiento fantástico ó con el cebo de un sórdido interés. Un francés es siempre francés, y todo lo que es francés lo estima y lo defiende como cosa que por ley natural le pertenece. Un inglés es siempre inglés, y un alemán, alemán. Para un alemán, para un inglés, para un francés, todo lo que le es propio por esta ley de la naturaleza, se constituye para él en invulnerable ante el ataque de todo extraño: todo lo que les es propio por esta ley de la naturaleza, merece incondicionalmente su consideración y su respeto. El socialista alemán dijo un día ante las sugestiones del socialista francés: «antes que socialista, soy alemán». Ningún interés humano es para un francés, para un inglés, para un alemán, para el ciudadano de cualquier otro país culto del mundo, superior á esta condición de inviolabilidad para todo lo que les es propio. El *civis romanus sum*, del apóstol, es la característica eterna de todo sentimiento patriótico. ¡Sólo los españoles son los que siempre se hallan dispuestos á preferir todo lo

extraño á lo que por naturaleza les corresponde! ¡Sólo entre los españoles registra la Historia de todos los tiempos esta lamentable disposición á renegar de lo que es suyo y á abandonarse en brazos de la traición para postergarlo, y aun más que para postergarlo, para destruirlo, dejándose seducir por las sugerencias extrañas, y sin reparar en perder hasta los más altos beneficios para conseguirlo! Por eso sólo en España se producen tantas y tan repetidas crisis de las propias instituciones; por eso sólo en España se dan tan repetidos diplomas de incapacidad y de menosprecio á todo lo que en ella sobresale; por eso sólo en España se han dado tantos tristes ejemplos de caídas, tanto más estrepitosas, cuando menos justificadas, y á veces de las instituciones ó de los hombres más insignes y á quienes por el contrario, debióles la gratitud nacional erigir estatuas y altares; por eso la inconsciencia nacional, en todos los tiempos y con tanta frecuencia, nos ofrece tantos ejemplos de alta traición, disfrazada con máscara ó de bien común, ó de mejoras de situación ó de progresos de una cultura que es la contradicción de lo mismo que se exalta! ¡Por eso hace tres siglos la nación siempre desciende hacia abismos insondables, en los que primero dejó perdida la supremacía de su poder y de su influencia en el mundo, después el aparato pasmoso de sus bienes de dominación, que cada vez han encarnado más en el cuerpo político de la patria, y por eso cada vez que procuramos rehacernos en alguna parte, aunque mínima, del terreno perdido, levantar siquiera un poco la cabeza en pro de nuestro poder ó de nuestro prestigio, las conjuras de fuera vienen á seducir esa masa, siempre inconsciente y siempre dispuesta á todas las traiciones, constituyéndose bajo falsos espejismos en auxiliares cándidos de los que eternamente laboran ó en nuestra impotencia absoluta ó en la pérdida total hasta del carácter y fisonomía nacionales. En Francia, en Inglaterra, en Alemania hay un sentido patrio que constituye siempre al francés, en francés antes que todo; al inglés, en inglés, y al alemán, en alemán, considerando parte esencial de su espíritu y de su sangre todo lo que es francés

para el francés, todo lo que es inglés para el inglés, todo lo que es alemán para el alemán. ¡Sólo el español, ante cualquier seducción extraña, deja de ser español, y odia y escarnece lo que le es propio, y lo persigue y lo deshonra y lo destruye, y lleva sus odios contra lo que debiera enorgullecerle, hasta más allá de la muerte, hasta más allá de la Historia, hasta la casualidad en que se nos tiene en el mundo, y de la que en vano luchan algunos espíritus selectos por sacarnos sin lograr más que levantar contra sí los viles voceríos de la traición!

Hay un período en nuestra Historia, cuyas enseñanzas, estudiado bajo un criterio nacional, no debiera jamás caérsenos de los ojos. Es el período de lo que se ha llamado decadencia de la casa de Austria, y debiera apellidarse de la lucha de Francia contra España para arrebatársela su supremacía en el mundo, la extensión de su dominación, su personalidad en sus ideas y hasta su dirección en su trono. Entablada la guerra de opinión; infiltrado en el espíritu nacional el germen de abominación de sí mismo que caracteriza el aprecio recíproco que entre sí se guardan los españoles, agitando por una parte, ya la sátira, ya la calumnia, ya la desconceptuación entre unos y otros; encendido el foco de las rivalidades personales y lograda la división de los partidos, sirviendo de manzana de París la emulación de los intereses y las intrigas de la ambición, ¿qué impulso de unidad ha debido esperarse ni en los períodos en que se hacía más necesaria hasta la defensa por la vida? ¡Espanta los juicios que se han legado á la posteridad sobre las instituciones nacionales y los que tenían su alta representación! ¡Admiran los juicios sobre los hombres! ¡Conduelen los que se vertieron despiadadamente hasta sobre seres exceptuados en toda lucha de honor, por la malignidad atizada desde fuera que ninguna inviolabilidad tenía obligación de respetar! ¡Qué luchas! ¡Qué armas! ¡Qué degradación! ¡Y cuánta infamia y cuánta traición!

Sin conocer la atrocidad de tales sentimientos, sobre ellos se cimentaban las más viles ambiciones, siempre protegidas de

fuera para dividir y dividir, debilitarnos y debilitarnos, y reducirnos cada vez más á la nulidad y á la impotencia. Dígalo si no el cuadro miserable de los que lograron echar por el suelo el todavía vasto imperio que alcanzó á regir Felipe IV. La conspiración francesa contra su poder se le metió hasta en su propio tálamo conyugal. Quevedo se atrevió á levantar algo del velo de lo que en aquel tálamo real se conspiraba, y mereció por ello sus desgracias y persecuciones. En él se fué fraguando la caída del gran ministro, y en él se calentaron las armas para los levantamientos de Portugal y de Cataluña, atizados por los estímulos y los medios del monarca francés, dos veces hermano político del de España. En aquel lecho se indujo al Duque de Medina Sidonia, con el ejemplo de su cuñado el de Braganza, á intentar alzarse con la corona independiente de las Andalucías, y mientras en Sicilia y Nápoles se ponían palancas francesas á sus respectivos revolucionarios, en Aragón se estimulaban las codicias del Duque de Híjar para levantarse también con aquella corona independiente. Todos, para estos movimientos de desmembración, acudían á los mismos pretextos de justificación, sostenidos por el mundo por la vil propaganda francesa: el mal gobierno, la incapacidad del rey, no atentando al descrédito de la virtud de la reina, porque era francesa y además se murió á tiempo, las codicias y la sordidez de todos los gobernantes, lo mismo los que comulgaban con el Conde-Duque que los que, después de su muerte, le sucedieron en los aprestos de la administración y en la dirección de una política desorientada en medio de tantas y tan repetidas dificultades. Así presenció España, sobre todo aquellos dos grandes procesos de alta traición contra el Trono y contra la Patria, al frente de los que corrieron los nombres de dos magnates del Estado, los duques de Medina-Sidonia y de Híjar, y que si al primero no costó más que algunas mortificaciones, castigo endeble para su gran delito, y al segundo la prisión por vida que acabó con ésta en la fortaleza de León, por el primero fué llevado al filo del cuchillo del verdugo el

marqués de Ayamonte, D. Francisco de Guzmán y Zúñiga, y por el segundo el marqués de la Vega de la Sagra, D. Pedro de Silva, y al general de Caballería, D. Carlos Padilla. Entonces eran *los traidores* á la Patria y á los reyes, grandes de España, títulos de Castilla y generales de los ejércitos de Flandes. Con el curso del tiempo, *los traidores* que siempre han subsistido en España, fueron ya otro género *de traidores*.

De *los traidores* de la época de Felipe IV, veamos cómo la Historia da testimonio documental de sus castigos. El del marqués de Ayamonte lo recogió y escribió, aunque quedó reservado entre sus papeles, el insigne historiador de Segovia don Diego de Colmenares. Su breve narración sólo dice:

«Habiendo estado el marqués de Ayamonte preso desde el 28 de Mayo de 1645 en este alcázar de Segovia, adonde fué traído desde la prisión de Santorcaz, jueves 10 de Diciembre de este año de 1648, á la una de la tarde, llegó á esta ciudad el licenciado D. Diego de Villaverde, alcalde de corte, con Juan de Pinilla, secretario del crimen, y seis alguaciles de corte, y apeándose en el meson grande, desde el mismo portal, sin quitarse botas ni espuelas, partió con cuantos venían con él á la casa del corregidor, que avisado había bajado á la puerta de prisa y en cuerpo. Díjole al alcalde:—*Vuesa merced se venga conmigo*.—Respondió subiría por un ferreruelo, y díjole:—*Diga que lo bajen*.—Con que partieron al Alcázar. Detuviéronse á las puertas del Obispo. Acababa de comer el marqués y habíase recogido. Asomóse á las rejas de la prision Santiago Ramírez Gamarra, su criado, que solo y siempre le sirvió en la prision, y díjole:—*Señor, á las puertas del Obispo están muchos alguaciles*.—Asomóse el marqués, y viéndoles, dijo:—*Estos son alguaciles de corte: yo los conozco: esto es hecho*.—Así refiriólo el criado mismo á quien esto escribe.

Llegaron al Alcázar, á cuya puerta esperaba ya el alcaide D. Juan de Navacerrada, á quien el alcalde dijo:—*Vuesa merced me entregue á D. Francisco Manuel Silvestre de Guzmán, marqués de Ayamonte, que está preso en estos alcázares, en*

virtud de esta cédula de S. M.: la cual dió al alcaide, que besándola y poniéndola sobre la cabeza, dijo que la obedecía. Subieron todos á la torre y bajaron con el marqués, á quien el alcalde dijo:—*V. E. éntre en esa silla;*—y entrando en ella el marqués, y poniéndose tres alguaciles á cada lado y el alcaide y corregidor detrás, por la calleja del pasadizo del Obispo y por la ronda, salieron por la puerta de San Andrés, y arrimados á los muros, subieron á la solana del Rastro, y entrando por la puerta fronteriza á San Martín, subieron á la cárcel, donde esperaba D. Pedro de Valencia, su alcaide propietario, al cual el alcalde entregó al marqués, y subiéndole al aposento que hace esquina á la puerta, clavaron las ventanas y entraron luces. Mostró el marqués gran sentimiento de verse en la cárcel pública. Entró luego fray Diego de Miranda, lector de Teología de San Francisco, confesor del marqués, y el Padre Pedrálvez, jesuíta, que hasta la muerte asistieron.

El alcalde de corte mandó llamar alarifes, y les ordenó hiciesen un cadalso de una vara en alto, en una sala contigua al aposento en que el marqués estaba. También mandó hacer ataúd y que se cubriese de bayeta muy basta. También mandó llamar á un cuchillero, y le mandó que hiciese dos cuchillos de muy agudo corte. Entró el sota-alcaide, y echó dos pares de grillos al preso que, mostrando sentimiento, dijo:—*Esto era bien excusado;*—y pidiendo una cuerda con que sostenerlos, el alcaide se quitó una liga y se la dió. Luego entró el secretario á intimarle la sentencia, que oyó con valor, y respondió que la consentía y ofrecía su vida á su Dios y creador. Después dijo á su confesor que quedaba en gran confusión de si le habían de cortar la cabeza *por detrás*, y si había de ser en público. Procuró el confesor divertirle de este pensamiento y reducirle al de su salvación. Entró luego el criado á despedirse, con gran sentimiento de ambos y de los circunstantes. Díjole:—*Hijo, no tengo con qué pagarte la buena compañía que me has hecho en tan larga prisión. Dios te lo pagará. Toma esta sortija;*—y dióle una que, según dicen, valdrá cien ducados, y

despidiéndose con muchas lágrimas, se fué al convento de San Francisco á pedir el hábito.

El marqués, asistido de los religiosos, estuvo hasta las once, que se recogió. A media noche, atendiendo á que no sosegaba, entró el alcaide y le dijo si quería algo. Respondió que con el embarazo y frialdad de los grillos no podía sosegar, y mandando llamar á su teniente, se los hizo quitar. Mostró mucho agradecimiento, diciéndole tomase el sombrero de castor que tenía puesto, y le diese el suyo; el alcaide rehusólo por entonces; pero, dándosele cuando le pusieron el capuz, le tomó, y al que le quitó los grillos, le dió los guantes. Recogióse hasta las dos, y entrando los religiosos, le dijo el confesor: —*Dos cosas traigo que decir á V. E., que espero en Dios le serán de mucho alivio: la primera, que el corte ha de ser por delante; la segunda, que no ha de ser en público, sino en esta sala de afuera; que los golpes que se han oído son para edificar el cadalso.* Mostró consuelo, repitiendo algunas veces: —*¡Bendito y loado sea mi Dios y criador, que tantas misericordias hace al que le ha merecido tantos castigos!*

Comulgó este día, viernes, en la capilla de la misma cárcel, y luego oyó tres misas, y volviendo al aposento, se desayunó. Poco después dijo al confesor: —*Padre mío, ó no tengo corazón ó lo tengo muy duro, pues no me asombra ni los golpes del cadalso en que mañana he de morir.*—El confesor, con atención más profunda, le dijo: —*Señor, pues V. E. ha sido siempre muy devoto de la Virgen, Nuestra Señora, válgase ahora de su intercesión y favor para que le alcance y le infunda consideraciones profundas de los dolores y agonías que padeció aquella Soberana Reina de cielos y tierra, oyendo y viendo clavar en la cruz á su Hijo, Dios Redentor nuestro, cuando, temblando la tierra, turbándose los demás elementos y oscureciéndose los cielos, solos los hombres pagaban en injurias su redención.*—Suspendióse el marqués, y afirman los que le vieron, que desde este punto fué tal su conformidad, tantas sus lágrimas, tan tiernas y devotas sus razones, que todos lo juzgaron por singular favor y auxi-

lio del cielo. Pasó lo restante del viernes en coloquios devotos, muchas confesiones y actos de contricción y con admirable sosiego de cuerpo y espíritu, y durmió aquella noche dos horas.

Sábado, en amaneciendo, oyó en la capilla cuatro misas y se recogió con los religiosos en su aposento. A las nueve entraron con el capuz, que besó, y queriendo vestírsele el confesor, pensando que tuviese aberturas para los brazos, le rebajó de modo que el marqués dijo:—*Yo le vestiré;*—y componiéndole, le vistió y terció sobre ambos hombros, con tanto sosiego como pudiera vestirse en su palacio. Luego tomó el crucifijo, diciendo:—*Ya es hora; vamos;*—y saliendo á la sala, y viendo el cadalso sin bayetas, dijo:—*¿Cómo está esto así?*—Reparóse un poco y reconcilióse, y subiendo al cadalso, que rodeaban los alguaciles de corte con el secretario y muy pocas personas, dijo:—*Todas vuestras mercedes sean testigos de que, en viéndome en la presencia de Dios, que espero en la divina misericordia que será muy pronto, prometo rogar á su piedad inmensa por los aumentos de esta corona, y por la salud y vida del Rey, mi señor.*—Y el confesor, juzgando que no todos lo habían oído, lo repitió en alta voz.

Sentado en la silla del patíbulo en que, acabando tan en breve la vida, había de dejar el alma al cuerpo mortal, fueron muchos sus actos piadosos. Llegó el verdugo, y habiéndole pedido perdón, y atado piernas, brazos y cuerpo, al vendarle los ojos se turbó, enredándose el tafetán en la guedeja. Viéndole turbado, le dijo:—*No te turbes, amigo.*—Conque animado el ministro, le vendó y pasó el cuchillo con una presteza y mejor recurso que esperaba de aquel vil y torpe esclavo. Luego le cortó la cabeza por detrás y se la puso á los pies. Dos horas después le amortajaron, y al anochecer salía de la cárcel el funeral. Niños de la doctrina, doce religiosos franciscanos, doce victorianos y la parroquia con preste y diáconos; detrás, el cuerpo, en hombros de cuatro hermanos de San Juan de Dios, en ataúd cubierto de bayeta muy basta, clavada y ajustada á la madera, sin pendiente ni otra cubierta. Llegaron á

San Francisco, donde con sólo un responso, le enterraron en sepultura común.»

En el trágico desenlace de este proceso, que se había dilatado desde el año 1642, indudablemente influyó el que en Agosto hubo que instruir también, por delito de alta traición, contra el duque de Híjar y sus paniaguados el general de Caballería D. Carlos Padilla y el marqués de la Vega de la Sagra, D. Pedro de Silva. El 18 de Agosto de 1648, en efecto, el alcalde D. Pedro de Amezqueta prendió al general D. Carlos Padilla, y le puso en la torre de la cárcel de corte «con unas cadenas muy gruesas, y echándose en la faltriquera las llaves de la prisión. Fuése después á casa del Presidente de Castilla, en donde le aguardaba D. Fernando Ruiz de Contreras. Estuvieron encerrados toda la tarde, yendo muchas veces el mismo D. Fernando á consultar con S. M. el Rey. A la noche volvió el Presidente y estuvo con el preso hasta las seis de la mañana. La primera declaración que se le tomó duró desde el 22 al 28 del mismo mes. El 6 de Septiembre envió el Presidente un recado al duque de Híjar, que convenía al servicio de S. M. le viese luego, y habiendo hablado á solas con él, le subió acompañando hasta la última puerta, adonde estaba el alcalde Amezqueta, y le manifestó un decreto de S. M. en que le mandaba llevarle preso á una torre. Entróle en un coche, de antemano prevenido, y le pidió las armas, que el duque entregó luego, y Amezqueta con él salió junto, incorporándoseles ocho alguaciles á caballo que esperaban en la Puerta del Sol, conduciéndole al castillo de Santorcaz, donde le bajaron á lo más apretado de la prisión. En las plazas de Madrid se dijo que su delito era haber formado conspiración para matar al Rey, hacer dueño al de Braganza de todos los reinos y señoríos de España y poner en libertad al infante D. Duarte, á quien adoraban los portugueses, y que Felipe IV, desde el levantamiento de aquel reino, tenía recluso en el castillo de Milán.

El día 9 de Septiembre se prendió á un hijo del conde Linhares; el 10, al marqués del Valle de la Sagra y á otros caba-

llos; el 11, al dueño de la posada de la calle de la Abada, donde paraba el general Padilla, y cuya mujer, declarando que, habiéndole éste entregado para guardar unos papeles, con recomendación de que los arrojara al fuego si contra él ejecutaba algún acto la justicia, aseguró que no quiso obedecerle y los entregó al tribunal. Del registro de estos papeles resultó que el duque de Híjar andaba en tratos con D. Juan de Padilla, hermano del general D. Carlos, que era castellano del castillo de Milán, para que lo entregara á las tropas del rey de Francia, y que en recompensa de esto el rey de Francia se comprometía auxiliar al duque de Híjar, hasta hacer que se coronara rey de Aragón y que á los hermanos Padilla se les daban grandes estados en Aragón y Portugal. También en ellos se descubrieron otras conspiraciones en Navarra, de que llevaba la cuerda un D. Miguel de Itúrbide, á quien no se pudo prender, porque avisado, y no teniendo medios para huir, se suicidó, mientras que se ponían de manifiesto los manejos que se llevaban á cabo para entregar Cádiz á los portugueses y para encender otras revueltas en Granada; por todo lo cual, el día 24 D. Carlos de Padilla fué sometido al tormento, asistiendo al acto judicial los señores del Consejo D. Francisco de Robles, D. Bernardo de Epeñarrieta y el alcalde Amezqueta. Aunque se le dieron tres tratos de cuerda, Padilla no quiso ampliar su primera declaración, ni sobre la interpresa de Cádiz, que en Sevilla tenía preparada un portugués llamado Domingo Cabral, ni sobre el duque de Híjar, que conspiraba para que se le eligiera rey de Aragón, prometiéndose después serlo también de Castilla, porque muriendo S. M. sin sucesión, el reino le pertenecía á él por legítima sucesión; ni sobre el reconocimiento de ciertos papeles que acerca de esto se habían secuestrado, y que evidentemente estaban escritos por él mismo; ni sobre otros muchos puntos que contra él aparecían en los papeles registrados, entre los cuales había uno en que se decía en verso:

Los casos dificultosos,
Tan justamente envidiados,
Los intentan los osados
Y acábanlos los dichosos.

Por todo esto prosiguió el proceso con sus precisas actuaciones, hasta que, después de pronunciada sentencia, el 4 de Diciembre, viernes, por la mañana, envió la Sala de Alcaldes de Casa y Corte á llamar al P. Pimentel y al P. Castro para que se encargasen, el primero del marqués del Valle de la Sagra y de Domingo Cabral, y el segundo de D. Carlos de Padilla. El sábado, 5, salieron estos reos de la cárcel con cien alguaciles á caballo, anduvieron las calles hasta llegar al suplicio que estaba en la Plaza Mayor, en cuyo centro se levantaba el cadalso, de más de dos varas de alto y diez en cuadro. Al pie de la escalera se colocaron los dos caballeros, arrimando las mulas que cabalgaban. Apeóse el primero D. Carlos de Padilla, que subió animoso la escalera, á pesar de la cadena que llevaba al pie: sentóse en la silla de manos, acompañado de los PP. Castro, Castillo é Iguarza, todos de la Compañía de Jesús; hizo lo mismo el marqués, á quien acompañaban los PP. Pimentel, Zapata y Celada. Los balcones de la plaza estaban que no era posible caber más, y en la plaza no había donde echar una manzana; más al cadalso no permitióse subir más que á los PP. auxiliares, tres alguaciles, el escribano y el verdugo. El primero á quien éste ejecutó fué D. Carlos, teniendo delante hincados de rodillas los PP. de la Compañía, que le encomendaban el alma; luego fué ejecutado el marqués en la misma forma, y no lo fué Cabral, porque seis días antes había fallecido en la prisión. A cada ejecución, el público, como siempre, levantó grande vocerío, así de aprobación como de lástima, y, por último, el pregonero publicó el acto, diciendo: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey, nuestro señor, á estos hombres *por traidores*, que trataban y solicitaban de que se hiciese traición contra la Corona; mandándolos degollar y que les sean cortadas las cabezas por

detrás y que les sean confiscados todos sus bienes y derribadas sus casas. Quien tal hizo, que tal pague...»

A tal punto ya también había sido pronunciada la sentencia contra el duque de Híjar, pero no sin pasar antes por el tormento. Este, por decreto autógrafo del Rey, fechado el 18 de Noviembre, á consulta y por sentencia de los jueces don Francisco de Robles, D. Bernardo de Ipañarrieta, D. Pedro de Amezqueta, D. Martín de Larraetegui y D. Melchor de Valencia, le fué dado el 1.º de Diciembre, y aún en el Archivo de Simancas (*Diversos de Castilla*, leg. 32, núm. 23) se conserva su testimonio, que, á la letra, dice así:

«En la villa de Madrid, á primero día del mes de Diciembre de mil seiscientos cuarenta y ocho años, su merced el Sr. D. Pedro de Amezqueta, para ejecutarse el acto de tormento de esta parte, fué á las casas del señor alcalde D. Pedro de Barrera, adonde está preso D. Rodrigo de Silva, Duque de Híjar, é hizo parecer ante sí al dicho duque, y á mí me mandó notifique al susodicho el dicho auto de tormento, y al dicho duque que hiciera juramento en forma de derecho, y habiéndose hecho á Dios y una cruz y prometido decir verdad, yo, el presente escribano, notifiqué al dicho duque el dicho auto de tormento, y se le leí *de verbo ad verbum*, y habiéndolo oído y entendido, dijo que lo oía y que no tiene que responder más de que no tiene culpa alguna en lo que se le imputa contra S. M., ni otra alguna en que le haya ofendido, y que, como fiel vasallo, obedece lo que S. M. y sus ministros ordenan, y principalmente como cristiano, porque espera en Dios ha de volver por su verdad é inocencia, y que por esta razón, no sólo un tormento, sino muchos sufriera con mucho gusto, y esto responde:—y su merced requirió al dicho duque diga la verdad, porque si, por no la decir, en el tormento que se le diese muriese ó pierna ó brazo se le quebrase ú ojo se le saltase, será por su cuenta y no por la de su merced; que no pretende otra cosa que saber la verdad;—y yo, el presente escribano, notifiqué al dicho duque dicho requerimiento, el cual

E. M.—*Febrero 1910.*

dijo que si fuera verdad lo que se le pregunta, lo hubiese dicho y pedido perdón á S. M., porque le consta es tan grande su benignidad y clemencia, que en todos estados que se le ha llegado á pedir, ha perdonado á los culpados que se la han pedido, y esto responde:

»Y visto por su merced no quiere decir la verdad, le requirió la diga, porque si por no decirla, muriese en el tormento que le ha de dar, ó pierna ó brazo se le quebrase, ú ojo se le saltase, sea por su cuenta y no por la de su merced, que sólo pretende diga la verdad. Dijo que dice lo que dicho tiene, y que no tiene otra cosa que decir; y visto por su merced no quiere decir la verdad, estando ya desnudo, mandó á los ejecutores de la justicia le sienten en el potro y le vayan poniendo las ligaduras; los cuales lo hicieron, y estando así sentado, le amarraron por las ingles con dos cordeles, en cada una el suyo, y le pusieron las ligaduras en los brazos, con cada un cordel en las molledas de ellos, afianzando en una de las gradas del potro, estando traseras á las espaldas, y con otro cordel le amarraron los tobillos y le amarraron á un madero del dicho potro hacia la parte de atrás; y estando así, su merced le requirió por tercero y último término diga la verdad, porque si por no decirla muriese en el tormento, y pierna ó brazo se le quebrase, será de su cuenta y no de su merced, que sólo pretende diga la verdad; y yo, el presente escribano, notifiqué al dicho duque el dicho requerimiento, el cual dijo que dice lo que dicho tiene, y que ¿cómo ha de decir mentira?, y esto responde.

»Y su merced mandó á Juan Isidro, uno de los dichos ejecutores de la justicia, le empiece á tirar la primera vuelta de la mancuerna, y el dicho duque dijo: *¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Por vos sea, Dios mio! ¡Ay, Dios mio! ¡Ay, que me desmayo! ¡Señor don Pedro, que me matan! ¡Por Dios sea! ¡Bien sabéis que no tengo culpa! ¡Cómo lo consentís vos, que no tengo culpa? ¡Ay, que me matas! ¡Ay! ¡ay! ¡ay, que no tengo culpa, no tengo culpa! Por Dios vivo, señor don Pedro! ¡Que me matéis, amigos! ¡Bendito sea Dios; que no tengo culpa! ¡Ay! ¡ay! ¡que me matas!*

¡que no tengo culpa! ¡Ay! ¡que me matas! ¡Bendito sea Dios!
 ¡que no tengo culpa! ¡que no la tengo contra Dios ni contra el
 Rey! ¡Ay, que me matas sin culpa! ¡Ay, amigo, que me matas!
 ¡Ay, Señor! ¿Hasta cuándo ha de durar esto? ¡Señor, que no ten-
 go culpa! ¡Ay, que me matan! ¡Dios, amparo mío, Virgen del
 Pilar, defendedme, que no tengo culpa! ¡Bien lo sabéis vos! ¡Ay,
 que me matas; no tengo culpa, que soy leal! ¡Que me matas!
 ¡Mátenme, que es sin justicia! ¡Por Dios vivo, que no tengo cul-
 pa, que si la tuviera hubiera pedido perdón al Rey, como se lo
 han pedido otros! ¡Muero sin culpa! ¡Sea por Vos, Dios mío, y
 por la honra de mis hijos y de mi casa, que la deshonoran con
 esto sin culpa mía! ¡Muera yo por Dios y la verdad, que por
 ella muero! ¡Ay, que me matas, amigo! ¡Bendito sea Dios! Por
 el bien de mi alma, perdono á D. Carlos Padilla y á D. Pedro
 de Silva, que tan injustamente me han culpado! ¡Que padezco
 sin culpa! ¿Hasta cuándo, Sr D. Pedro? ¡Ay, ay, que me ma-
 tas! ¡Ay! Ay!...

Y visto por su merced que no quiere decir la verdad, mandó
 se le diese la segunda vuelta de la mancuerna, y se la puso Blas
 Alvarez, ejecutor de la justicia de Toledo; y empezándosela á
 tirar, decía:—¡Ay, que me matas! ¡Ay, ay, ay, que me matas!
 ¡La verdad digo, por Dios vivo! ¡Ay, que me matas! ¡Ay, ay,
 ay, ay, ay! ¡Sr. D. Pedro, que digo la verdad, por Dios vivo!
 ¡Ay, que me matas, amigo! ¡Ay, que me matas, amigo! ¡Ay, que
 me matas, amigo! ¡Ay, que me matas! ¡Ay, que me matas! ¡Ay,
 ay, ay! ¡Señor, que me matan! ¡Ay, ay, ay! ¡Que me matan,
 Dios mío! ¿Hasta cuándo, Señor Dios mío? ¡Ay, Dios mío! ¿has-
 ta cuándo, Sr. D. Pedro, que es caballero, Dios mío? ¡Que me
 matas! ¡Ay, que me matas! ¡Ay que me matas, amigo! ¡Ay! ¿No
 aflojarán un poco? ¡Ay, que me matas! ¡Bendito sea Dios, que
 me matas, y que él lo quiere: bendito sea Dios! ¡Que me matas
 y él lo quiere! ¡Que me matas, amigo! ¡Bendito sea Dios, que lo
 quiere! ¡Que muero sin culpa! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, que me matas!
 ¡Ay! ¡Bendito sea Dios; que me matas! ¿Por qué me matas? ¡Sea
 por ti, Señor Redentor mío! ¡Perdóname, Señor, que en esto no

te he ofendido! ¡Ay, que me matas! ¡Sea Dios bendito! ¡Que me matas! ¡Ay, ay, ay, Dios mío!

Y visto por su merced no quiere decir la verdad, su merced mandó se le diese la tercera vuelta de la mancuera y se la diese el dicho Juan Isidro, el cual se la empezó á tirar, y estándosela tirando, decía:—*¡Ay, que me matan sin culpa! ¡Ay, que me matas sin culpa, hijo! ¡Ay, que me matas sin culpa! ¡Ay, que me matan sin culpa! ¡Sea por Dios! ¡Poco es, Señor; venga más! ¡Ay, que me matas! ¡Ay, que me matas sin culpa! ¡Ay, señor D. Pedro! ¡Ay, Sr. D. Pedro! ¡Que me matan sin culpa! ¡Podré beber un poco de agua? ¡Ay, que me matas sin culpa! ¡Tenga Dios misericordia de mí: en esto no pequé! ¡No hayáis misericordia de mí, si pequé en esto! ¡Ay, que me matan sin culpa! ¡Santiago, patrón de España; Virgen de Atocha, que me matan sin culpa! ¡Que me matas, amigo! ¡Ay, ay! que me matas: que no ha de querer el Sr. D. Pedro matarme sin culpa, y creo le pesa del mal que me está haciendo, que es caballero! ¡Ay, ay, ay, que me matas, amigo! ¡Ay, que me quiebras un pie! ¡Ay, piedad, Sr. D. Pedro, que no tengo culpa! ¡Ay, ay, ay, que me matas, amigo: ¿qué ganas en matarme sin culpa? ¡Ay, ay, ay, que me matas: QUE NO HE QUERIDO SER REY DE NINGUNA PARTE, SINO QUE LO SEA PARA SIEMPRE EL REY MI SEÑOR. ¡Qué disparate, Sr. D. Pedro, que me matas sin culpa! ¡Por Dios vivo, Sr. D. Pedro, que me matan sin culpa! ¡No tengo culpa, Virgen del Pilar!*

Y visto que no quiere decir la verdad, su merced mandó aflojar la vuelta de la mancuera, y que se le dé un garrote en el muslo derecho: y habiéndosela aflojado y dejado de tirar, se le puso una cuerda en el dicho muslo derecho, al parecer bien apretada, y metió un garrote por el dicho cordel y le fué volviendo y apretando; y estándose apretando, decía:—*¡No he pecado contra Dios, ni en la fidelidad contra el rey! ¡Ay, ay, ay, que me matas, amigo! ¡Bendito sea Dios, amén! ¡Ay, que me matas! ¡Bendito sea Dios: que es justo dar satisfacción á mi Dios y á mi rey! ¡Ay, Señor, Dios mío, ¿podréme enjuagar?*

¡Sr. D. Pedro, Sr. D. Pedro, apiádese de mí: que no tengo culpa! ¡Dios sabe que están engañados: que no tengo culpa!»—Y visto que no quiere decir la verdad, su merced mandó se le de otro garrote en el muslo izquierdo, y habiendo atado en él un cordel, al parecer fuertemente, le metió el dicho Blas Alvarez un garrote y con él le fué apretando y dando vuelta, y estándole apretando, decía:—«Échenme la capa—y el Sr. D. Pedro se la mandó echar:—¡Ay, Señor mío, que es inmenso el dolor que padezco por vos sin culpa, y quisiera YO DAR MIL REINOS A S. M. EL REY, NUESTRO SEÑOR, Y CONQUISTÁRSELOS. ¡Creo en vos, Dios mío, firmemente que sois Trino y uno!»—Y su merced mandó suspender, *por agora*, el dicho tormento en protesta de repetirle siempre que convenga, habiendo durado el dicho tormento como cosa de hora y media.*

El duque de Híjar no sufrió la pena de muerte, como no la sufrió el duque de Medina Sidonia. Recluído al castillo de León, allí concluyó su vida, sin lograr más la comunicación siquiera con los demás hombres. Ni su ejemplo, ni el de las víctimas que causaron en el marqués de Ayamonte, en el de la Vega de la Sagra y en el general Padilla, que había sido un valiente soldado en Flandes, acabaron con la raza de los traidores en España. Francia los sedujo: en los Países Bajos, al duque de Freidland, Alberto Wenceslao Eusebio de Wallenstein; en Nápoles, á los que alzaron á aquel pueblo con Mas-Aniello á la cabeza, para servir de escudo al duque de Guisa; en Portugal, al duque de Braganza; en Andalucía, al de Medina Sidonia; en Aragón, al de Híjar, y produciendo iguales conspiraciones en Navarra, alentando con sus propias armas las insurrecciones de Cataluña, intentando por Fuenterrabía la irrupción de las Provincias Vascongadas, dió á la noción perpetua de la Historia lo que son sus sentimientos de vecindad con España, sentimientos siempre vivos y en toda ocasión crítica demostrados, así como los manejos perpetuos que pone en práctica para aprovecharse en nuestro daño, y para man-

tenernos siempre débiles é impotentes con la propensión que sólo España, entre todos los pueblos de Europa, siempre tiene á alimentar hijos espúreos y traidores.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN,
De la Real Academia de la Historia.

Madrid, 12 Diciembre 1909.

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA INDUSTRIA EN ESPAÑA

Las artes y los oficios mecánicos fueron siempre mirados en Roma con grande menosprecio. La verdadera ciudadanía era incompatible con el trabajo manual y el tráfico á la menuda, qué corrían por cuenta de los extranjeros y de los esclavos.

Cicerón reputa sórdidas y viles todas las profesiones mercenarias, y en general la obra de mano que se paga con dinero, porque el salario—dice—«es un pacto de servidumbre, y nada bueno puede salir de la tienda ó taller de un artesano» (1).

España, como provincia del Imperio, debió participar de estos errores vulgares, porque la frecuente comunicación y trato con los romanos facilitaba y hacía necesario el contagio. Sin embargo, no siendo en la Península uno solo el elemento de la población, y considerando además que la agricultura y la industria recíprocamente se auxilian y completan, parece natural que prevaleciesen en nuestras ciudades, mucho más que en Roma, los hábitos favorables á las artes y oficios. Los fenicios, los griegos y los cartagineses formaron nuestra educación industrial, y la descendencia de unos y otros heredó el conocimiento de las primeras materias, las prácticas de los pueblos adelantados en la fabricación y la honrada costumbre del trabajo.

(1) De Offic., lib. 1, cap. XLII

Fuera de la agricultura y la ganadería, la población de los primeros reinos cristianos no podía tener otra ocupación que la guerra. Ocupados los godos en defender el escaso territorio que poseían de la furia de los mahometanos, faltábanles el tiempo y el sosiego que requieren las artes de la paz. Sin duda había una industria grosera, indispensable para procurarse mantenimientos, vestidos, armas, etc.; y tenían menestrales que fabricaban casas, hornos, molinos y templos aprovechando la piedra, la madera, el hierro y otros materiales que la naturaleza esparce con profusión por todas partes; pero la obra era tosca, torpes los maestros, la vida frugal, el lujo rústico y bárbaras las costumbres. Así como la civilización visigoda retrocedió á su infancia, así también retrocedió la industria, ó si algo quedó de ella en las ciudades de Toledo, Mérida ó Sevilla, pasó á confundirse con las artes de Oriente.

En una carta de donación hecha por el rey D. Silo á la Iglesia de Toledo, por el año 777, se mencionan: un cáliz de plata con su patena, y un aguamanil con su pico y en la cubierta la corona real con una cifra. En la donación de Adelgastro y su mujer, Brunilde, al monasterio de Santa María de Obona, año 781, se nombran: seis mantas, cinco fieltros, siete camas, tres escaños y varios ornamentos para la iglesia. Hacia el año 922, Juliano de Cancellata, criado del rey Ordoño II, hizo donación al monasterio de San Julián de Samos de varias paliás, plumacos, pieles muy buenas, cubiertas de paño, manteles, tazas de plata, vasos de vidrio y otras cosas que componían toda su hacienda (1).

Estos documentos y otros muchos que se podrían acumular, retratan muy al vivo el estado de la industria de los reinos de Asturias y León en los siglos VII, IX y X. Debe observarse además, que semejantes donaciones pasan por actos de suma liberalidad y magnificencia, y así hay que estimarlas, en efecto, ya se considere la calidad de las personas que los

(1) Sandoval: Historia de Idacio, etc.

hacen, ya la fama de las iglesias y monasterios favorecidos. Y cuando señores tan ricos y principales usaban casas tan pobres y humildes, y al dar toda su hacienda forman un inventario que, como dice Sandoval, no vale la décima parte del caudal de un mediano mercader de su tiempo, se deja ver el mezquino estado de la industria en los principios de la reconquista.

El progreso de la industria y artes liberales es inseparable del progreso de la libertad; porque la servidumbre embota el ingenio, contraría la vocación y apaga el deseo de trabajar y adelantar cada uno en su arte ú oficio, quebrantando las fuerzas del hombre la ninguna aprensión de ganancias. Así, pues, conforme iban creciendo en la Edad Media los grados de libertad civil y político, iban también adelantando la industria en todos sus ramos, primero los necesarios á los usos comunes de la vida, luego los de utilidad y comodidad, y, por último, los de lujo y ornato.

Esta libertad personal no vino de repente, sino por sus pasos contados. La mayor suavidad y blandura del señorío realengo y abadengo, dió impulso á la emancipación del trabajo manual, que se completó á la sombra de los Consejos, verdadera Providencia del estado llano. En las ciudades, villas y lugares del reino más rico en privilegios, tomaban vecindad los siervos fatigados de su cadena, los vasallos oprimidos, los aventureros, los moros cautivos y los judíos temerosos del despojo y la venganza. Así agrupadas las gentes, nacían nuevas necesidades y se despertaban deseos que sólo la industria podía satisfacer; y como las tierras concejiles no alcanzaban á todos, y la independencia imponía la carga de la responsabilidad, hasta el punto de perecer de hambre el ocioso que había dejado de ser mercenario, todos volvían los ojos á las artes y oficios, única salvación del mayor número en aquella peligrosa crisis que atravesaron los pueblos.

Del estado de la industria en los reinos de Castilla y Aragón durante los siglos ix, x y xi, tenemos noticias muy escasas

y poco concretas. Y no porque falten documentos de la época, sino porque faltaban industrias que se reflejaran con viveza en los centros de población, en los fueros municipales, en las donaciones, privilegios y demás diplomas contemporáneos.

En el Fuero de Salamanca, donde se contienen las primeras leyes de población que dió á la ciudad el Conde D. Ramón, cuando la ganó á los moros, y las que hicieron para su gobierno municipal Alfonso VII y su hijo Fernando II, encuéntranse algunas disposiciones encaminadas á reglamentar la fabricación de los clavos y las herraduras sin pasar más adelante (1).

En el Fuero de Cáceres, otorgado por el rey Alfonso IX de León en 1229, se ordena que los «aurífices ó ferreros ó caleros ó de menester cualquiera que labrasen en término de Cáceres sine mandato de Concilio, pechen diez maravedis» (2). Lo cual indica que van tomando cuerpo las artes de lujo, que siempre vienen en pos de las de primera necesidad.

En el Fuero de Cuenca confirmado por D. Alonso el Sabio en 1256, se trata asimismo de los menestrales que labran oro ó plata, y se les impone la pena del monedero falso, «si ficieren vaso ú otra obra falsa en piedras» (3); lo que denota que el arte de fundir, purificar y esculpir aquellos metales se va exornando con la incrustación de piedras preciosas. En el de Molina, adicionado por Doña Blanca en 1263 y 1272, se habla de los cardadores, pellejeros, tejadores, carpinteros, tejedores y otros ministerios industriales, y se contienen reglamentos para impedir la falsedad de los artefactos y perfeccionar la maniobra (4).

Al mismo compás que se desarrolla la industria crecen y se multiplican los reglamentos, y la policía de las artes y oficios descende á multitud de pormenores, relativos á proporcionar

(1) Fuero cit., tít. II.

(2) Fuero cit., tít. De aurífices.

(3) Fuero cit., tít. De los falsarios.

(4) Fuero cit., tít. De Cardas, De los pellejeros, etc

la baratura de las mercaderías; y así, en este último Fuero, se prohíbe «comprar fierro por facer ganancia si non fuere ferreiro»; se condena la regatonería y la venta del pescado para fuera de la villa, con otras cosas que no llevan todavía el sello de la protección, sino del abasto (1).

En el Fuero de Plasencia, confirmado y añadido por Fernando III, Alfonso X y Sancho IV, se comprenden varias disposiciones tocante al oficio de los herreros, herradores, carpinteros, albañiles, plateros, zapateros, pellejeros, sastres, tejedores y maestros de tejas y ladrillos. Aquí, el sistema reglamentario avanza hasta tasar el precio de los artefactos, señalar duración á las obras, fijar el tiempo de su entrega, y castiga las faltas ó descuidos de los oficiales, como hurtos, falsedades, etc. (2).

Las providencias favorables á la libertad y propiedad de los ciudadanos dieron gran impulso á la industria en los reinos de León y de Castilla; las mismas causas determinaron un gran progreso en las artes y oficios del reino de Aragón.

Había en Zaragoza, allá por el siglo XII, una calle nombrada de la Pellicería; y no es maravilla que entonces, la preparación de los curtidos fuese una parte muy principal de la industria aragonesa, considerando que los moros tuvieron fama de peritos en la fabricación de badanas y cordobanes. La abundancia de ganados y materias astringentes, un consumo general y constante, y las tradiciones moriscas, contribuyeron á multiplicar las tenerías en Zaragoza, y en el siglo XV ocupaba muchas personas el trato de los corambres. También venían de antiguo los oficios de cuchilleros, agujeros y ansoleros, á quienes se les dieron ordenanzas en el siglo XVI (3).

En Albarracín tenía su asiento principal el arte de la lana, partido tan pobre en frutos como rico en ganados. También

(1) Ibid, tit. Del pan. Del pescado, etc.

(2) Fuero cit.

(3) Asso: Historia de la Economía política de Aragón.

existían fábricas de paños de colores en las ciudades de Jaén, Lérida y Huesca, por los años 1249, á cuyos vecinos concedió el rey Don Jaime el Conquistador permiso para que pudiesen teñirlos en sus casas, si no querían llevarlos á las calderas del tinte real, que era un modo de estancar las materias tintóreas. En el siglo XIV se rebajó algún tanto este monopolio, en virtud de una cédula expedida por Don Jaime III, y dirigida á su merino de Zaragoza, para que no se molestase á los pelaires que habían siempre acostumbrado teñir los paños de varios colores en sus casas, excepto el azul de índigo, reservado en beneficio de la corona (1).

Las artes mecánicas empezaron á florecer en Cataluña desde que en el siglo XII el Conde de Barcelona, Raimundo IV, otorgó á las personas de llana condición los privilegios conocidos con el título de *Charta universitatis*, para ensalzarlas y oponerlas á la insoportable arrogancia de los barones.

Entre los renglones comerciales que se citan en el reglamento de las leudas de la ciudad de Barcelona, ordenado por Jaime I en 1221, hay varios artículos que pueden atribuirse á la industria propia de los catalanes, como diversas pieles, cueros, la pez, sebo, alquitrán, las maderas, el hierro, el vidrio, jarcia, endeleria y otros. En la tarifa de las del puerto de Tamarit, hecha posteriormente, se nombran además los tejidos de lino, los cordobanes, las salazones, el papel, plomo, estaño que parecen ser artículos de exportación: y de importación la goma laca, el palo de Brasil, y otras primeras materias de las artes y oficios.

Los pueblos de Cataluña más antiguos en las artes mecánicas son: Perpiñán, Gerona, Lérida, Vique, Tortosa y, sobre todo, Barcelona.

Valencia, apenas arrebatada á los moros, aparece como una ciudad importante por sus fábricas de paños y fustanes, puesto que Jaime I y Pedro I dictaron reglas muy prolijas en punto

(1) Asso: Historia de la Economía política de Aragón.

á la manera de cardar, tejer y teñir, descendiendo á tales menudencias, como son determinar el ancho de los tejidos y prohibir ciertos colores y mezclas, estableciendo penas, incluso la de quemar alguna vez los géneros labrados contra ordenanza (1).

Como regla general, puede sentarse que antes del siglo XIII la industria española brota con dificultad y al acaso. En el XIV, la industria se robustece y organiza, y los reyes y las cortes empiezan á protegerla y fomentarla, si no conforme á las reglas que la ciencia aconseja en nuestros días, á lo menos según los usos y costumbres de toda Europa. Las tinieblas de la Edad Media van disipándose poco á poco; crece la riqueza, la población se multiplica, los paños de Brujas, Bruselas y Gante vienen á España y excitan en nuestros fabricantes el deseo de imitarlos, y las artes mecánicas cada día remontan más su vuelo.

El siglo XV completó los adelantamientos de los anteriores. Basta hojear las pragmáticas de los Reyes Católicos para acreditar la existencia de fábricas y telares de paños en Jaén, Murcia, Segovia, Palencia, Vergara, Durango, Haro, Logroño y Valladolid. El arte de la seda prosperaba en Toledo, donde en 1480 llegó á consumir 450.000 libras de seda en tejidos; pasamanería, cintería y listonería, en Córdoba y en Sevilla; las corambres, en Córdoba; Madrid y otras partes, la jabonería; en Málaga, los metales y minería (2).

Dispensaron estos ilustres monarcas una protección más generosa que acertada á todos los ramos de la industria fabril, y así fueron pródigos en ordenanzas. Diéronlas muy extensas á los tundidores, tintoreros, pellejeros, curtidores y zapateros, jaboneros, mineros y fabricantes de velas de cera y sebo. Y no es, por cierto, la menor de sus glorias haber favorecido el arte de imprimir ó hacer libros de molde, según entonces se decía,

(1) For regis Valent. de draps é fustanis.

(2) Ramírez: Pragmáticas de los Reyes Católicos.

declarando á sus factores libres de alcabalas y otros derechos (1).

*
* *

Es un hecho, recibido y confesado por todos los escritores más ó menos fáciles de persuadir, que el siglo xvi representa cierto grado de prosperidad en las artes y oficios, así como el xvii significa el olvido y abandono de nuestras antiguas fábricas. El horizonte se nubla cuando se pretende fijar la época en que ocurrió este cambio. Unos señalan el reinado de Carlos V, porque con él vino la turba de flamencos que inundó la España con sus manufacturas; otros sostienen que nuestra mala ventura se engendró en los tiempos de Felipe II, pues que hasta fines de este reinado ó principios del siguiente, la España no introdujo mercaderías forasteras, bastando las propias para el consumo de los naturales, y algunos salvan todo el siglo xvi y retardan nuestra caída, de modo que pase en desgracia de Felipe III (2).

Que la fabricación de los paños estaba floreciente á principios del siglo xvi, no cabe duda; porque no es verosímil que los reyes cuidasen de reglamentar con tanto esmero el arte de la lana si no hubieran tenido en España una importancia muy grande, por su extensión y riqueza. Los primeros síntomas de su próxima decadencia hubieron de notarse entre los años 1533 y 1537, según atestiguan pruebas directas. Las ordenanzas de 1528, dice el emperador, son declaratorias de las de Toledo, y se dan para evitar algunos agravios y sinrazones. Y añade: «como quier que es notorio que el dicho obraje se ha hecho y se hace con mucha perfección»; pero llegan las de 1549, y dan claro testimonio del desmayo de nuestras fábricas, notando la necesidad de poner remedio á muchos «daños é inconvenientes del obraje y perfección de los paños».

(1) Clemenci: Elogios reina Católica. Ilustración XI.

(2) Vadillo: Sumario España económica. Campomanes: Educación popular.

Todavía arrojan más luz las ordenanzas para determinar la prosperidad relativa de la obra de mano en la primera mitad del siglo xvi. Las abundantes noticias que ofrecen acerca de la variedad de los nombres y colores de los tejidos de lana, así como de los lugares de España que entonces alcanzaban mayor fama por su industria, dan evidente testimonio del grado de esplendor á que habían llegado nuestras fábricas de paño en aquel tiempo. Los nombres indican que nuestros fabricantes no se contentaban con poseer la habilidad nativa, sino que también procuraban acrecentarla imitando los géneros forasteros; los colores denotan que el arte de la tintorería estaba no poco adelantado; y la relación de los lugares que piden enmienda de las ordenanzas nos transmite la memoria de las ciudades de Burgos, Toledo, Granada, Sevilla, Córdoba, Segovia, Cuenca, Ciudad Real y Baeza, «donde más principalmente se hacen y labran los dichos paños, bonetes y sombreros» (1528), y de las villas del Campo de Calatrava y otras de Andalucía. La primacía en el obraje de los paños se atribuye á Segovia, Toledo, Córdoba y Cuenca. Algunas de estas ciudades aventajaban á las demás en ciertas manufacturas, y por eso gozaban de particular estimación los paños de Segovia, las palmillas de Cuenca, los bonetes toledanos, así como en otras artes tenían fama los guantes de Ocaña y las sedas de Granada.

*
* *

La industria española había llegado á la cumbre más ó menos alta de su prosperidad al comedio del siglo xvi. Desde esta época, fué tan rápida y manifiesta la declinación de nuestras fábricas, que pronto cayó rodando con fracaso hasta el fondo del abismo. El siglo xvii, acumulando las desgracias y los errores de otros tiempos á los suyos propios, es de infausta memoria para cuantos estimen como prenda de la felicidad de los pueblos el desenvolvimiento de su riqueza.

La medida fiel de las artes mecánicas en España no debe-

mos buscarla en lo que dejó de ganar, sino en lo que realmente perdió en el período de su decadencia. En 1655 se mencionan diez y siete gremios que habían desaparecido, y con ellos los oficios de hierro, acero, cobre, estaño, plomo, azufre, alumbre, los calafates y carpinteros de ribera, los fabricantes de jarcias y el cultivo y labor de los cáñamos que consumían. Sólo el ramo de bonetería de grana alimentaba otros veinte oficios distintos entre apartadores, lavadores, cardadores, hilanderas, bataneros, tintoreros, etc. (1).

Más complicado era aún el obraje de los paños. De él dependían los pelaires, tejedores, tundidores, tintoreros y demás oficiales del arte de la lana, y sobre todo los tratantes en ella y los dueños de fábricas, «verdaderos padres de familia que dentro de sus casas sustentaban gran número de gentes fabricando por manos ajenas tanta diversidad de finísimos paños, empleo comparable con la agricultura, y muy importante en cualquiera ciudad del reino» (2).

Con la cría y labor de la seda se holgaban Toledo, Murcia, Valencia, Almería, Sevilla, Jaén, Córdoba y Granada; y cuando todo vino á menos, y España necesitó surtirse de ropas extranjeras, y hasta acudir, para alimentar los pocos telares que le quedaban, á Nápoles y Calabria, debió ser muy crecido el número de gentes condenadas á perecer de miseria por falta de trabajo.

Hubo fábricas de guantes en casi todas las ciudades, y tan florecientes, que no sólo bastaban al consumo interior, sino que abastecían las Indias. Sólo la villa de Ocaña llegó á tener 72 maestros de guantería asentados en el libro de su matrícula, que, con sus oficiales, cortaban cada día seis docenas y media de guantes, ó sea 123.484 cada año (3).

Los artífices de todas clases abundaban en Valladolid, y

(1) Martínez de la Mata: Disc. I y VIII.

(2) Colmenares: Historia de Segovia.

(3) Martínez de la Mata. Disc. VIII.

eran muy hábiles en sus oficios, sobre todo en platería. A esta multitud de gentes que vivían de las artes mecánicas, se juntaba buen número de mercaderes, atraídos por la comodidad y ventajas que ofrecían á sus negocios las ferias de Villalón, Medina de Rioseco y Medina del Campo.

En Aragón no fué menor que en Castilla la penuria del siglo xvii, en el que vieron desaparecer los chamelotes ó barraganes de Jaca, los lienzos de Borja, los bureles de Añón, los cuchillos de Zaragoza, las bayetas de Ejea, Tauste y Magallón, los botones y sombreros de otras partes.

Prueba evidente de la flaqueza de la industria en Aragón á principios del siglo xvii, son las prohibiciones establecidas por las Cortes de Calatayud y Barbastro de 1626, de entrar y vender tejidos de oro, plata, seda y lana, «para que los vecinos y moradores del reino se animen á ocuparse en dichos oficios, los aprendan y trabajen en ellos»; lo que denota que en 1626 se habían perdido en mucha parte las artes antiguas y los hábitos de trabajo.

Tampoco pudo resistir Cataluña el impulso de la desgracia común á España. Felipe III juzgó necesario reformar las ordenanzas relativas á la fabricación de los paños en las Cortes de Barcelona de 1599. La enumeración de los géneros que entonces se labraban en el principado, da una idea, medianamente ventajosa, de la prosperidad de las artes de lana y seda; pero los catalanes no eran ya la nación poderosa, rival de los venecianos, genoveses y florentinos, que dominó el Mediterráneo en la Edad Media. Faltábanles los recursos de su antiguo comercio, y fué menos copioso el manantial de riquezas que daban calor y vida á las fábricas y telares de Barcelona y sustentaban y ennoblecían sus gremios. La guerra de Cataluña, que duró desde 1640 hasta 1652, y la hambrienta codicia de los auxiliares extranjeros, apresuraron la caída de una industria tan quebrantada (1).

(1) He aquí una relación de los lugares del reino de mayor industria al declinar el siglo xvii:

Paños.—Segovia, Avila, Cuenca, Alburquerque, Navas, Panilla, Bae-

E. M.—Febrero 1910.

El advenimiento de la casa de Borbón al trono de España, mudó el semblante de los negocios públicos y dió color muy diferente al siglo XVIII.

Antes de recobrar las fuerzas agotadas por los infortunios del siglo XVII, necesitaba España convalecer de las graves y profundas heridas abiertas con motivo de la rebelión de Portugal y Cataluña y la guerra de sucesión.

Pugnaban entonces todos, ó casi todos, los pueblos de Europa por adelantarse en las artes y oficios, y las leyes restrictivas del comercio exterior trocaban el calor natural de la competencia en una guerra ofensiva y defensiva de aduanas. El sistema de Colbert gozaba de universal aplauso, y tan en boga estaba también la falsa doctrina, según la cual no hay utilidad recíproca en los cambios internacionales, sino que siempre gana una parte tanto como pierde la otra, que, atizando el fuego de la discordia, despertaba la envidia y convertía los pueblos en rivales odiosos ó encarnizados enemigos por mar y tierra.

Educado Felipe V en la corte de Versalles, concibió un grande amor á las ciencias, letras y artes mecánicas y liberales, y sentado en el trono de España, procuró restablecerlas; pero antes de aplicar la medicina, quiso el rey, con exquisita prudencia, sondear la llaga.

za, Molina de Aragón, Brihuega, Palencia, Sigüenza, Toledo, Zarzosa, Ezcaray, Caudenete, Chinchón, Aldea Vieja, Colmenar Viejo, Guadalupe, Hinojosa, Tamajón, Atienza, Escalonilla, Casarrubios del Monte y Fuen-
salida.

Sedas.—Granada, Toledo, Valencia, Zaragoza y Mallorca.

Lienzos.—Santiago, Bierzo, Mondoñedo y Rioseco.

Tejidos varios.—Sevilla, Granada, Mancha, Toledo, León, Talavera, Barcelona y Madrid.

Mercería y Droguería.—Cuenca, Valladolid, Córdoba y Granada.

Vidriado —Talavera, Toledo, Alcalá, Alencón y Tamajón.

Cristalería.—Barcelona, Villafranca y Valdemaqueda.

Esta relación, bastante incompleta, sólo comprende la de las industrias de géneros tasados por Real cédula de 27 de Noviembre de 1680.

Gozaba entonces de una gran reputación, en todas las cosas pertenecientes á las fábricas, un antiguo comerciante llamado D. Gaspar Naranjo y Romero, y persuadido el rey de su aptitud, le dió, á fines del año 1703, la comisión de visitar y reconocer los lugares donde existían ó podían establecerse. Llevaba además encargo de hacer fabricar buen número de piezas de estameña y paño fino por cuenta del Gobierno; y en la relación de su viaje por las tierras de Burgos, Calahorra, Osma y Palencia, notó los pueblos que habían conservado y aún conservaban inclinación al arte de la lana, y observó la posibilidad de fomentar aquella pobre industria, hasta lograr que igualase en perfección á la seda de Holanda é Inglaterra.

Quedaban en pie algunas fábricas de paños, bayetas, estameñas, albornoces y banayanes: en Galicia se labraban algunas holandillas, y mantelería alemánica solamente en la Coruña. Pero no bastaban al consumo interior, y de Inglaterra, Holanda, Alemania y la ciudad de Hamburgo venían paños, bayetas, escarlatines, banayanes, lienzos, lonas y toda suerte de colchonería, de cintería de hilo y tramados con estambre.

Felipe V dispensó una generosa protección á todas las manufacturas que á la sombra de la paz se iban levantando. Cuidaron los particulares de traer los maestros y oficiales de otras naciones para dirigir las maniobras, y hubo fábricas de paño, gamuzas y sombreros entrefinos y finos, de telas de seda, pañuelos, colonias y cintas, de tisús, glacés y persianas en Valdemoro, Olmedo, Nuevo Baztán, Valladolid y Madrid.

Hizo más Felipe V, pues llegó á establecer las fábricas reales de paños en Guadalajara, San Fernando, Chinchón, Segovia y Brihuega; de sedas de Talavera de la Reina, de cristales de la Granja y tapicería de Madrid, tomando la de Flandes por modelo.

La legislación del siglo XVIII nos da noticias del aumento de nuestras fábricas, y de seguro no las nombraron todas (1).

(1) Había fábricas de paños ordinarios y superfinos, ratina, bayetones,

En vez de fomentarlas empleando medios artificiales, como una planta exótica que se cría al abrigo y suave calor de la estufa, siguió el Gobierno los consejos de la ciencia, y prefirió quitar á la industria los grillos y cadenas que la tenían oprimida.

En el siglo XVIII, una de las primeras necesidades del pueblo español era honrar y ennoblecer las artes mecánicas, en general poco estimadas y algunas perseguidas con la nota de infamia, resto de aquella antigua y vulgar preocupación que las manos blandas de un hidalgo ó caballero no debían mancharse y curtirse con labores plebeyas.

Unos fabricantes pretendían la exención de cargo de justicia, y otros se quejaban de no ser admitidos á su desempeño. La igualdad y el bien común demandan que todos participen de los oficios de la república; porque si es una honra, todos deben gozar del beneficio; y si es un gravamen, todos deben pagar su tributo.

Carlos III declaró, en 1783, que no sólo el oficio de curtidor, sino también los demás de cualquier suerte, fuesen habidos por honrados y honestos: que el uso de ellos no envilecía la persona ó familia que los ejerciese, ni incapacitaba para los empleos municipales, ni perjudicaba á las prerrogativas de la hidalguía (1). Entonces acabó la ralea de los oficios bajos y viles, ganando la industria su carta ejecutoria.

Con ser tantos y tan grandes estos beneficios, no habría conseguido el Gobierno levantar la industria española de su abatimiento, á no ir acompañados de un alivio general de las cargas que pesaban sobre ella. No basta, aunque es mucho, consagrar el principio de la libertad del trabajo, si con tributos y gabelas se paraliza la producción, ó se entorpece la cir-

frisas, picotes, felpas, y así hasta de cincuenta y dos géneros distintos. Nov. Recop., lib. XIII, tit. XXIV y XVI.

(1) Estaban reputados por bajos y viles los oficios de sastre, pellejero, carpintero, pedrero, herrero, fundidor, barbero, especiero, regatón, zapatero y otros, según dos leyes de la Nueva Recop. que se omitieron en la Novísima.

culación, ó se encarece la mano de obra, ó, en fin, se atenta contra la provisión abundante de las primeras materias.

El marqués de la Ensenada rompió la valla en 1752, y dió el ejemplo de otorgar franquicias á las fábricas, dispensando á todas las establecidas ó que en adelante se estableciesen, ya fuesen de Compañías, ya de particulares, de los derechos de alcabala y cientos en las primeras ventas, y declarando libre la entrada de los simples é ingredientes necesarios á la fabricación de los tejidos.

De entonces data el origen de la moderna industria de Cataluña, y mayormente de Barcelona. Fabricaban allí en la Edad Media, y en tiempos más cercanos, géneros de algodón con el nombre de fustanes; pero no se estampaba una vara de tela ni un pañuelo al expirar Felipe V en 1746. Ocurriósele á cierto comerciante de aquella ciudad, en un viaje casual que hizo á Marsella, la feliz idea de comprar los útiles de un maestro maltratado por la fortuna; y este humilde principio tuvo el arte del estampado, á que se agregaron el tejido y el hilado con presteza, y al cabo de treinta años florecían las manufacturas de algodón lo bastante para surtir una buena parte de España; cambio dichoso, sobre todo para la infinita gente cuya vida modesta y tranquila depende de la abundancia del trabajo, pobre y escaso, cuando hasta las mechas y torcidas necesarias al consumo de todo el reino venían de Malta (1).

Quedaban restos del antiguo sistema reglamentario y del régimen feudal en el permiso de establecer fábricas, en ciertos privilegios exclusivos que poseían algunas Corporaciones y personas particulares, y en el pago de laudemios y otras cargas y pensiones debidas al Real Patrimonio en reconocimiento del dominio directo; todo lo cual fué abolido por las Cortes de Cádiz, que completaron la obra de emancipación de la industria, facilitando en gran parte los progresos y mejoras que hoy se notan y cunden por todas partes.

FRANCISCO ESPINOSA Y G. PÉREZ

(1) Gassó: España con industria fuerte y rica, pág. 75.

¿DEBE ESTUDIARSE EL ESPIRITISMO?

Sempre a quel verch'ha faccia di menzogna
De l'uom clinder le labbra quant'ei puote,
Però che senza colpa fa vergogna (1).

DANTE ALIGHIERI. (*Enfer*. XVI. 124 á 126.)

A toda novedad que asoma y sale fuera de sus antiguos moldes, le oponen mil inconvenientes los modernos detractores de la verdad, y, en atención á los resultados ya previstos por una porción de observadores ilustres, aquéllos exclaman, sin previo análisis por supuesto: «Eso es inverosímil, imaginario, absurdo; eso tan sólo lo defienden imbéciles, incautos ó mentecatos.» Y esto es precisamente lo que ha venido sucediendo con el *espiritismo*.

Siempre se ha visto que el irrealizable plan de la víspera se ha convertido en la realidad del siguiente día. Por esto no debemos muchas veces hacer caso alguno de las befas de los hombres, cuando tengamos noticia de que se ha descubierto un *hecho nuevo*, sin atrevernos á afirmar las experiencias llevadas á cabo por una porción de investigadores eximios, deducido aquel hecho del concienzudo estudio de la Naturaleza; por el contrario, preciémonos de contribuir á la magna obra, á la

(1) El hombre siempre debe, mientras le sea posible, sellar sus labios á las verdades con apariencias de mentiras, porque pueden aquéllas avergonzarlo no teniendo la menor culpa.

grandiosa empresa de aumentar el bagaje intelectual del pasado, y jamás digamos: *Lo que yo ahora desconozco, permanecerá ignorado para siempre.*

Cuando presenciemos hechos, no debemos, merced á nuestras caducas teorías, pretender asignar límites á la ciencia. Fenómenos prodigiosos, estupendos, extraordinarios hoy, se tornarán mañana científicos, y una vez demostrada su existencia, no nos llamarán más la atención de lo que la ciencia nos viene revelando desde hace poco más de un siglo.

No se crea que los hechos ó fenómenos naturales que todos los días vemos sin la menor sorpresa, es porque los penetremos intelectualmente; si no nos admiran, no es porque los hayamos comprendido, sino porque no nos son habituales, porque no nos hemos familiarizado con ellos; y si tuviéramos que acostumbrarnos por lo que no comprendemos, todo absolutamente en el Universo nos debería causar asombro, como la piedra lanzada al aire que vuelve á caer, el mercurio que se dilata por el calórico, el fósforo que arde por el frotamiento, el hierro atraído por el imán, la peonza que gira sobre sí misma y el piñón que se hace un corpulento pino. Todos estos fenómenos de la Naturaleza son misteriosos, sorprendentes, maravillosos, ante los cuales no nos detenemos á pensar, pues un misterio, una maravilla que vemos todos los días, deja en seguida, gracias á nuestra miopía intelectual, de parecernos cosa admirable.

No es anticientífico admitir que en un determinado momento de la evolución humana, *se descubran hechos ó aparezcan nuevas fuerzas*, energías ignoradas para nosotros. O conocemos todas las fuerzas del Cosmos, ó no las conocemos. Que las conocemos todas, es ridículo pensar esto; es, pues, evidente que nuestra débil inteligencia y nuestros cinco sentidos de que disponemos, no alcancen á penetrar todas las fuerzas de la Naturaleza. Por tanto, el porvenir nos reserva indudablemente, no todas, pero sí alguna de esas fuerzas desconocidas por ahora. El *espiritismo* nos las da á conocer, y en lugar de hallar á

priori absurda esta pretensión, debemos, por el contrario, *convenir á priori, en que deben existir en el Universo nuevas fuerzas por descubrir.*

Conviene á veces ser osados, y nunca lo somos bastante. La misma historia de las ciencias nos demuestra que el sabio siempre ha sido demasiado tímido en sus hipótesis, pues los descubrimientos posteriores han excedido en mucho á cuanto le parecía aventurado, falto de solidez.

La audacia en las teorías no significa la ausencia en el rigor de la demostración, como sostiene Richet, por cuanto al mayor atrevimiento en los conceptos hipotéticos y en los ensayos experimentales, debe acompañar la mayor severidad en las conclusiones. Si fueron temerarios los espiritistas en sus observaciones y teorías, no podemos menos según nuestra falible ciencia actual, incompleta y embrionaria, echarles en cara su avilantez.

Si reflexionamos acerca de lo que podrán ser un día los futuros conocimientos humanos, ó sea la ciencia del porvenir, resultará tan inferior la ciencia actual á la ciencia de entonces, como los conocimientos de un labriego á los de un doctor en cualquiera facultad.

Nada podemos prever en ese inmenso porvenir. ¿Cómo hemos de prever lo que ha de suceder, si las verdades están aquí, en los hechos que van á ocuparnos, en derredor nuestro, cegándonos y no las vemos? No es cierto decir que no las vemos, sino que no queremos verlas, pues en cuanto se presenta un *hecho nuevo, un fenómeno imprevisto*, no habitual, procuramos encuadrarlo dentro de las banalidades adquiridas, y todavía nos encolerizamos porque haya un investigador que se atreva á pensar *más allá.*

Nuestra contemporánea ciencia está muy poco adelantada con respecto á lo que serán un día los conocimientos humanos; todo debe ser posible en la Naturaleza, hasta lo que nos parece ahora más irrealizable, más inverosímil; y esta razonable presunción han debido tener presente todos cuantos investigado-

res se han consagrado al *estudio experimental* de los fenómenos del *espiritismo*.

Presenciamos hechos, sacamos las consecuencias, precisamos sus condiciones; esto está muy bien, pero es que esto no es más que el primer paso en el conocimiento de las cosas. Si queremos ir más allá, percatarnos bien, penetrar en la razón de ser, en la causa final ó eficiente, en el íntimo mecanismo de aquéllas, en verdad que no sabemos nada.

Los científicos que, elevándose por encima de las apariencias, consideran á los fenómenos naturales como una modalidad de movimiento, como vibraciones de una forma única, vibraciones que se llaman luz, electricidad, calor, atracción y magnetismo, según su ritmo, aun esas eminencias no están más adelantadas que la generalidad de las gentes en la solución de los grandes problemas de la Naturaleza. Una vibración no sería otra cosa que un simple fenómeno. Las vibraciones del éter producen luz, pero ¿por qué? ¿Por qué la combinación del carbono con el oxígeno determina una vibración que es luminosa? Es imposible citar un hecho cualquiera, por bien que descubramos su forma, que nos sea accesible en su causa, y así será, si no siempre, por mucho tiempo al menos, porque el concepto exacto, conforme á verdad, de un fenómeno llegando hasta su causa última, envolvería al mismo tiempo la *idea cabal* de todos los fenómenos del Universo, todavía velados para el hombre.

Conoceríamos al mundo en su propia integridad, si un solo punto de éste, reflejo de Dios, nos fuese absolutamente conocido.

Comprueba la ciencia que, en determinadas condiciones, se producen ciertos hechos. Es lo que llamamos leyes. Pero éstas no son leyes en realidad, sino hechos generalizados. Si hacemos girar con velocidad un potente imán alrededor de hilos eléctricos, se originarán corrientes que harán surgir chispas de entrambos extremos de los hilos. En este fenómeno natural, que conoce el más tardo alumno de Física, hemos fijado algu-

nos efectos de estas corrientes, pero no penetramos en la naturaleza íntima del hecho al inquirir las condiciones en que se produce. Es como si pretendiéramos habernos penetrado de las leyes evolutivas de los seres, porque conozcamos de un modo nada más que *empírico*, que de una almendra, colocada en las necesarias condiciones, surta un árbol.

Del portentoso descubrimiento, casi contemporáneo, de todas las ciencias, solamente nos damos cuenta de un modo imperfecto, porque somos ineptos para comprender que el pasado iguala á nuestra insuficiencia en vislumbrar el porvenir. De buena fe nos figuramos que siempre se han sustentado las mismas teorías y se han tenido idénticos hechos que los que poseemos hoy, y como pasan los días modificándose las cosas tan sólo de un modo gradual, paulatino, creemos que nada se transforma en el mundo, y son, no obstante, completos los cambios, constantes las mutaciones.

Todas las ciencias tienen para el hombre algún punto ciertamente *misterioso*.

En Biología nos encontramos con la herencia y su complemento el determinismo. Ninguna teoría, acerca de ella, nada nos explica. En Química nos hallamos con la afinidad, de la que nadie nos ha dado una razón suficiente. En Física, con las fuerzas calor, luz, electricidad, magnetismo y pesantez, que, por ahora, desconocemos su mecanismo.

No nos basta decir que la combustión de un cuerpo produce calor, y dar, como razón última del hecho, la combinación con el oxígeno, sino que debemos explicar esta virtud del oxígeno. No es suficiente tampoco decir que la gravedad existe.

En el Universo encontramos todo un conjunto desconocido.

Los sabios antiguos, como los modernos, todo lo quieren explicar por la hipótesis.

Acaban de descubrirse los rayos X, ó luz oscura, y todavía nos mofamos del fuego frío de los antiguos.

Nuestras opiniones é ideas actuales serán, sin excepción, sustituidas por otras; variarán radicalmente, pues, aunque no

son falsas, por ahora, son incompletas. Los fenómenos que hoy consideramos como demostrativos, como manifiestos, serán, para nuestros biznietos, lo que los argumentos de Paracelso son para nosotros.

¡Cuántas cosas se pasaron á la atenta observación de nuestros bisabuelos! ¡Cuántos hechos patentes y evidentes fenómenos, habituales hoy para nosotros, eran ignorados entonces! ¡Con qué beneplácito dejáronse llevar nuestros antepasados á persuasiones erróneas ó absurdas, porque las tales nociones y creencias nos parecen actualmente ilusorias ó ridículas! ¡Y pretendemos en nuestros días ser tan ciegos como ellos! Es una obstinada, una pueril pretensión, querer saberlo todo. Lo propio sucede con los *fenómenos* del espiritismo, *fenómenos* que, en la actualidad, nos parecen ridículos, utópicos ó imaginarios, y el hombre del porvenir llegará á considerarlos como habituales.

Con un poco de reflexión podremos librarnos de tan altaneros conceptos.

Solemos, por lo general, inclinarnos á juzgar los hechos según el reducido horizonte de nuestras preocupaciones, de nuestras preconcebidas ideas; menester es que remontemos el vuelo, que midamos nuestra insignificancia ante la faz del Universo, que de este modo aprenderemos á ser más cautos y modestos.

La historia de las ciencias nos ha demostrado que el hombre, millares de veces, se ha equivocado.

Tengamos presente lo que afirmaba el ilustre filósofo y catedrático de la Universidad de Leipsig, Dr. Harl du Prel, respecto de los *aludidos fenómenos*: *No aguardan las energías del Cosmos, para entrar en actividad, á que llegue alguien á descubrirlas, no; sino que ellas de por sí han obrado desde los más remotos tiempos, originando admirables hechos, negados, durante una infinidad de siglos, hasta el momento actual en que se nos manifiestan.*

No es un absurdo creer que la ciencia llegue á detenerse algún día, y que, después de este portentoso vuelo, del que so-

mos testigos inconscientes, alcance al término de sus triunfos. Pero no ha llegado ese momento todavía y, si somos sinceros, no podemos menos de admitir que la *ciencia*, desde que es *ciencia*, á pesar de sus ovacionales apariencias, ha sido toda una serie de errores, de utopias, de disparates, pues que reiteradas veces ha rechazado infinidad de hechos y verdades que, con el transcurso del tiempo, tuvo que aceptar.

*
* *

Entre todos los motivos que imponen á la *ciencia actual* el ineludible deber de emprender los *estudios experimentales del espiritismo*, el más poderoso es éste: *nuestra ciencia es todavía muy imperfecta, y el porvenir*—no muy lejano—*nos reserva admirables sorpresas.*

Por una aberración psíquica, opina el hombre que el presente tiene que ser idéntico al porvenir, y nada hay más erróneo.

Muy pocos años hace que aún no habían realizado sus experiencias y ensayos los preclaros profesores Tesla, Roethgen, Becquerel, Marconi, Moissan, Hertz, D'Ansoval y Curié. La teoría del calórico no existía hasta Joule y Mayer. Se desconocía ha poco el análisis espectral de Bunsen, el telescopio, la fotografía, el microscopio, el teléfono, etc. Hace algo más de dos siglos que se descubrieron el yodo y el bromo; y el insigne Cuvier, como el eximio Lyell, instituyeron ayer la Paleontología y la Geología. Antes se desconocía la circulación de la sangre, y nadie se había figurado que existieran microbios en el organismo. Es un hecho que la Química y la Física evolucionan hacia un orden de conocimientos, considerado hasta nuestros días como imposible de comprender, y como verdaderamente quimérico.

Los hombres no nos queremos convencer, á pesar de los reiterados fracasos en nuestros predilectos estudios, que de aquí á un siglo, y con mayor razón á dos, los datos científicos

de entonces serán absolutamente distintos de nuestros actuales datos.

Los *fenómenos espirituales* nos autorizan á concebir una *ciencia futura* completamente distinta de nuestra pobre *ciencia actual*. Y, sin embargo, no la consideramos así porque somos unos ilusos.

Convenzámonos que ninguna de las hipótesis contemporáneas estaba prevista, y no podía menos de estarlo, porque todo es nuevo en la *actual concepción de la ciencia*. Ni la menor partícula quedará en pie del andamiaje científico que tan laboriosamente hemos construído.

Los *referidos fenómenos del espiritismo* nos demuestran esto mismo.

Varios hombres de ciencia, muy instruídos doctores, profesores de Universidad, miembros correspondientes de Academias y maestros de las mejores Escuelas, razonan de este modo: *Los fenómenos espirituales son imposibles porque están en contradicción del estado actual de la ciencia*.

Respecto de esta afirmación, debemos decir que si el *espiritismo* efectivamente contradice á algún hecho científico, no valdría la pena de que nos ocupáramos de él.

Las ciencias experimentales presentan hechos que no nos pueden demostrar, en manera alguna, que otro hecho ó fenómeno no contradictorio sea imposible. Así, por ejemplo, combinándose el oxígeno con el hidrógeno, forma agua. Este es un hecho contra el cual jamás otro hecho podrá oponerse; pero es muy admisible y aun muy probable, que el oxígeno hoy, cuerpo simple para nosotros, sea algún día descompuesto en otros cuerpos simples, y es muy verosímil que nuestras actuales teorías sobre la índole del fenómeno químico de la combinación no sean ciertas.

Pero es más. En las circunstancias actuales, el oxígeno se combina con el hidrógeno; no obstante, pueden existir otras condiciones en que la referida combinación no se verifique, no sea realizable.

Supongamos una muy débil presión, otros gases mezclados en gran cantidad, una muy baja temperatura, etc., etc. Puede suceder que, en estas singulares condiciones, la combinación entre los dos cuerpos se haga imposible. De manera que no tendría la menor disculpa el químico que rehusara examinar estos experimentos en que se tratara de la imposibilidad de combinarse el oxígeno con el hidrógeno en determinadas circunstancias, y adujera que tales prácticas, *tales fenómenos químicos nuevos*, estaban en contradicción con el estado actual de la *ciencia*.

Lo mismo, pues, sucede con los *hechos ó fenómenos del espiritismo*. Estos hechos, que sostienen haberlos presenciado una infinidad de pacientes observadores, tienen lugar *cuando existen favorables condiciones á su producción*, condiciones por hoy desconocidas para nosotros.

Cuando decimos: «el oxígeno no se combina con el hidrógeno», refiriéndonos al ejemplo anteriormente citado, no tratamos de probar *la negación absoluta del hecho nuevo*, no; pues que, cambiando las circunstancias, *pudiera ser* que la aludida combinación fuera factible, realizable.

Nuestra obligación *será siempre* buscar esas ignoradas condiciones, por cierto bien distintas de las condiciones generalmente sabidas y determinadas. Una fuerza, una energía, desconocida por la *ciencia actual*, puede modificar siempre un fenómeno natural, así como las citadas circunstancias *pueden anularlo*. De modo que la negación de tal posibilidad llegaría á estas absurdas consecuencias: *jamás puede suspender la combinación del oxígeno con el hidrógeno ninguna fuerza de la Naturaleza desconocida ó ignorada por el hombre; ó bien esta otra: ninguna energía ó circunstancia ignorada en el Universo, puede dar lugar á los fenómenos llamados espirituales*.

El hecho de la anulación de esa combinación, no contradice en modo alguno otros hechos habituales, comunes, como tampoco el *fenómeno espiritual* no contraría las leyes naturales, ni incurre en contradicción con la *ciencia clásica*. Son los

hechos nuevos nada más que el resultado de condiciones diversas, el efecto de la acción de fuerzas ignoradas de la Naturaleza; y el hombre de ciencia que obstinadamente se resistiera á examinar esos *nuevos fenómenos*, sería un desdichado, un pobre hombre.

Cuando se desprecian *á priori* los *fenómenos espiríticos*, sin más razón de que *así les parece* á sus modernos detractores, es obrar sin saber lo que se hacen, sin reflexión. Comúnmente se desechan, se deniegan, no porque los fenómenos los consideren, tales infamadores, utópicos, absurdos ó irrazonables; es por otra muy distinta causa: es por su novedad, porque en las actuales circunstancias no es posible hablar nada de los mismos que sea formal, nada que parezca contrario á nuestros datos científicos de actualidad.

La *ciencia*, cuando asevera *hechos nuevos*, debe ser tanto más inconvencible, cuanto más discreta debe mostrarse en sus apreciaciones teóricas, cuanto más miserablemente se halle constituida y cuando no pretende sentar negaciones *á priori*.

Desechar los *fenómenos espiríticos* sin previo análisis, es anticientífico.

Una porción de conspicuos profesores, refiriéndose á estos hechos, sostienen: *que no se debe admitir lo que no se puede explicar por nuestros conocimientos actuales*.

Para todos los hechos naturales somos en absoluto incapaces de darnos cuenta de su causa final ó eficiente, como hemos afirmado antes. Pero sucede con frecuencia que tales sujetos niegan sistemáticamente los *fenómenos espiríticos*, por el péfido vicio de negar, ó por creer que es una humillación el manifestar que estaban en un error. Estos sujetos dicen que no admiten la realidad de los fenómenos, y, sin embargo, adoptan otra serie de hechos que no ven, ni perciben, ni entienden, como la acción química de la luz, cuyos efectos patentemente se manifiestan en ciertas sustancias y aun en el organismo humano. El pensamiento nadie lo comprende, ni puede explicarlo; pues según esa teoría, nadie debía creer en él. ¿Quién pue-

de descifrar esa fuerza llamada *cohesión* que mantiene agrupadas las moléculas de los cuerpos? Nadie. Tampoco debíamos creer en ella. La energía eléctrica, la gravedad, la disociación de la materia, el estado radiante, la fuerza vital, ¿qué sabio las conoce en su naturaleza íntima? De ninguna de ellas dudamos, aunque ignoremos su causa final, y nos consideremos incapaces para darlas á conocer de una manera conveniente.

Los resultados de todas esas energías del *Cosmos* son materiales, y deducimos que la causa que las origina es incomprendible.

Deber del hombre de *ciencia* es inquirir la verdad, sin temores de ningún género, sin equívocos ó ambigüedades, sin que le anonaden las consecuencias que al proclamarla se originen, y así quede en una situación desairada, contraria á sus antiguas convicciones, ó á la misma *ciencia oficial*. En el instante en que llega á descubrir un *nuevo hecho*, su deber es aceptarlo, para estudiarlo después, exento de todo prejuicio; porque ha de saber que en el Universo existe mucho desconocido, mucho por descubrir, como afirman personas honorables que nos merecen entero crédito, y que tenga presente que *es de necios*—como sustentaba el esclarecido Newton—*creer que todas las cosas en el mundo nos son conocidas, y es de sabios observar y estudiar siempre.*

No solamente todos los sabios, sino todos los hombres sensatos, tienen el deber de averiguar *estos hechos*, que nos descubren todo un lado ignorado de la Naturaleza, de remontarnos á sus causas y de inquirir sus leyes.

Nada debe estar oculto á la ciencia, nada puede quedar intangible. Si un dominio inexplorado se halla en el campo de los conocimientos humanos, la *ciencia tiene el derecho y el deber* de invadirlo, de conquistarlo. Si los hechos que el investigador sincero, imparcial, encuentra, *no entran en la categoría de hechos existentes, tiene el deber de crear nuevas categorías.* Que tenga en cuenta que la *ciencia* que cultiva no es única, no es exclusiva, sino que hay muchas *ciencias* que él mismo des-

conoce. No hay más que un riguroso método: el positivismo en su más amplio sentido.

*
* *

La manifestación del culto que siente el vulgo más ó menos ilustrado por el maestro, esa especie de homenaje que la ignorancia popular rinde al Fetiche, es la principal causa del atraso en que vivimos la mayoría de los hombres, que no sabemos ó no queremos pensar por cuenta propia, llevando en nosotros mismos esa pertinaz sugestión que tanto nos perjudica. Estamos habituados á que piensen nuestros profesores por nosotros, y hay que desterrar esa inveterada costumbre.

Debemos tener presente, por lo que al *espiritismo* respecta, que se han calificado por mucho tiempo de vanos sueños, de quimeras, todos los descubrimientos é invenciones de los hombres, y casi todas las *ideas nuevas* han sido puestas en ridículo: hasta las más fecundas.

Diseña Colón una nueva ruta para las Indias, y es encerrado como loco, no sin antes haber descubierto un *mundo nuevo*. Al famoso Niepce nadie le hizo caso cuando encontró el modo de fijación de las imágenes. Galvani descubre en la rana una fuerza desconocida—la electricidad dinámica ó galvánica,—y los sabios de su tiempo, grotescamente, le llaman *el maestro de baile de las ranas*. Demuestra Servet, médico eminente, la circulación de la sangre, y Calvino le hace quemar vivo por sus particulares opiniones. Se esfuerza Franklin en hacer sumiso el rayo al hombre, y los físicos ingleses y alemanes se mofan de su aparato. Desestima la mayoría de los sabios europeos el proyecto de apertura del Canal de Suez de Mr. Lesseps, fundándose en que traería tal intento la inmersión de las costas del Mediterráneo. De los físicos Wat y Papin se sabe que fueron en su tiempo considerados como ilusos. Es acusado Galileo ante el Santo Oficio por creer que la tierra se movía, y aun se discutió, á su muerte, si se le otorgaba ó no darle sepultura.

Las verdades, esas verdades asombrosas, estupendas, que

E. M.—Febrero 1910.

nuestros descendientes descubrieran, deben estar ahí, en todos aquellos hechos, en derredor nuestro quizá, en nosotros mismos tal vez, y que la propia ignorancia nos impide ver.

No es el *espiritismo*—según se deduce de sus lecturas—una ciencia misteriosa, una metafísica abstrusa. Pretende ser establecida su doctrina sobre la sola experiencia y, en verdad, aunque encierre, como casi todas las ciencias, errores ó equivocaciones, se podrían encontrar algunos millones de personas que *han visto ó han creído ver* hechos nuevos (1). ¿No es esto suficiente motivo, poderosa razón, para imponerse los científicos el deber de examinarlo?

Hombres de gran saber y de elevada posición, políticos, filósofos, escritores, magistrados, médicos, matemáticos, físicos, químicos, y hasta eclesiásticos, individuos pertenecientes á las más diversas naciones y creencias, afirman la *autenticidad de los hechos*, y han tomado parte, la mayoría, en los debates acerca de los mismos.

El distinguido profesor Morselli, actual director de la clínica de enfermedades nerviosas de la Facultad de Medicina de Génova, describe una serie de prácticas en su obra en dos tomos, recién publicada (2), que han llamado la atención del mundo culto. En ella se ocupa de los *fenómenos espirituales*, que divide en una porción de categorías, *fenómenos* que él llama *metapsíquicos*, y lamenta en el prólogo que intervengan en el asunto escritores que los desacreditan porque los desconocen por completo, á pesar de tener grandes méritos por otros conceptos.

«El principal objeto—dice el neuro-clínico en su obra—en tan singulares estudios, es saber si realmente existen los hechos; huelgan después cuantas teorías y opiniones se pongan

(1) La ciencia y los fenómenos espirituales contemporáneos. LA ESPAÑA MODERNA, pág. 143. 1.º Julio 1908. A. Gota.

(2) J. Morselli: *Phenomeni Metapsichichi*, seconda edizione, 1909. Marchio. Liv. Piazza Nova, núm. 7, Génova.

en contra; también conviene reflexionar—agrega—acerca de si son aquéllos explicables por las energías conocidas del *Cosmos*. Hay que condenar la exhibición venal—añade—de los que lo explotan, y de ello no tienen la menor culpa los sabios sinceros que han podido comprobar los fenómenos.»

Para Morselli y sus compañeros de estudios, demuestran tales prácticas la existencia de una nueva *fuerza desconocida* por el hombre, actuando en los mismos.

El profesor Cesare Lombroso (1), profundamente materialista durante la mayor parte de su vida, comenzó por combatir á priori la realidad de los *fenómenos espirituales* que él llamaba *medianímicos*, y se convenció al fin de la autenticidad de ellos. La historia de su conversión ha sido tantas veces repetida, que no es necesario recitarla aquí. Sin embargo, debemos recordar aquellas *celebradas frases*, reproducidas en la mayor parte de las revistas científicas europeas: «Estoy realmente confundido y pesaroso de haber combatido con tanta insistencia los *fenómenos denominados espirituales*, porque éstos existen, y me jacto de proclamar á todas luces su existencia.»

A pesar de todo, el eminente antropólogo quedaba materialista, y explicaba los *hechos medianímicos* por las teorías que él profesaba desde largo tiempo. «En ciertas condiciones, muy raras por cierto—sostenía el preclaro médico turinés,—el movimiento vibratorio cerebral que llamamos pensamiento se transmite á pequeña ó considerable distancia. Ahora bien; del mismo modo que se transmite, puede también transformarse esta *fuerza psíquica ó cortical del cerebro* en luminosa, motriz ó de otra índole. ¿No vemos al imán mover al hierro sin ningún intermedio visible?»

Pero las experiencias sucesivas á las cuales asistió, modificaron poco á poco su opinión en este punto, y se hizo espiritualista, no espiritista, entiéndase bien. «Estoy frente—escri-

(1) A. Gota. El profesor Cesare Lombroso y la Psicología supernormal. *Nuestro Tiempo*. Pág. 180. Febrero 1909.

bía al profesor Falcomer en 1900—á la hipótesis espiritista como el guijarro en la playa, todavía al descubierto, y aperciéndome de que cada marea me arrastra hacia el mar» (1). Terminó el muy excelente criminalista declarándose abiertamente adepto del *fenómeno espiritista* en una obra póstuma que acaba de salir en Boston, librería de Small Maynard et C^o—quizá por temor al ridículo,—en la cual trabajaba desde hace dos años, y escribiendo el último capítulo le sorprendió la muerte—19 de Noviembre último.—En esta obra, el famoso antropólogo expone sus ideas sobre el *hipnotismo, telepatía, clarividencia, doble fluidico, teleplastia, supervivencia del alma, etc.*, y dedica un capítulo á la *Biología del espíritu*. Esta obra se intitula: *¿After Death Wath?* (¿Qué hay después de la muerte?)

El interés tan grande de las investigaciones del profesor Lombroso en el dominio de la *Metapsiquia*, no tiende exclusivamente á lo que él ha provocado, sino á esa corriente que ha arrastrado al estudio de los fenómenos objetivos ó físicos del *medianismo* á tantos otros sabios, como los Tamburini, los Richet, los Morselli, los Bozzano, los Scherenk-Notzig, los Porro, los Encause, etc. Es imposible pasar por alto en Lombroso, como en Hyslop, William Jaures, Curié, Herlizka, Ochowitz, Lodge, Stead, Manliss, Stor, etc., el fenómeno extraordinario del sabio materialista que, por el examen de los hechos referidos, ha sido impulsado al espiritualismo. Que las doctrinas espiritistas sean verdaderas ó falsas, es imposible abstenerse por hoy de desconocer la importancia de los fenómenos, acerca de los cuales se tiene la pretensión de fundamentarlos, pues que ellos pueden ejercer una tal influencia sobre las primeras inteligencias científicas de nuestra época, que están probablemente llamadas á desempeñar un papel preponderante en el desenvolvimiento de la ciencia y en el progreso del pensamiento humano.

(1) *La Revue*. 15 Jouillet 1900. Paris, etc.

El estudio experimental de los hechos del espiritismo ó moderno psiquismo, rama principal para ciertos sabios del ocultismo contemporáneo, ha entrado, como vemos, en un período de comprobación. M. Emile Boirac, rector de la Universidad de Dijón, ha tratado de clasificar estos fenómenos en una obra titulada *La Psychologie Inconnue* (1). En ella dice el egregio profesor que la ciencia debe admitirlos.

Desde los trabajos de los observadores eminentes Charcot, Luys y Rochas, hasta las prácticas medianímicas llevadas á cabo este mismo año por Warcolier, Zingarópoli, León Denis y Mangin, se sabe que el hombre puede ejercer sobre sus semejantes una influencia mental empleando su facultad volitiva. Mucho se discute sobre el modo y la causa de tan singular acción.

Revelan para otros investigadores el magnetismo animal, hipótesis que en los modernos tiempos fué su renovador Mesmer. Ella supone que el hombre está dotado del poder de emitir una especie de fluido y de comunicarlo á los cuerpos animados como á los inanimados. Resultando del mismo los fenómenos más variados, como la transmisión del pensamiento, la transmisión de la sensación y la exteriorización de la sensibilidad.

El campo del psiquismo es muy vasto. Un buen número de sabios, de dos años acá, no desdeñan aventurarse—como vemos en las revistas científicas é ilustradas—en él, si bien tal empresa no deja de estar erizada de grandes dificultades.

La observación científica de las prácticas del psiquismo ha demostrado que se exigen muy vigorosos métodos para emprender el análisis de sus fenómenos, y que eran muy mal conocidos éstos. El Instituto General Psicológico de París, que cuenta entre sus ilustres miembros sabios del más alto valor, como los profesores d'Ausorval, Brauly, Farez, Dubois, etc.,

(1) La Psychol. Incon. Introd. á l'Etud. experiment. des Phen. Psychiq. 1909. París.

está llevando á cabo toda una serie de experiencias. La *Société Universelle d'Études Psychiques*, que dirige el eximio doctor M. Joire, hace lo propio. La *Société Psychique de Nancy*, la *Société Magnetique de France*, las sociedades extranjeras, como la *Societa di Studi Psychichi de Milan*, la *Prad Wolski* de San Petersburgo, la *Society for Psychical Research de Londres*, y las demás asociaciones científicas de Viena, Leipzig, Berlín, Stuttgart, Berna, Stokolmo, Moscou, Bolonia, Génova, Turín, Parma, Perugia, Boston, New York y Melbourne, se ocupan actualmente de tan *trascendentales fenómenos*.

Todos estos hechos hacen renacer en nuestro tiempo las teorías de los antiguos filósofos, y ciertos hombres de ciencia tratan de perfeccionar sus teorías y hacerlas por la experimentación demostrables. Se comienza á estudiar seriamente los tratados de los sabios olvidados de la Edad Media, del período Greco-latino, de la India, como de la China. La antigua Magia de los países orientales, la Alquimia, la Kábala, la Astrología, la Geomancia, la vieja Teosofía de los Faraones, las Pitonisas del templo de Salomón y las de Eudor, y, por último, las remotas Ciencias Ocultas de los caldeos, ¿qué han sido sino estos *mismos fenómenos* que están llamando la atención de los sabios? Existe, ciertamente, mucho que rebuscar en los voluminosos escritos de los pensadores de entonces. Hay que confesar que nuestros ascendientes—aunque sus interpretaciones fueran falsas—sabían más que nosotros en el asunto á que aludimos. Ya los célebres Marcellin Berthelot y B. Dumas habían comprendido esto. No menospreciaban dichos próceres los escritos de los antiguos alquimistas, sino que leían sus obras porque sabían que, entre los grandes errores de tan lejana época, existían manifiestas verdades.

El egregio Grasset ha dicho—al ver extenderse las *publicaciones ocultistas* por el mundo científico—que «es un hecho el renacimiento de la *antigua ciencia*.» Comprende el *ocultismo*, para el eminente especialista de la Facultad de Montpellier, todos esos hechos cuya razón todavía escapa á la moderna

ciencia. Entiende este sabio, que las *ciencias antiguas* se ocupaban ya de los fenómenos que tratamos, y que la ciencia del mañana explicará satisfactoriamente. El *ocultismo* no resume la ciencia—añade el insigne clínico—de los Magos—acepción de Papus—aunque «hay algo de ello», es el mismo *psiquismo*. «El *ocultismo*—dice en su libro—*es la tierra prometida de la ciencia* (1)». Este es el sentido en que debemos entenderlo hoy. El *ocultismo* no es el estudio de todo lo que está reservado á la *ciencia*—me refiero á la ciencia positiva de Augusto Comte,—sino el estudio de *hechos* que, no perteneciendo todavía á ella, pertenecerán algún día.» Esto es: *lo maravilloso precientífico*.

Actualmente, la palabra *ocultismo* se ha hecho corriente. El público no sabe con exactitud lo que ella significa, y la emplea atribuyéndole un sentido despectivo. Para la mayoría, sin embargo, es el conjunto de las *investigaciones de los fenómenos psíquicos*, dominio el más estudiado del *ocultismo*.

*
* *

Si el *espiritismo* es una utopía, podemos sostener que es ya demasiado prolongada para no llamar la atención de la *ciencia clásica*. Los representantes de ésta, creyendo ver toda una secta, una nueva doctrina que se desarrolla á su sombra, no se percatan de que fundan sus creencias sobre *nuevos estudios experimentales*, reconociendo á la investigación como soberana, como dueña y pretendiendo también *hacer ciencia*. Desdeñar sus métodos y resultados sin otra razón de que lo *creen absurdo*, sin haberse tomado la molestia de demostrar la falsedad de los *citados fenómenos*, en mi opinión es una excesiva torpeza. Quizá existan en tales prácticas profundas verdades por descubrir. Esto no se puede saber sino después de haber emprendido toda una serie de investigaciones.

(1) Dr. J. Grasset: *L'Ocultisme hier et aujour d'hui*. 1908. Paris.

Ellos tienen que demostrarnos que los *hechos espirituicos* son fraudulentos, ilusorios ó erróneos.

Como no se han dignado analizar los *fenómenos*, su competencia en el asunto es nula para nosotros.

Si es una gran torpeza, una equivocación de bulto, la perpetrada por ciertos *hombres de ciencia* que se niegan á analizar los *fenómenos*, es también una grande injusticia. Es, ciertamente, un raro, un extraño espectáculo, ver que treinta ó cuarenta mil personas y todavía más, de sinceridad probada, aseveren *hechos de un orden experimental*, publiquen periódicos y revistas, editen libros y organicen prácticas, invocando siempre el *hecho documentado*. ¡Y que esto suceda sin que los científicos se dignen ocuparse de ellas, es mucho más extraño é increíble! Afectan ignorar los *fenómenos*, y nada les mueve á poner en claro su existencia ó su irrealdad.

Sabido es que nuestros más preclaros *hombres de ciencia* tratan de abusar del sosiego, de la calma de los espiritistas. Tienen éstos—dicen—el parecer exterior de gentes cuya convicción está previamente hecha; les ofusca su propensión obstinada por los hechos sorprendentes, y he aquí manifiesta su incesante sugestión que les hace ver lo inaudito, lo inexistente, lo imposible.

Pero estos cargos que los científicos no los dirigen á todos absolutamente los investigadores, en manera alguna invalidan el injustificable silencio con que la mayoría de ellos tratan de sofocar los hechos del *espiritismo*.

A fin de evitar una confusión, se impone una interesante advertencia. Cuando se habla de un *análisis*, de un *estudio serio del espiritismo*, no se trata de leer superficialmente algunos libros elegidos al azar con intención de encontrar en ellos párrafos ridículos, reseñas de fenómenos ilusorios, prácticas de prestidigitación, ó experiencias fraudulentas. El examen severo, el estudio imparcial de los fenómenos, es digno de algo más que de todo eso; más que de ese estudio experimental, apurado, pobre y de tan frívola iniciación. Hay que consagrar á estos *he-*

chos oscuros, arduos y complejos por ahora, varias semanas de obstinados estudios experimentales, y asistir, como sostienen una porción de observadores distinguidos, no á una sola sesión, sino á una porción de sesiones seguidas, continuadas, por un determinado tiempo. ¿Por qué intentar en una sola sesión aclarar un incalculable número de fenómenos ó hechos que, con motivo ó sin él, se apoyan en cien mil y más sesiones?

Para dudar de la realidad de los *hechos espiríticos*, deberían existir motivos tan poderosos, que habría que admitir, con más motivo todavía, *cuando han sido precisos largos años para formarse, varios oradores ilustres, una convicción. ¿Y no debemos intentar que si se tiene perfecto derecho á dudar después de un detenido examen, no se tenga en absoluto la potestad de dudar sin previo análisis de los fenómenos?*

Si el número de escritos, relatos, anotaciones, bosquejos, memorias, artículos, libros, periódicos, revistas y experiencias sobre los aludidos hechos es tan considerable (1), y están todos ellos apoyados por verdaderas autoridades, no se pueden rechazar tan cuantiosos documentos sin un estudio imparcial, reflexionado, maduro.

Ha habido varios profesores, como Zoelner, Wallace, Stainton, Moses, William Crokes, Weber, Ulrici, Lombroso, Curie, Morselli, Encause, Damiani, Stead, Boutlerow, Herlitzka, Foa, Spreel, du Vesme, Charles Richet, Bombarda, Dariex, Penta, Ochorowitz, Myers, Thompson, Botazzi, Murani, Patrizi, Warcolier, Wilm, Stanislav de Guaita y otros, verdaderas eminencias, todo lo más selecto de la *ciencia positiva*, de esa que se halla libre de preconcebidas ideas, sabios sin doblez, sin falsía ni tergiversación, ingenuos, que han analizado, meditado y experimentado, creyendo un deber confiar al público el resultado de su larga labor, personas tan juiciosas, tan justas, tan probas, ¿cómo se explica que se hayan ocupado en supercherías, en fraudes, ó se hayan dejado llevar de cálculos va-

(1) LA ESPAÑA MODERNA, loc. cit.

nos ó imaginarios planes? Tanto sabio sagaz, reconocido universalmente, ¿han sido engañados por una porción de espiritistas mentecatos? La cosa es posible, y la historia nos ha patentizado semejantes y otros más descomunales errores. La Alquimia y la Astrología testifican lastimosamente en contra de la razón humana, si bien en el fondo existía alguna que otra verdad. Pero no tratamos aquí de dilucidar la verdad ó el error del *espiritismo*. Se trata, únicamente, de saber si ¿nos es lícito tener en cuenta todo ese trabajo, toda esa desmesurada labor, como inexistente, como imaginaria, y si es lógico, apartarlo con desprecio, desecharlo sin examen?

Hoy los *fenómenos espirituales* se universalizan, se producen con una persistencia y una variedad de formas, ante una mayoría de *hombres de ciencia*, que llegan á confundirlos. De día en día, el número de prácticas es mayor. En ellas, millares de personas se reúnen con el fin de investigar la verdad, de comprobar los hechos. Podrá haber impostores, embaucadores, gente de mala fe, ¿quién lo duda?, como existen en todo cuanto interviene el hombre. Pero si es absolutamente cierto que hay una porción de investigadores distinguidos, serios y dignos, que proclaman su existencia, su autenticidad, ¿debe permitir la *ciencia clásica* que se desarrolle así la utopía, la superchería, el error, el fraude, entre sus más conspicuos representantes, toda vez que considera al *espiritismo*—como hemos visto—ilusorio, vano, ó como producto de mentes desequilibradas, sin que en ello intervenga para nada?

Comentando el muy esclarecido profesor César du Vesme los llamados *fenómenos espiritistas*, dice así: «Bastarían tres ó cuatro años para hacer pasar las *prácticas del espiritismo* del *dominio precientífico* al *científico*, si se pudiera constituir un gran centro ó agrupación de personas serias, desapasionadas y dignas, de ideas modernas y prácticas, que dispusieran del *nervio de la guerra*, no se perdieran en las nebulosidades de las abstracciones, llevando solamente al combate de las ideas los sistemas habituales de las grandes luchas humanitarias, so-

ciales ó políticas, y sin egoísmo, que es el mayor obstáculo para el mejoramiento de los hombres.»

Lo nuevo asusta, anonada, pues echa por tierra creencias antiguas, teorías queridas y sistemas viejos erigidos con gran trabajo, trastorna el orden de las cosas y personas, turba muchas tranquilidades y altera un conjunto de circunstancias prósperas, haciendo necesarios ciertos estudios y observaciones para las cuales se carece ya de fe, dado el considerable número de veces que ha sido engañado el hombre por otros conceptos.

El mayor impedimento con que choca el progreso de la propaganda del *espiritismo*, lo ponen muchos de sus mismos adeptos, ignorantes ó fanáticos. Han sustentado la mayoría no ser posible la admisión de los fenómenos sin aceptar como auténticos los mensajes de ultratumba ó comunicación con los muertos. Personas que por completo desconocen el mecanismo de la *cerebración automática* ó del *sonambulismo espontáneo* de determinados sujetos, el especial estado psico-fisiológico de los cambios de la personalidad humana, la disgregación psíquica, las funciones de la actividad inconsciente de nuestro espíritu, ó esa fase anormal de la vida mental de ciertos histéricos; *fenómenos psicológicos* todos estos, que suelen tener lugar en el mismo sujeto de experiencias, hoy del dominio exclusivo de la *Psicología experimental*.

Además, admiten aquellos, sin más razón que el espíritu de los difuntos lo realiza todo, y pretenden que se acepte la filosofía de Allan Kardec, con la teoría de la reencarnación y otros dogmas. Lo que no deja de ser mucha exigencia.

Pero si prescindimos de tales conceptos, y únicamente nos atenemos al *estudio experimental de estos fenómenos*, á la *comprobación del hecho bruto*, será esta la única manera de manifestarnos imparciales, justos y severos en la ardua cuestión que nos ocupa. Hay que destruir esa *aversión* que inspiran las citadas creencias ó teorías á la mayoría de las gentes, á los intelectuales y á los adeptos á tal ó cual religión, secta ó sistema

filosófico. Así, pues, habrá que pasar por alto todos los detalles de la hipótesis espiritista, los desacuerdos entre las diferentes escuelas en que está dividida su doctrina, los relatos referentes á lo que llaman los *fenómenos psíquicos*, y la pretensión de exponer al *espiritismo* desde el punto de vista *teológico, teleológico y filosófico*. Debemos limitarnos á la *fenomenología espiritista* exclusivamente.

El profesor Poodmore, una de las mayores autoridades entre los primeros científicos que habían combatido los *hechos del psiquismo*, crítico serio, escribía en la revista *Modern Spiritualism* de Mayo de 1905: «*Una gran cooperación á la causa neo espiritualista ha sido proporcionada estos últimos años por una porción de hombres de ciencia, que han proclamado la autenticidad de los fenómenos del espiritismo.*»

En la interesante obra alemana *Das Methodick der mediumnischen Unter sus chungem*, del celebrado clínico Schereng-Notzig, pág. 94, de 1908, se lee: *Después del ilustre físico William Crookes, que emocionó al mundo culto con sus nuevas experiencias, hoy, merced á una porción de investigadores decididos, se ha llegado á confirmar la realidad de los mismos fenómenos que el citado sabio había ya demostrado.*

Estas dos citas de autores no sospechosos, nos bastan para demostrar que, pese á las acusaciones de fraude, dolo ó artería de que son objeto las *reseñadas prácticas*; pese á la pueril táctica de las mismas, y pese á la pobreza de la actividad psíquica que se manifiesta en el sujeto de experiencias, representan tales hechos en la actualidad uno de los asuntos más dignos de la atención de los sabios.

Una larga serie de severos investigadores atribuyen al *espiritismo*—fuera de toda filosofía ó secta—una importancia mayor que á todos los demás problemas que el siglo XIX legó como herencia al siglo XX.

*
* *

Es imposible, por ahora, dar una explicación absoluta, cabal, definitiva, dado el estado actual de los conocimientos humanos, de los fenómenos que nos ocupan. Lo que únicamente se sospecha, es que esa *actividad inconsciente* de nuestra alma, de la que ya hemos hecho mención, debe poseer, en estado de lactancia, singulares cualidades por hoy desconocidas para el hombre, que con el tiempo llegará á domeñar, aptitudes que en ciertos sujetos, dotados de una *sensibilidad exquisita*, pueden instantáneamente desenvolverse en no bien determinadas condiciones. En corroboración de esto, podemos presentar la opinión de varios profesores que sustentan que, en determinadas personas en las que parece hallarse *su Yo*, desligado en cierto modo de los sentidos—*hipnotismo trascendente, sonambulismo, éxtasis, catalepsia, letargia, narcolepsia y transe*,—tienen lugar algunos hechos sorprendentes, como la *clarividencia*, la *clariaudiencia*, la *telestesia*, la *retrocognición* ó *regresión de la memoria*, el *sybilismo*, etc.,—todas esas *segundas personalidades*, que los insignes observadores Taine, Ribot, Dauriac, Feré, Richet, Marie, Raimond, Farez, Mangin y Weterstrand, han apreciado en determinados individuos, esos especiales casos de *doble conciencia*—*Das Doppel Ych*, de los alemanes (1),—en que se destaca una *actividad subconsciente*, parecen evidenciar dicha opinión.

Una porción de observadores distinguidos, entre ellos el esclarecido especialista de enfermedades nerviosas, de Génova, Dr. Morselli, han ideado, respecto de los fenómenos, las siguientes teorías: «Se desprende del sujeto de experiencias una fuerza, una energía invisible; aumentan esta fuerza los asistentes á las sesiones; uniendo su voluntad á la de aquél, debe ser una *especial substancia* que emite radiaciones para producir múltiples efectos y operar con nuestros órganos á modo de un sér, de una entidad inteligente y libre; pero esta independencia

(1) El doble Yo de los alemanes. Birmer. Berlin, 1909.

no existe en realidad, no es más que transitoria, aparente, y cesa su existencia temporal en cuanto cesan las condiciones de su producción.»

*
* *

La experimentación directa é imparcial, como hemos visto, ha guiado á un buen número de investigadores serios y dignos á formular juicios conformes con los de otros y otros pacientes observadores que les precedieron en el estudio experimental de los hechos. Van siendo ya numerosos los *hombres de ciencia* que han creído comprobarlos, como sostienen en sus trabajos publicados en las principales revistas ilustradas y científicas de las naciones que van á la cabeza del progreso. Unos se precaven, se reservan, no atreviéndose darlos á la publicidad; otros no tienen inconveniente en publicar su existencia. Pues si es así, ¿por qué la mayoría inmensa de los científicos y de cuantas personas se consideran cultas, ponen obstáculo con su veto á la investigación del *hecho nuevo*? Porque vivimos en una sociedad transtrocada, donde, por lo general, figura el osado, el ignorante atrevido, y es postergado el laborioso, el honrado, el verdadero mártir del saber, el obrero de la inteligencia, porque todos hemos instituido, aunque de un modo inconsciente, un positivo culto por los Centros docentes y Academias, donde á veces se recauda el talento administrativamente; y estamos y estaremos supeditados por mucho tiempo á todo cuanto asevere ó sostenga el *Maestro*, sin atrevernos á examinar si lo que nos dice ó enseña es la verdad ó el error; y en fin, por ese inmenso número de prejuicios y rutinarias ideas que todos tenemos acerca de las cosas que nos obliga casi siempre á volver la espalda á la realidad.

Debe imponerse esa mayoría de científicos el sabio precepto del *Apóstol* hablando á las gentes de Tesalónica, cuando les decía: *Examinadlo todo, pero retened lo bueno*. De este modo llegó el eximio Newton á establecer la *ley de la gravedad*, Crookes á descubrir la *materia radiante*; haciendo experiencias con

una *histérica*, consiguió el gran Charcot provocar el *sonambulismo*, y estudiando experimentalmente la fermentación, el inmortal Pasteur hizo una revolución en las ciencias médicas creando la *antisepsia*. Procediendo así, han sorprendido una porción de investigadores imparciales los secretos de la Naturaleza.

Por delicadeza, por consideración á tan honorables personas como las que hemos ido enumerando y en atención al *hecho bruto*, hay que rechazar cuantos conceptos é hipótesis se pongan en contra de las *citadas experiencias*. Los hechos jamás son absurdos: las teorías, las creencias, pueden serlo. ¿Existen ó no existen los *fenómenos espirituales*? Tal es la manera de plantear el problema. ¿Existen? Entonces el estudio experimental de los hechos debe preceder al examen de las teorías é ideas. ¿No existen? No podemos menos de rechazar este concepto, atendiendo á que no creemos posible una tan universal equivocación, un tan persistente error.

El honroso médico genovés decía, con respecto á lo que acabamos de decir, en un artículo recientemente publicado: «Tras madura y larga reflexión sobre lo que yo he visto y tocado, y después de analizar sin interrupción, durante once años, la cuestión del *espiritismo*, he cambiado por completo de opinión. Hoy escribo teniendo conciencia plena de estar en el terreno de la verdad ó, por lo menos, de haber sacado provecho de lo que para mí tiene caracteres de certeza. Por eso no tengo inconveniente en afirmar que los *fenómenos espirituales* son *reales, positivos, auténticos*.»

Como quiera que el saber es tan vasto, no existe ni es posible en el mundo hombre alguno, por sabio que sea, que pueda abarcar todos los conocimientos. De esto se deduce que el que se considere como tal, no debe negar *por sistema* un hecho ó fenómeno que jamás haya visto ó comprobado. Tengamos en cuenta que la mayoría de los hombres que han pasado en el mundo por sabios ó eminencias, han tenido que admitir ciertos descubrimientos antes de desechados ó negados por

PERTENECE A LA
BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

ellos mismos, y considerados como contraproducentes ó imposibles.

Por un popular prejuicio negó el gran Lavoisier la realidad de los *areolitos*, diciendo que no podían caer piedras del cielo, porque no había piedras allí. Al siguiente año de afirmación tan rotunda, M. Guizot, secretario de la Academia de Ciencias, de París, felicitaba á M. Biot, con motivo de su discurso inaugural, acerca de la autenticidad del hecho negado por el esclarecido químico. El *areolito* encontrado en la villa de Saigle, departamento del Orne, fué mostrado por M. Biot á los miembros correspondientes de tan docta Corporación y á todo el que quiso verlo.

Sintamos verdadera admiración por *esa ciencia desprovista de prejuicios*, de esa que sabe apreciar los *hechos nuevos*, y nos suministra sólidos materiales para la adquisición de la verdad.

No solamente los *hechos nuevos* anulan á los hechos antiguos, sino que los aclaran, los explican, y tanto más, cuanto son más imprevistos. Hasta el descubrimiento más contradictorio en apariencia con los datos científicos actuales, con los datos más clásicos, debe ser anotado como muy interesante. Los trabajos científicos por los que se llega á descubrir fenómenos al tenor de nuestras previsiones, de nuestros cálculos, no tiene más que un interés mediocre, es una comprobación útil, provechosa, fecunda, y debemos encarecer el mérito, elogiar la labor de los campeones que los han llevado á cabo; pero esos *hechos estupendos*, trascendentes, maravillosos, esos, tienen otro alcance, pues llegan á hacer una irrupción en la vida de los pueblos.

En lugar de aparentar los científicos en su mayoría ignorar el espiritismo, es su deber examinarlo, analizarlo, estudiarlo, como proceden con un descubrimiento, un invento ó una innovación. Físicos, químicos, biólogos, psicólogos, sociólogos, naturalistas, fisiólogos, etc., deben tomarse la molestia de informarse acerca de esos singulares fenómenos; se impone

un largo y laborioso análisis de los mismos, que ciertamente será ventajoso, interesante, pues la vacuidad de las creencias ó hipótesis no destruye la autenticidad de los hechos. Si existen algunos errores, equivocaciones ó yerros en la interpretación de esos fenómenos llamados *espiríticos*, tengamos en cuenta que á nuestra mísera *ciencia actual* le sucede otro tanto, pues, ¿no ha sustentado ésta una porción de teorías é ideas que con el transcurso del tiempo se demostró su falsedad, y no sostiene ahora otras hipótesis que al hombre futuro han de parecerle utópicas, ilusorias ó infundadas? Si realmente se encuentran ciertos engaños, ilusiones, supinas ignorancias ó falsos conceptos, en las afirmaciones de algunos espiritistas sectarios, engañados ó fanáticos, también deben existir en las referidas experiencias y aun me atrevería á decir *seguramente, grandes verdades* que se nos presentan muy veladas ó enmascaradas. Estas verdades, cuando nos sean más conocidas, podemos asegurar que modificarán de una manera radical las débiles nociones que hoy tenemos sobre el hombre.

Por lo pronto, no podemos menos de desconocer que el *espiritismo* en la actualidad es una vigorosa tendencia del pensamiento contemporáneo. Si la ciencia académica ó universitaria se ha mofado ó ha despreciado durante algunos años todas esas categorías de hechos que el *espiritismo*, con motivo ó sin él, ha llevado tras sí, hasta constituir su propia doctrina, su misma sustancia, y organizar los elementos de su especial filosofía, peor para ella, y tanto peor para los sabios que han permanecido ciegos y sordos en presencia de las afirmaciones, no de los creyentes, no de los adeptos, no de los sectarios del *espiritismo*, sino de observadores serios, esclarecidos y dignos.

Los mismos egregios profesores De Rochas, Mangín, Foa, Mandsley, Botazi, Lodge, Fleury, Kamus, W. Stead (1), Lapponi (2) y Branwei, confiesan en sus recientes libros, co-

(1) *Revue*, pág. 26 y siguientes. Mayo, 1909. París.

(2) *Ipnotismo é Spiritismo*. Per le dottore Giuseppe Lapponi. Archiatria della sua Santita di Leone XIII, pág. 213. Seconda edizione. 1907. Roma.

E. M.—Febrero 1910.

municaciones, artículos y reseñas, que también ellos habían contribuido á ese obstinado escepticismo—por lo que están avergonzados—con que suelen mirar los *hombres de ciencia* los mencionados fenómenos, hasta el día en que pudieron romper las trabas que una absolutista prevención embargaba sus juicios.

No podía ser más audaz y temeraria la afirmación sincera de una verdad recientemente descubierta—antes de que todos esos investigadores insignes se decidieran á examinar los *aludidos fenómenos*,—sabiendo que de su exclusiva lectura habían de surgir la mofa picante, mordaz, del sabio oficial erigido en Pontífice Máximo del humano Saber y la burla del ignorante. Del primero, que trata de beneficiar en sí propio el total conocimiento de la ciencia, y del segundo, que pone en contra su parecer á cuanto su *débil caletre* no alcanza. Ambos son encarnizados enemigos del *hecho nuevo*, ora creyéndose hondos pozos de *ciencia infusa* y que nadie ha de enseñarles, ora considerando al *Cosmos* conforme á lo que su *exigua mentalidad* les ha forjado.

Con estos precedentes podemos deducir que, si testimonios por miles, entre ellos una porción de hombres de ciencia, profesores de valía, personas serias y honradas que nos merecen entero crédito, admiten la existencia de los *fenómenos del espiritismo*, hechos que *siempre* se ha pretendido tener como falsos, fraudulentos, como producto de imaginaciones calenturientas ó de ilusiones groseras; si concienzudos y escépticos observadores confirman haberlos comprobado, estudiado detenidamente y hecho cambiar de opinión, y las consecuencias de sus deliberaciones han sido las mismas en todos los países y en las más diversas épocas, *deben entrar todos ellos en el cuadro del análisis científico*. Importa tomarse la molestia de ponerse al corriente de los hechos proclamados verídicos del *espiritismo* por una porción de investigadores decididos.

El *espiritismo experimental* afecta casi á todas las ciencias del saber humano. Hoy no es una *ciencia*, sino más bien una

manera de comprender las *ciencias* y de hacerlas progresar. Todo un mundo nuevo se abre ante nosotros; esas admirables prácticas de que hemos hecho mención, nos demuestran que apenas estamos en el *umbral de la ciencia*, y mediante el análisis experimental de los *susodichos fenómenos*, los resultados prácticos vendrán en seguida. El *espiritismo* no constituye la *ciencia contemporánea*; es la *almáciga*, el *semillero* de donde surtan las *nuevas ciencias* del presente siglo.

Debemos, pues, estudiar el *espiritismo*.

ANTONIO GOTA

LA INQUISICIÓN EN FILIPINAS

EL CASO INAUDITO DEL GOBERNADOR SALCEDO (1)

Á mi querido amigo D. Antonio Weyler, que estudia con especial interés todo lo referente al Tribunal de la Inquisición.

Es caso único en la historia de los antiguos reinos de las Indias el que ocurrió al M. I. Sr. D. Diego de Salcedo, que hallándose en plena posesión de los cargos de Gobernador, Capitán general y Presidente de la Real Audiencia de las Islas Filipinas, fué aprisionado en su propio palacio de Manila por el Comisario de la Inquisición, y, como consecuencia de ello, desposeído de tan altos cargos, que en recompensa de brillantes servicios en las campañas de Flandes le había otorgado el rey Don Felipe IV.

(1) FUENTES DE AUTORIDAD: *Copia de una relacion remitida por el General D. Francisco Enriquez de Losada, vecino de Manila... en que refiere la forma de la prision del Governador de dichas Islas* (México, 1670). *Historia general de Philipinas*, por Fr. Juan de la Concepción. Tomo VII. Sampaloc, 1789. *El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en las Islas Filipinas*, por J. T. Medina: Santiago de Chile, 1899.—Este último trabajo (un folleto en 8.º) es de importancia excepcional, porque el autor lo ha hecho sobre los documentos originales existentes en el Archivo de Simancas.

I

ANTECEDENTES DE DON DIEGO DE SALCEDO

Originario de Cuenca, nació en Bruselas hacia 1620. Era hijo de militar, y militar fué desde muy joven. De niño pasó corta temporada en España; fuera de esta temporada, bien puede decirse que su vida se deslizó en Flandes, donde no tardó Salcedo en adquirir reputación de soldado por su inteligencia, intrepidez y constante bizarría; como que llegó á ganar el honroso empleo de maestro de campo, el cual disfrutaba cuando, para relevar á D. Sabiniano Manrique de Lara, fué nombrado Gobernador, Capitán general y Presidente de la Real Audiencia de las Islas Filipinas, para donde salió, por la vía de Nueva España, en 1662.

Era D. Diego de Salcedo de arrogante figura, inteligente, simpático, un tanto mundano y muy celoso del servicio de su Majestad. Acompañáronle en el viaje no pocos capitanes y soldados que se habían distinguido en Flandes, quienes pasaban á Filipinas á reforzar el campo, ó guarnición que hoy diríamos, cosa harto necesaria entonces, después de varios sucesos graves acaecidos durante el mando del poco afortunado Manrique de Lara, extremadamente religioso, pero á la vez punto menos que inepto como gobernante: había dado ejemplos de piedad, mas ni uno solo de político avisado. No es, pues, de extrañar que se esperase con gran impaciencia en la colonia la llegada del sucesor, ni menos que, al saberse que era éste un militar reputado, se le recibiera con las más expresivas muestras de satisfacción.

Salcedo hizo el viaje de Acapulco á Filipinas en el *San José*; el viaje no fué muy dichoso, sobre todo cuando el barco se aproximaba á Luzón: azotado por los vendavales, el *San José* tuvo que arribar á la costa de Cagayán, donde Salcedo desem-

barcó. Desde allí, por tierra, en jornadas un tanto penosas, se trasladó á Manila, donde entró sano y salvo el día 8 de Septiembre de 1663. Tomó posesión inmediatamente, y su posesión fué celebrada con muchos y festivos regocijos.

II

ANTECEDENTES DE FR. JOSÉ DE PATERNINA

Fr. José de Paternina y Samaniego, natural de La Bastida (Alava), ingresó muy joven en el convento de Badaya, de la orden de San Agustín, cuyo hábito vistió desde luego. No se distinguió por su talento ni por su sabiduría, pero sí por su carácter malévolo y vengativo. De su religiosidad, baste decir que fué apóstata algunos años, lo que le costó ser condenado á galeras. Logró vindicarse, y trasladado á Nueva España, tuvo en México una estada, durante la cual aconteció que el Tribunal de la Inquisición trataba de proveer la Comisaría del «Santo Oficio» en las Islas Filipinas, á la sazón vacante. Hasta entonces habían venido desempeñándola religiosos dominicos; pero, á causa de varios lamentables *lapses*, el Tribunal de México tomó el acuerdo de sujetar á cierto examen á los Comisarios que en adelante nombrara, lo que bastó para que los dominicos de Filipinas, que el que más y el que menos se creía un sabio, rehusasen airadamente la Comisaría, por entender que tal examen previo era vejatorio para cualquier hijo de Santo Tomás que se estimase en algo.

Aprovechó la coyuntura el P. Paternina para ofrecerse candidato á la Comisaría; prestóse á que se le examinara si así lo deseaba el Tribunal; alegó en su favor que la orden á que él pertenecía era la más antigua de cuantas trabajaban en el Archipiélago; y véase por dónde Fr. José de Paternina se halló nombrado Comisario de la Inquisición en Filipinas, título con el cual se trasladó á dichas islas en el mismo galeón precisa-

mente que el ya citado Gobernador y Capitán general don Diego de Salcedo.

III

«ALLÁ VA LA NAVE...»

Por general de la Armada salió indebidamente nombrado de México el distinguido geógrafo peruano D. Andrés de Medina, pariente de Fr. José de Paternina, el cual con ello no dejó de envanecerse; si el conde de Baños, Virrey de Nueva España, le había conferido al geógrafo el cargo mencionado fué—dicho sea en verdad—por sacudírselo, pues que el tal geógrafo le había estado moliendo mucho tiempo con la pretensión de que se organizara una expedición á las islas Salomón, adonde Medina tenía especial empeño en ir. Salcedo, apenas la nave se apartó de la costa americana, destituyó á Medina del generalato, y puso en este puesto al que otras veces lo había desempeñado, D. Francisco García del Fresno, acreditado ya como general de naos. Paternina estimó como una ofensa á su persona la deposición de su pariente, y á partir de aquel momento se enemistó con el Gobernador.

Bien será advertir que desde el principio del viaje, Paternina y Salcedo—que no se habían conocido hasta hallarse á bordo del *San Juan*—no simpatizaron: al Comisario se le indigestó el Gobernador y al Gobernador se le indigestó el Comisario. Vinieron, pues, á improvisarse cabezas de grupo ó de tertulia, y merece notarse que viniendo en la misma nave el provincial de agustinos Fr. Alonso Quijano, éste formó siempre en el grupo de que era cabeza el Gobernador, no recatándose en manifestar cierto desdén por el P. Paternina, que vino á ser caudillo social de la parte más podrida y desalmada de cuantos iban á bordo. Cuando el viaje terminó, Paternina y Salcedo se repelían instintivamente. Sin embargo, el Comisario hizo de tripas corazón, y aunque en sus adentros mantenía el ansia de venganza, no vaciló en pedirle á Salcedo un destino

de provecho para el capitán Gonzalo de Samaniego, su sobrino, pretensión en la cual no fué atendido.

El odio del fraile subió de punto.

IV

LAS MALDITAS FALDAS

El P. Paternina había sido hombre afortunado con las hijas de Eva. Él mismo declaró al definidor Fr. Francisco Vasco que en México había sustentado «cuatro ocasiones ilícitas». Una de estas pecadoras estaba casada con el capitán Juan de Haro, el cual, con su mujer, se trasladó á Filipinas. Ella debía de ser guapa y fácil. Lo cierto es que Salcedo se llevó á Palacio, para su asistencia, al matrimonio, y á la capitana la distinguió lo bastante para que todo Manila diese por hecho que claudicaba con el apuesto Gobernador, que por cierto era soltero. Y no hay que decir cómo se puso de celos el P. Paternina.

Si el agustino tenía ya otros motivos para odiar á Salcedo, el hecho de que Salcedo le birlase á la mujer con quien, en México, había convenido reanudar sus sacrílegos amores en Manila, le puso fuera de sí, y juró y perjuró que Salcedo tendría que pagárselas. Pero es que había más todavía: quiso Paternina hacer en Manila la misma vida que en México, saliendo del convento á altas horas de la noche, y el P. Quijano se lo prohibió: ¿quién le quitaba del magín á Paternina que en esta prohibición no había intervenido D. Diego de Salcedo?

V

SALCEDO, GOBERNADOR Y HOMBRE DE NEGOCIOS

Entonces, la «nao de Acapulco» constituía la mayor preocupación de la colonia; como que en esa nao se hacía todo el comercio exterior, en el cual participaban las personas privi-

legiadas, comenzando por el Gobernador, que solía ser quien más provecho obtenía. Salcedo tomó muy en serio la regularidad de la salida de los barcos, y al tiempo que acreditaba su celo en pro del comercio colonial, iba él enriqueciéndose, cada vez con más codicia, sin reparar que por esta causa se hacía cada vez más enemigos. Las embarcaciones tenían un límite de capacidad; así, cuanto más cargaba él por su cuenta, menos podían cargar los otros comerciantes, y resultó á la postre que no tardó en enajenarse la voluntad de los grandes *vividores*, que eran los elementos más calificados del país.

Por si esto era poco, vino á chocar, primero con la Orden de dominicos, poderosísima, y después con el Arzobispo, que alguna fuerza mandaba. Chocó con los dominicos, porque, habiendo éstos celebrado capítulo provincial, no le comunicaron (como estaba mandado) la tabla de distribución de cargos; y con el Arzobispo, por dos asuntos de personal que pueden referirse en muy pocas palabras.

El sacerdote expulso de la Compañía de Jesús, Dr. Diego de Cartagena y Mendoza, había obtenido de S. M. una plaza de racionero en la catedral manilense. Presentóse á la posesión, y el Cabildo se negó á dársela. El Arzobispo, D. Miguel de Poblete, se puso de parte del Cabildo. Salcedo ordenó por dos veces que se cumpliera la voluntad de S. M.; pero ni el Arzobispo ni los suyos se prestaban á obedecer á S. M. Entonces Salcedo expidió una tercera provisión, en tales términos, que el Dr. Cartagena se posesionó de la ración con que S. M. le había favorecido, aunque el Arzobispo, al ceder, hubo de declarar, ante la imagen de un *Ecce-Homo*, que sólo «por fuerza mayor» obedecía. Ante esta actitud del clero catedral, verdaderamente facciosa, Salcedo, pretextando los apuros del Tesoro, privó del estipendio al Arzobispo y á los prebendados, los cuales tomaron el acuerdo de no asistir á coro: decían que si no les pagaban, no rezaban. Pasados algunos meses, depusieron su actitud estos *desinteresados* sacerdotes, los cuales, por lo visto, no querían comunicarse con Dios si no recibían sueldo.

En esto vacó el deanato, y el Arzobispo se vió en la precisión de ir á visitar al Gobernador, con quien, tiempo hacía, había cortado relaciones. Salcedo, que tenía noticia de la visita del Sr. Poblete, llamó al Fiscal (D. Francisco de Corcuera), y le rogó se apostase detrás de una cortina: Salcedo deseaba que el Fiscal fuese testigo de la entrevista. Llegó á Palacio el Arzobispo. El Gobernador le proporcionó un plantón de casi media hora, y se dice *plantón*, porque de propósito mandó quitar de la antesala todos los asientos. Entró, al fin, su Ilustrísima, y después de los saludos de rubrica, el viejo prelado propuso para el deanato al Mtro. Francisco de Pan, que era el de más edad en el Cabildo. Salcedo, con cierta sorna, preguntóle:

—¿Y cómo no propone al arcediano?

—Porque mi sobrino es todavía mozo para ese cargo. Ahora, si su Señoría quiere favorecerle, déle sueldo de capellán mayor por entero.

Entonces Salcedo, que debía tener mucha bilis acumulada, replicó con viveza:

—¡Pues ni una cosa ni otra! ¡Ni deanato para Pan, ni capellanía mayor para el sobrino!

El Arzobispo se hizo cruces del exabrupto del Gobernador. Pero éste, para que su Ilustrísima no siguiera santiguándose, tiró de la manta, y le echó en cara que, sobre haber alborotado la república, aconsejando á los prebendados que cerrasen la iglesia, le había sido alevoso é ingrato, escribiendo á la Corte todo linaje de horrores contra él. Poblete intentó sincerarse; pero Salcedo le fué á la mano, haciendo salir de su escondite al Fiscal, quien se vió en el caso de decir que así lo había oído á personas graves... En este punto, Salcedo se encaró con su Ilustrísima y, con aire severo, le espetó esta andanada:

—Porque miro que es un hombre caduco, no hago en su persona una demostración que le impida volver á su casa por su propio pie.

Le volvió las espaldas, y dió por terminada la entrevista.

El Arzobispo salió de Palacio tambaleándose. No hizo más

que llegar á sus habitaciones, y sentirse enfermo. A partir de este día (25 de Mayo de 1667), ya su Ilustrísima no tuvo ninguno bueno: decayó, empeoró, y el 8 de Diciembre de aquel mismo año—fecha designada para celebrar con toda pompa la jura del rey D. Carlos II,—D. Miguel de Poblete abandonó este mundo.

Salcedo, que no era un rencoroso recalcitrante, asistió al entierro, y fué uno de los que cargaron con el féretro; y luego asistió á las honras fúnebres, que presidió con cristiana devoción. Pero á la gente tonsurada nadie le quitó de la cabeza que Salcedo fuese el autor moral de la muerte de Poblete.

VI

EL CATOLICISMO DE SALCEDO

Era rigurosamente exacto que el arzobispo Poblete había escrito cartas contra Salcedo, acusándole, no sólo de inmoral y codicioso, sino de poco católico. Esto último constituía una novedad. En México, lo mismo que en Madrid, estaban ya curados de espanto en lo concerniente á que los gobernadores cometiesen ciertos géneros de abusos; pero en lo que tocaba al cumplimiento de los deberes religiosos, no creemos que con frecuencia se hubieran dado reales cédulas como la que en 11 de Noviembre de 1666 dirigió la Reina Gobernadora á D. Diego de Salcedo, documento en el cual, amén de reprocharle el poco afecto que tenía á los eclesiásticos, le decía: «Faltáis á la asistencia del culto divino y fiestas de tabla, así de la Catedral como de las religiones, sin estar impedido por falta de salud, á cuyo exemplo se excusan los Oidores, Cabildo y Regimiento; y se os advierte cumpláis en esta parte con vuestra obligación y oficio, sin dar ese mal exemplo, por ser tan importante y necesaria la asistencia y veneración al culto divino en esas provincias, por los muchos infieles que los asisten y rodean.»

Pero es que Poblete no se contentó con quejarse á la Corte de la conducta de Salcedo; quejóse también al Inquisidor general, á quien, en carta de 20 de Junio de 1666, hacía estas graves manifestaciones:

«Reconozco sus grandes servicios siendo maestro de campo en Flandes, en los ejércitos de S. M.; pero no se niegue que no es todo español, y más cuando el afecto lo manifiesta en el efecto, y que su inclinación y amor no le aplica á los españoles, sino á los extranjeros: luego que llegó, fué despidiendo á todos los que tenía en Palacio y trajo de España, introduciendo holandeses flamencos, y para esto envió á Jacatra ó Batavia á pedir á los holandeses le enviasen algunos que le sirviesen, y se los remitieron; aplicó uno á mayordomo y los demás en otras ocupaciones de su casa, que son los que hoy tiene á su servicio, y de los que se compone su palacio, y lo más dañoso para esta tierra, y que se debe llorar, es que, siendo extranjeros, son también extrañas sus costumbres y no católicas, y con publicidad se conoce que el uno es calvinista, y sigue la secta de Calvino, y á esta gente, nuevamente convertida, es grave daño y perjuicio, y que apestará esta viña, que tanto ha costado al Rey, nuestro señor, y á tantos varones apostólicos que han plantado la fe en ella.»

Después habla el prelado de la escasa escrupulosidad con que Salcedo administraba la Hacienda Real, y añade:

...«el poco cuidado al gobierno y divertimiento á la codicia y á la asistencia á una mujer casada que tiene en su compañía, con gran nota y escándalo, y asistencia con su marido, llevándola en la carroza y embarcada consigo por el río, es tan grande, que desde que vino á estas islas no ha tratado de cosa que cuide al engrandecimiento y fortificación de esta plaza...

»Lo poco devoto á Dios y á la Iglesia es tan notorio, que ni á fiesta de tabla asiste; antes, cuando el día obliga, busca ocasión de hacer ausencia; ninguna frecuencia de Sacramentos, ni se sabe confiese y comulgue, si no es para cumplir con la Iglesia y Semana Santa; sermón no le oye, y teniéndole la

Real Audiencia en su capilla los miércoles y viernes de las cuaresmas, no se probará ha oído ni siquiera uno»...

Por lo que respecta al P. Paternina, que venía preparando su venganza, parece ocioso decir que también escribió contra Salcedo: precisamente al tiempo que los inquisidores se enteraban de la carta transcrita de Poblete, enterábase de otra del Comisario, fechada en Manila á 5 de Junio de 1666, en la cual, á vuelta de no pocas reflexiones exageradas, concluía diciendo de Salcedo que, «en general, todas sus acciones le hacían sospechoso de poco catolicismo». Nótese que no se le negaba que fuera católico; decíase de él que simpatizaba con algunos herejes, y que la religión católica la practicaba con excesiva sobriedad ó tibieza.

Cuando llegó la ocasión de concretar el *runrún* de los desocupados, vínose á saber, con referencia á D.^a Clara de Molina, que lo había oído á unos holandeses, cocheros de Salcedo, que éste, en cierta ocasión, como viera al capitán Juan de Haro andar por Palacio con un rosario en la mano, le preguntó con cierto enojo: «¿A qué anda con ese rosario? ¿No basta que rece cuando oye misa?» También se dijo que el general D. Fernando de Bobadilla, que solía por devoción llevar siempre en la mano su rosario, dejó de llevarlo desde que entró á asistir al Gobernador. El citado capitán Haro, á quien le molestaba el que la gente se figurase que Salcedo tenía que ver con la mujer de aquél, y que estaba ya un tanto harto de la protección del Gobernador, llegó á declarar: «Que lo que sabe es, por haberlo oído así comúnmente en la ciudad, que el Gobernador de estas islas no parece católico, según sus obras; y este declarante, fuera de haberle visto oír una misa y cuando tocan las ánimas rezar, no le ha visto otra acción devota.» Es decir, Salcedo oía misa diariamente, y diariamente rezaba la oración; no obstante lo cual, era *poco católico*... Porque el catolicismo entonces consistía en devorar rosarios á diario, hacer frecuentes novenas, oír sermones á cada paso y confesar y comulgar todos los sábados.

Esta tibieza católica, unida á las simpatías que mostraba por los holandeses un hombre que había pasado en Flandes casi toda su vida, y, por último, el rumor que se había esparcido de que, cuando tuviera que regresar á Europa, lo haría por la vía de Oriente, sólo por tocar en Batavia y otros puntos donde había herejes, no hay para qué decir que fué todo ello recogido por el P. Paternina, á fin de utilizarlo como maza de Fraga para aplastar al hombre á quien tanto aborrecía, al hombre de quien había jurado vengarse implacablemente.

En cambio, no se le puso á Salcedo en la cuenta el que había sido decidido protector del P. Sanvítores, fervorosísimo misionero en Marianas, y al cual, como ya veremos, dejó una manda de diez mil pesos para fomento de los misioneros en aquellas islas.

VII

LOS MANEJOS DEL P. PATERNINA

Las primeras quejas del Comisario manilense al Tribunal de México llegaron á éste por Febrero de 1666. El P. Paternina estaba aliado á los más encarnizados enemigos del Gobernador, y había acertado á suscitar el odio de aquellos que, no teniendo nada que agradecer á Salcedo, podían, *motu proprio*, acumular quejas contra el amante de la ex-amante del P. Paternina. Las quejas se contraían á estos dos extremos: *de lo poco que el Gobernador se cuida del servicio de ambas Majestades y de la comunicación que tiene con holandeses herejes*.

Como se trataba de un tan alto personaje, el Tribunal acogió con las debidas reservas las denuncias, aunque no dejó de trasladarlas al Consejo de Indias, que, como es sabido, radicaba en Madrid. El Virrey de Nueva España, por su parte, se informó también, y de lo que supo dió traslado al mencionado Consejo. Éste, previendo que pudiera instruirse una causa sin suficiente base, acordó, en 22 de Noviembre de 1667, que el Tribunal de México escribiera á su Comisario de Manila «que

estuviese con cuidado, y *si resultaba alguna otra cosa más contra el Gobernador, recibiese información y la enviase*. En una palabra, nada de proceder contra Salcedo, sino simplemente informar de lo nuevo que contra él se supiera; porque, en opinión del Consejo, lo que hasta entonces se sabía no era bastante para instruir una causa. El Tribunal de México trasladó el acuerdo del Consejo al Comisario de Manila; pero cuando Paternina recibió el traslado, ya había tomado contra Salcedo la resolución estupenda que en breve verá el lector.

A 4 de Septiembre de 1668, el P. Paternina, que ya tenía el terreno preparado, inició un sumario inquisitorial, tomando declaraciones al general D. Sebastián Rayo y Doria—uno de los malvados más refinados que en Manila había;—el 11 del mismo mes declaró el capitán Nicolás Muñoz de Pamplona; el 12, el Br. José Carrión, y en los días siguientes el capitán Diego de Palencia, familiar del Santo Oficio; Miguel Fernández Maroto; Ldo. Alonso Pérez Doca; el capitán Juan de Haro; Fr. Juan de Paz, dominico; Benito Castañeda, soldado de artillería; Diego de Medina, enfermero del Hospital Real; don Francisco Enríquez de Losada y el almirante Francisco Alonso de Vizcarra; todos los cuales, ateniéndose al *se dice* del arroyo, «hablaron de la opinión que el Gobernador merecía en el pueblo, de sus negocios con holandeses, de que *se sospechaba que quería escaparse á Batavia*, del peligro en que el catolicismo se hallaba en las Islas con el frecuente trato de herejes, y de nimiedades como las que quedan consignadas». (MEDINA.)

El 28 del mismo mes de Septiembre, el Comisario nombró á nueve religiosos para que calificasen las proposiciones imputadas al Gobernador. Fueron los calificadores: Fr. Francisco Solier, provincial de franciscanos; Fr. Juan Gómez y Fr. Agustín de San Pascual Bailón, agustinianos; Fr. Juan de Paz, Fr. Diego de San Román y Fr. José de Isusi, dominicos, y los PP. Juan de Landa, Francisco Salgado y Tiburcio de Cifuentes, jesuitas; de los cuales sólo dos dijeron que la causa perte-

necía al Santo Oficio, por considerar al reo «vehementemente sospechoso en la fe y en la herejía de Lutero y de Calvino».

Débil era el clavo, pero clavo tenía ya donde colgar sus pasiones el P. Paternina, quien procedió en el acto á llamar á los consultores, que fueron: D. José Millán de Poblete (sobrino del Arzobispo desdeñado por Salcedo), el canónigo D. Francisco Pizarro de Orellana y el Ldo. Manuel Suárez de Olivera (abogado portugués de pocas letras, que por cierto fué luego procesado por judío); los cuales, el 7 de Octubre siguiente, declararon—dando en ello sumo gusto al P. Paternina—que «se podía proceder á la prisión, pues concurrían de sobra (!) las tres condiciones estatuidas en el Código de procedimientos de la Inquisición». Paternina consultó además con los oidores; pero éstos, precavidos, no informaron por escrito, sino *in voce*, opinando «que el Comisario lo ejecutase con la mano del Santo Oficio»... No se dirá que Paternina no aprovechó hábilmente la oleada de rencores que contra Salcedo había, principalmente por la codicia con que éste se venía conduciendo en los negocios de la nao de Acapulco.

De tiempo atrás, ya sospechaba Salcedo que algo se intentaba contra él; pero apenas si tomó otra medida previsoras que dormir encerrado, y dejando junto al lecho unas cuantas armas blancas y de fuego preparadas. De todas suertes, estuvo muy lejos de su ánimo sospechar lo que le iba á suceder; porque, en último término, lo que le sucedió á Salcedo no tenía antecedente en la historia colonial.

VIII

LA PRISIÓN DEL GOBERNADOR SALCEDO

El P. Paternina no se durmió en las pajas: en menos de cuarenta y ocho horas lo arregló todo. Ganó, con amenazas, á la vieja que dormía en la misma cámara que el Gobernador, para que en el acto de oír ciertos golpecitos que convinieron,

franquease la puerta de la cámara; púsose de acuerdo con el maestro de campo D. Agustín de Cepeda, á fin de que éste obligara á la guardia de Palacio á que no experimentase la menor alteración cuando viese entrar de madrugada á cierta muchedumbre armada... Y á las nueve de la noche del 9 de Octubre de aquel año de 1668, entregó al alguacil un mandamiento de prisión contra el M. I. Sr. D. Diego de Salcedo, Gobernador, Capitán general y Presidente de la Real Audiencia de las Islas Filipinas. El alguacil fué á dar aviso á las personas que en dicha prisión tenían que intervenir, y á la una de la madrugada ya estaban todos á la puerta de Palacio.

Entró el primero Fr. José de Paternina, seguido de los alcaldes ordinarios de Manila D. Sebastián Rayo y Doria y don Nicolás de Pamplona; y tras éstos, los capitanes D. Gonzalo Samaniego (sobrino de Paternina), D. Juan Vargas Machuca, D. Juan Robles, D. Diego Morales, D. Juan de Morales, Diego de Palencia y Juan Tirado, «dexando otros veinte hombres en diferentes oficinas de Palacio y doze religiosos de San Francisco siguiendo á su provincial Fr. Francisco Solier, y guardián Fr. Mateo de la Anunciación, *armados todos*». (F. ENRIQUEZ DE LOSADA.)

Pase que con el Comisario de la Inquisición fuesen frailes á prender á un Capitán general tildado de tibieza católica; lo que apenas se concibe es que al Inquisidor le acompañasen militares, y menos aún que, al llegar tan extraño contingente y tan á deshora á Palacio, todo un maestro de campo, D. Agustín de Cepeda, le dijese á la tropa que montaba la guardia: «Nadie se altere: ¡es la Inquisición, que hace su oficio!» Y como nadie se alteró, el P. Paternina, con su escolta, subió al piso principal; llegó á la puerta de la cámara donde Salcedo dormía profundamente, dió los leves golpecitos convenidos, la vieja franqueó la puerta del dormitorio, y Fr. Paternina, con los suyos, rodearon el lecho del Gobernador y Capitán general de Filipinas.

Salcedo despertó sobresaltado, al tiempo precisamente que

E. M.—Febrero 1910.

con el pabellón de la cama le dificultaban todo movimiento los que le habían rodeado. En este momento de sorda confusión, el P. Paternina profirió estas únicas palabras:

—¡Sea preso por el Santo Oficio!

—¡Por el Santo Oficio?—exclamó Salcedo con cierta sorpresa; y repuso en el acto:—¡Seguro estoy!

¡Y tan *seguro!*... Como que, sin dejarle que se incorporase, sin consentirle que se pusiera los calzones, en camisa, tal como se hallaba, sus opresores echáronle un par de grillos, los remacharon, y, como si fuera un fardo, dejáronle caer sobre una hamaca, la misma que solía servir para conducir al hospital pobres enfermos. Y así, de esta guisa, desnudo casi, en la hamaca de los andrajosos, D. Diego de Salcedo fué transportado al convento de Nuestra Señora de los Angeles del P. San Francisco de Manila... ¡Fácil es imaginarse el trago que pasaría el hombre que en Flandes había ganado honrosamente el codiciado empleo de maestro de campo de los tercios españoles!...

A la mañana siguiente—según F. Enríquez de Losada, alcalde mayor de Tondo á la sazón,—«al abrir las puertas de la ciudad, divirtió por sus contornos la voz del inaudito caso; quedaban los hombres atónitos; que sólo podrá concebir y explicar esto el que con experiencia hubiera conocido el poder de un señor Gobernador de estas Islas»... Los indígenas, llenos de estupor, «parecía que se levantaban de algún profundo letargo»: no habían visto jamás, ni se les alcanzaba, cosa semejante; el Gobernador era quien representaba al Rey, y así, le miraban como algo muy sagrado.

La gentecilla española, los vividores sobre todo, ¡cuánto celebraron el inaudito caso!...

IX

EL GOBERNADOR INTERINO

Los oidores, que habían venido viendo con íntima satisfacción los pasos que daba Paternina para preparar el golpe, no pudieron menos de manifestar su júbilo al enterarse, por comunicación oficial del Ayuntamiento, que la prisión de Salcedo era un hecho consumado. Ninguno de ellos, á la verdad, tenía motivos para malquerer al Gobernador; pero es que, de puesto éste, alguien de la Audiencia tenía que hacerse cargo del mando supremo de las Islas, y ser Gobernador general en aquellos tiempos significaba, por poco que durase la interinidad, improvisar una fortuna, amén que hallar oportunidad de otorgar mercedes á los paniaguados y dar palos de ciego sobre la cabeza de los émulos.

Componían la Audiencia en aquella memorable época don Francisco de Coloma, D. Francisco de Montemayor y Mansilla y D. Juan Manuel de la Peña Bonifaz, oidores, más el fiscal D. Francisco de Corcuera y Mejía. Reunidos para decidir á quién de ellos correspondía el bastón, suscitóse una viva polémica entre los dos primeros de los mencionados, porque los dos se creían con mejor derecho: ambos habían venido á Filipinas en el mismo barco; Coloma alegaba en favor suyo el que su nombramiento se hubiera firmado antes que el de Mansilla; en tanto que Mansilla alegaba en su favor el que se había posesionado del cargo días antes que Coloma. Irreducibles ambos, intervino Peña Bonifaz, que era el más moderno, para proponer una solución transitoria: — «Déseme á mí—dijo—el mando por de pronto, porque el país no puede estar sin Gobernador ni un día; luego estudiaré yo el asunto concienzudamente, y cederé el bastón al que tenga mejor derecho.» Acep-

tada la fórmula por sus compañeros, Peña Bonifaz fué reconocido como Gobernador, Capitán general y Presidente interino. El propio Paternina, gran amigote de Peña, le hizo entrega del bastón que había usado el infeliz Salcedo, un bastón «con guarniciones de filigrana de oro».

Reconocido Peña Bonifaz por la milicia, Corporaciones civiles y religiosas y por todas las clases sociales, su primera medida fué nombrar sargento mayor de la plaza á su confidente D. Juan de Morales Valenzuela; á un hijo de éste le nombró en seguida capitán de la guardia de Palacio, y proveyó otros cargos de importancia en los que le eran personalmente más afectos. Para mejor ganarse á la tropa, vació las Cajas reales, pagando á los soldados con largueza... Y pasaban los días, y Peña no soltaba el bastón por nada ni por nadie.

Coloma y Mansilla no tardaron en llamamarse á engaño, pero sobre todo después que vieron que Peña Bonifaz arrojaba al cesto de los papeles inútiles las provisiones que aquéllos le enviaron invitándole á que cediera el mando. Persuadidos al fin de que no lo cedía, decidieron acatar la autoridad del intruso. Peña, sin embargo, como no las tenía todas consigo, á fin de obrar con más desembarazo, prendió primero y desterró después á sus incautos colegas: á Coloma lo mandó al pueblo de Bay (no muy lejos de Manila) y á Mansilla al de Otón (en la isla de Panay). Contra el Fiscal no tuvo nada que hacer, porque, enfermo éste de gravedad, se fué á provincias á reponer la salud, y en provincias murió el 1.º de Julio de 1669.

Fué, pues, profundo el trastorno que trajo á la Colonia la prisión de Salcedo. Aparte el daño que se infirió al principio de autoridad, sobrevino una perturbación administrativa extraordinaria; como que la Audiencia puede decirse que no existía, el Ejército estaba desmoralizado, los funcionarios públicos hacían lo que querían y, á todo esto, Peña Bonifaz, convertido en *Juan Palomo*, muy á satisfacción del P. Paternina, único autor de tan lamentable desbarajuste.

X

EL ENSAÑAMIENTO DEL P. PATERNINA

Cinco años estuvo el P. Paternina acariciando la venganza. Al fin la había visto cumplida. Pero no le bastaba el golpe dado; necesitaba ensañarse, y se ensañó con la más execrable crueldad. No obstante que Salcedo tenía puestos grillos y se hallaba en la más recóndita celda del convento de franciscanos de Manila, el Inquisidor creyó que estaría más seguro todavía en casa del capitán Diego de Palencia, donde le trasladó, pero no porque fuera esta nueva prisión más segura que el convento, sino porque dado el odio que Palencia—hombre de malas entrañas—profesaba al desgraciado Salcedo, entendía que así aumentaría los sufrimientos del preso al verse escarnecido por un subalterno á quien en alguna ocasión le había reprendido. Pasados unos días, el implacable Comisario volvió á trasladar al preso, pero al convento de San Agustín, por ser el edificio más fuerte de Manila; dejóle en la celda que reputó más á propósito, y á los grillos le añadió una pesada cadena, cuyo extremo aseguró en el muro de la celda. ¡Sabe Dios lo que le darían de comer, y sólo Dios sabrá cómo dormiría el que por cinco años corridos había sido Capitán general de Filipinas; á quien, por negárselo todo, se le negó que pudiera nombrar defensor suyo al racionero de la Catedral, Dr. Cartagena y Pantoja!...

Así lo pasó el infeliz Salcedo hasta mediados de 1669, en que, con la causa, y aherrojado como el más odioso criminal, fué embarcado en el patache *San Diego* para México. La suerte, decididamente, le había vuelto del todo las espaldas á Salcedo: los temporales obligaron á la nave á arribar á Filipinas, y otra vez el desdichado Gobernador vióse en la mazmorra de San Agustín, con grillos y cadena.

No hay que decir que se le había embargado, y que buena parte del dinero de Salcedo había ido á dar en manos de nego-

cientes. Peña Bonifaz, de acuerdo con Paternina, manejó á su antojo los bienes de D. Diego; sólo al capitán Pedro Quintero le entregó 20.000 pesos para que, por cuenta de Peña, «los fuese dando á ganancia»...

A mediados de 1670 volvió á ser embarcado para Acapulco Salcedo. Hallábase el infeliz tan consumido, que, en previsión de que expirase en la travesía, fueron acompañándole dos religiosos de toda la confianza de Paternina, por éste debidamente instruidos: Fr. Antonio de Godínez y Fr. Pedro de Torrenueva. A la mitad de la navegación, Salcedo se sintió morir; en los días 16 y 18 de Octubre se dispuso para ello: confesó repetidas veces, comulgó, testó y, entre otras mandas, dejó una de 10.000 pesos para el P. Diego Luis de Sanvítores, jesuíta, insigne misionero de Marianas, para el fomento de las misiones de dichas islas. Y el 24 del mismo mes, en la inmensidad del Pacífico, acabó para siempre la vida de Salcedo. Su cadáver fué arrojado al mar, probablemente con los grillos y la cadena...

Cualesquiera que fueren los pecados de Salcedo, éste, parangonado con su verdugo, resulta un santo. Tibio fué Salcedo en religión, pero nunca apóstata, como lo había sido Paternina.

XI

EL TRIBUNAL DE MÉXICO

Cedamos la palabra á Fr. Juan de la Concepción, agustino recoleto, prestigioso historiador de Filipinas:

«Llegó—dice,—aunque sin el presumido reo, el proceso al Santo Tribunal de México; registróse por aquellos severos jueces con toda diligencia; consultaron á Calificadores, y hechas averiguaciones necesarias, el día 31 de Octubre de 1671 fallaron de nulidad, sentenciando la prisión por injusta y atentada, mandando que se desembargaran sus bienes y que se restituyesen á los herederos; y á la pública satisfacción, teniendo el

hecho por enorme, y aun sospechoso, privaron al P. Fr. Joseph Paternina del oficio de Comisario, con orden que se remitiese á aquel Tribunal, preso, como así se hizo el año siguiente»...

Este párrafo, con ser tan expresivo, no da, sin embargo, idea de la indignación que experimentaron los inquisidores de México, dicho sea en honra suya. He aquí lo más substancial del primer documento que, sobre el mismo proceso, dirigieron los inquisidores de México al Consejo de Madrid:

«Ahora, Señor, nuestro sentir es que lo obrado y ejecutado por el Comisario ha sido el mayor abuso de jurisdicción que ha hecho ministro, y el atropellamiento de justicia y daño irreparable en honra, vida y hacienda; el mayor que ha causado hombre, con descrédito y daño gravísimo al justificado proceder y atención y prudencia con que obra el Santo Oficio y sus ministros deben ejercer en lo que les toca, nacido todo de pasión y mal ánimo contra D. Diego, y todas las deposiciones están mostrando que fué liga de los testigos y el Comisario; y por otras cartas, se muestra que también de los oidores, por usurparse el Gobierno, habiendo puesto aquella ciudad é islas, además del riesgo de perderse que se deja considerar, en la mayor turbación de ánimos que podemos decir.»

La carta, fechada en México á 18 de Enero de 1671, y firmada por los Ldos. D. Juan de Ortega Montañés y D. Nicolás de las Infantas y Venegas, es larguísima: en ella se extracta lo más interesante del proceso, y se obtiene la consecuencia de que, á todo tirar, Salcedo podía inspirar cierta vaga sospecha de tibieza en materia de fe.

La sentencia á que alude el P. Concepción, de 31 de Octubre de 1671, concluye:

«Fallamos, atentos los autos y méritos de ellos, ser y haber sido nula, injusta y atentada la prisión que el Comisario de Manila, Fr. Joseph Paternina, hizo y ejecutó por sí en la persona del Maestre de campo D. Diego de Salcedo, Gobernador y Capitán general de las Islas Filipinas y Presidente de la Real Audiencia de ellas; y así lo debemos declarar y declaramos por

ninguna y por injusta y atentada, y que todos los embargos que el dicho Comisario hizo en todos los bienes y hacienda de dicho Maestro de campo, Gobernador y Capitán general don Diego de Salcedo, fueron y son y han sido nulos, injustos y atentados; y, en consecuencia de ello, debemos de mandar y mandamos alzar y que alcen todos los embargos que se hicieron, y dar por libres los bienes y hacienda que fué embargada por dicho Comisario, y que por los inventarios que de la hacienda y bienes se hicieron, se haga entera y se dé toda satisfacción, sin disminución ni falta alguna, á los sucesores y herederos de dicho Maestro de campo, D. Diego de Salcedo, y á sus albaceas, y á quien fuere parte legítima de todos ellos y cada uno; y que, para el efecto, que plenariamente se haga la reclamación de la hacienda y bienes, se despachen y den por este Tribunal, además de los mandamientos de alzamiento de embargos, todas las órdenes y comisiones necesarias hasta la debida ejecución...»

Despréndese de aquí una lección, igualmente provechosa para los amigos y para los enemigos de la Inquisición: dirán los primeros que el Tribunal hizo plena justicia; pero dirán los segundos: *¡á buena hora!* Es verdad que no pudo ser antes, porque el Comisario se precipitó. De todas suertes, cabe decir que si no hubiera habido Inquisición, no habría habido Comisario, y sin éste Salcedo no habría sido víctima de una de las mayores iniquidades que registra la historia colonial. Si él pecó de codicioso, para eso estaba el Consejo, y, sobre todo, el Rey: para pedirle cuentas. Todo lo demás que se le imputaba no valía la pena, juzgando las cosas serenamente.

En último término, al Tribunal de México le alcanzará siempre la responsabilidad de haber confiado la Comisaría á quien no debió confiársela. Con poco que hubiese indagado, habría sabido que Paternina había sido apóstata de la fe; que en México observó una conducta licenciosa; y sin indagaciones de ninguna clase, pudo haber advertido que este fraile agustino ni tenía talento, ni tenía letras. ¿A quién, pues, fió

un cargo tan delicado? Fióselo á un hombre vulgar, de bajas pasiones, ¡y así salió ello!...

XII

EPÍLOGO

El Tribunal de México no se conformó con reivindicar la memoria de Salcedo; hizo más: procedió contra el P. Paternina, á quien exigió estrecha cuenta de su conducta. Pero antes de decir qué suerte tuvo este mal religioso, digamos la que tuvieron dos de los principales sujetos que en el asunto de Salcedo intervinieron.

A 24 de Septiembre de 1669, se posesionó del mando de las Islas D. Manuel de León, maestro de campo que había sido en Flandes y en Galicia: su antecesor, el indigno Peña Bonifaz, temeroso de lo que pudiera ocurrirle, se refugió en la iglesia de San Nicolás, de los agustinos recoletos. Suscitóse con este motivo un animado pleito acerca de si era ó no válida esta inmunidad; pero al pleito puso término la muerte de Bonifaz. Su gobierno fué declarado *intruso*, y se le confiscaron los bienes.

El P. Solier, provincial de los franciscanos, que tan activa parte tomó en la prisión, huyó á los montes, y por ellos vagó años enteros, siempre escondido. Es tradición que hacía vida de anacoreta, y llevaba una gruesa soga al cuello. Los naturales, tomándole por santo, sobre que le protegían, le admiraban. Parece que experimentó profundo arrepentimiento, y lleno de melancolía murió en Abril de 1675, en pleno bosque. Su cadáver fué llevado por unos campesinos al pueblo de San Pablo de los Montes, donde le enterraron.

En cuanto al P. Paternina, de orden del Tribunal de México pasó en calidad de procesado á Nueva España en 1673, y el 18 de Enero del siguiente año, navegando por el mar Pacífico, en el mismo paralelo en que precisamente había muerto

D. Diego de Salcedo, murió el Comisario, no se sabe si agobiado por el remordimiento ó de enfermedad natural.

No quiso S. M. que los seglares que habían coadyuvado á la prisión de Salcedo quedasen sin castigo, y á fin de que contra ellos se procediera, dió comisión, en 1580, al sucesor de D. Manuel de León, D. Juan de Vargas y Hurtado. Instruyó éste un proceso, y de resultas del mismo fueron condenados á diez años de presidio y embargo de bienes Rayo Doria y Muñoz Pamplona, alcaldes ordinarios de Manila, que habían sido, y el sargento mayor Tirado. El primero había ya muerto al ser dictada la sentencia. En tiempos del general Curuzalegui volvió á verse la causa: éste declaró nula la sentencia de Vargas, y mandó los autos á Madrid. Los señores del Consejo fallaron: «que debían declarar y declararon por nulos los autos hechos por D. Gabriel Curuzalegui, por defecto de jurisdicción; y revocaron la sentencia de D. Juan de Vargas en todo y por todo, y absolvieron y dieron por libres á los herederos y bienes del general Sebastián Rayo y Doria y capitán D. Nicolás Muñoz de Pamplona de las penas que por ellas fueron impuestas»... La cual sentencia fué confirmada por su Majestad en el Buen Retiro, á 22 de Junio de 1696.

Cerca de treinta años duró este ingrato negocio. Aunque oficialmente fueron absueltos ciertos sujetos, la Historia no podrá nunca levantarles la condena.

W. E. RETANA

Madrid, Enero de 1910.

RECUERDOS

Continúo con mis recuerdos sobre mi primera elección de diputado por Quintanar de la Orden.

Me presentaba, ó por mejor decir, me presentó Martos en segundas elecciones por dicho distrito, aprovechando la vacante que había dejado al optar por el acta de Madrid.

Y continuaba yo discutiendo con D. Cristino sobre mis indiscutibles derechos para presentarme por el distrito en cuestión.

Mi primer argumento era éste:—Yo nunca sería un cunero por Quintanar de la Orden; yo tengo arraigo en la localidad, y la prueba de ello es que mi hermano Miguel nació casualmente en Quintanar de la Orden, porque en un viaje que hizo mi madre le sorprendieron los dolores de parto, al detenerse la diligencia en que iba, en el propio Quintanar.

Me oyó D. Cristino con toda la seriedad que el caso exigía, y convino en que, al nacer yo, nací predestinado á ser diputado en su día por aquella ilustre localidad manchega.

Y de acuerdo ya sobre este punto, yo agregué en un arranque de inspiración:

—Y no es eso sólo: no sólo nació mi hermano en Quintanar de la Orden por casualidad, es que yo tengo otros títulos que presentar á mis electores al solicitar su voto.

—¿Otros títulos?—dijo Martos con cierta sorpresa.—¿Y tan firmes como el del nacimiento de su hermano?

—Por lo menos tan firmes.

—Vamos á ver—replicó D. Cristino;—y se reclinó en el sillón, fijando en mí su curiosa mirada.

Entonces yo le referí minuciosamente un suceso, que ya creo haber referido en estas crónicas, pero que estoy dispuesto á referir de nuevo, porque su importancia justifica la repetición.

El año 48 ó 49, no recuerdo bien la fecha, y aunque podría comprobarla fácilmente, no estoy dispuesto á tomarme este trabajo, el año 48 ó 49, repito, vine yo á Madrid en compañía de mi padre, con el objeto de estudiar matemáticas y de prepararme para el ingreso en la Escuela de Caminos.

En aquellos años no había ferrocarril; apenas había diligencia durante algunos meses; el carro de violín en que se transportaba el correo era molestísimo; las mensajerías aceleradas tardaban más de quince días, así es que tuvimos que arbitrar medios extraordinarios para nuestro viaje.

Alquilamos una tartana, con el propósito de hacer el camino en jornadas cortas, deteniéndonos por las noches en las ventas, posadas ó poblaciones que fuésemos encontrando.

Pero como este medio de transporte resultaba muy caro, buscamos compañeros de viaje, y así nos llegamos á reunir en número de cinco.

Cinco viajeros, con un equipaje ligerísimo, unos cuantos paquetes llevados á la mano y un par de cajones con fiambres, no era carga excesiva para el vehículo.

El reclutamiento de viajeros es curioso, y demuestra las costumbres y el estado social de aquella época, y sobre todo el punto de perfección á que había llegado la industria de los transportes.

Los viajeros éramos los siguientes:

La señora de Ponzoa y su hijo, un joven próximamente de mi edad. Dicha señora de Ponzoa, que, entre paréntesis y sin necesidad de paréntesis, era muy hermosa, muy buena y muy amable, era además la esposa del entonces ministro de Marina.

¡Qué tiempos aquellos en que la esposa de un ministro tenía que hacer el viaje de Murcia á Madrid en tartana!

Además, mi padre y yo.

Y completaba el número cinco un ebanista muy célebre, de Murcia, que venía á trabajar á Madrid: era casi un artista, y persona muy fina y muy simpática.

Véase cuántas clases sociales estaban representadas en el interior de aquella modestísima tartana, montada, no sobre resortes, sino á estilo de Murcia, sobre el brutal y robusto eje de las ruedas.

Con lo que el traqueteo era formidable, aunque la velocidad no era grande, y llegábamos siempre molidos á la venta en que habíamos de hacer noche.

Sin embargo, ¡qué viaje tan agradable y tan poético, sobre todo para mí, que jamás había salido de Murcia sino para ir á Cartagena durante los veranos!

Decía, ó empezaba á decir, hace un momento, que en el interior del modestísimo vehículo estaban representadas muchas clases sociales.

La señora de Ponzoa representaba el poder, la aristocracia, casi la mayor jerarquía de la política, puesto que su esposo era ministro de Marina.

Mi padre representaba la clase media intelectual: médico, profesor de Agricultura y un gran botánico, amigo íntimo de Cutanda y de Amo.

El hijo de la señora de Ponzoa y yo podíamos representar dignamente la simpática clase estudiantil: la juventud, el porvenir de la patria. Y el ebanista simbolizaba, en cierto modo, la clase trabajadora, elevándose hasta las regiones del arte, por su talento y su constancia.

Casi el compendio de toda una sociedad. Agréguese á esto el tartanero, el hombre del trabajo material en una de sus esferas más modestas, y sólo falta un representante para el desvalido, para el mísero, para el que sufre, para el desheredado, para el rebaño de los parias.

¿Tenía esta última clase, esta última capa social, representación apropiada en nuestra modestísima caravana?

Sí lo tenía.

*
* *

Todo esto lo iba yo explicando á D. Cristino, y él me interrumpía de cuando en cuando con sus admirables observaciones, entre serias y humorísticas, con alguno de aquellos discursos del prodigioso orador, que no están escritos en ninguna parte, pero que yo todavía los oigo y los siento flotar en la atmósfera; como veo aquellos ojos, un tanto saltones, pálidos por lo general, chispeantes en ciertos momentos, tras los gruesos cristales de sus quevedos, que afirmaba de cuando en cuando al redondear algunos de sus maravillosos períodos.

—Siga usted, siga usted—me decía;—que después de eso que usted me cuenta, veo venir algo muy importante, algo que demuestre que es una soberana injusticia que no haya sido usted ya diputado por Quintanar de la Orden desde la edad que marca la ley Electoral.

Y yo continuaba mi relación, animado por su asentimiento.

*
* *

Sí; la clase mísera, la clase humilde, la desheradada, la que sufre, tenía también un representante. Donde hay vida, hay dolor; y por el dolor, todos los que sufren son iguales.

Y el representante de la clase dolorosa, era en este caso, el pobre macho que tiraba de la tartana y de todos nosotros.

Al salir de Murcia, ya protestamos ante el dueño del vehículo y de la bestia, haciendo observar al primero, es decir, al dueño de la tartana, que era imposible que el pobre animal, que á ella había enganchado, hiciera viaje tan largo y penoso, y en el rigor del verano, por añadidura, porque era el mes de Agosto.

El dueño protestó á su vez; aseguró que el animal que nos

había puesto para el tiro era un león para el trabajo, que estaba acostumbrado á la fatiga, y que no en ocho días, como deseábamos, sino en seis días, llegaríamos con toda felicidad y sin tropiezo á Madrid.

Nos daba toda clase de seguridades, y respondía de la bestia.

Nos resignamos; ¡qué otro recurso nos quedaba!

Nos venció, porque el amo siempre es el amo, siquiera sea amo de una tartana; pero no nos convenció.

El pobre animal era una lástima.

Más de sesenta años han pasado, y he visto muchas lástimas, y aun me he rozado con muchas bestias; pero la imagen del pobre macho ha quedado en mis pupilas, y sin gran esfuerzo la evocan mis recuerdos.

Era de gran alzada; debió ser en sus buenos tiempos un magnífico animal; pero hambres y trabajos habían ido consumiendo sus carnes, y cuando, carretera adelante, tiraba de nosotros, era un esqueleto colosal arrastrando sobre baches y pedruscos una tartana.

Era como el esqueleto de un animal antediluviano, como de esos que se ven sostenidos por el adecuado armazón de hierros y alambres en los Museos de Historia Natural.

Un gigantesco esqueleto, forrado por una pobre piel llena de mataduras.

Sobre las ancas llevaba dos, en carne viva y sangrienta, cuajadas de moscas, que yo de cuando en cuando espantaba, pero que volvían tercas á cebarse en aquella roja papilla.

La pobre bestia no protestaba, cumplía su destino con sublime resignación.

De cuando en cuando, cuando las moscas le picaban mucho en las mataduras, un estremecimiento doloroso corría bajo su piel, pero él marchaba carretera adelante; y cuando por lástima, y con el pretesto de estirar las piernas, bajábamos y nos adelantábamos unos pasos á la tartana, yo volvía la vista y veía los ojos del pobre macho, enormes, muy abiertos, húme-

dos y opacos, como si una niebla, la niebla de la muerte, envolviese ya aquella cabeza tan prosaica, tan humilde, tan trágica.

Procurábamos hacer jornadas cortas, y al llegar á las posadas antes cuidábamos de que le dieran el pienso al macho que no en comer nosotros.

Cuidados inútiles: el animal se iba extinguiendo poco á poco; las jornadas eran cada vez más cortas; el esqueleto cada vez revolvía con más dificultad sus enormes, pero desencuadernados huesos.

Al fin de cada jornada le decíamos al tartanero:—Este macho no puede más; no llega á Madrid; se nos muere en el camino; hay que poner otro.

Y él nos contestaba:—No lo crean ustedes; así está hace dos años; es que es muy tumbón.

¡Tumbón el macho moribundo!

¡Cuántos míseros seres son tumbones de esta manera!

*
* *

—¿Usted creerá—le decía yo á D. Cristino—que nada de esto tiene que ver con los méritos que yo alego para ser diputado por Quintanar?

—Al contrario—me decía él;—todo lo que usted me dice lo demuestra, como yo se lo demostraré á usted, si usted no acierta á demostrarlo.

Y yo seguía con mi relación de este modo:

—Mal que bien, y un día tras otro, emprendimos al fin una jornada, al término de la cual, y en las horas de más calor, debíamos llegar al Corral de Almaguer.

—¿Lo ve usted?—me interrumpió Martos,—ya estamos en el distrito.

—En efecto, ya estamos en el distrito.—Y seguí pintando á mi manera aquella última y dolorosa jornada de nuestro pobre macho.

*
* *

Sus fuerzas se habían agotado; estábamos á dos leguas del Corral de Almaguer; eran las doce del día, de un día de Agosto, y el calor era africano.

El macho hacía esfuerzos supremos; sus movimientos eran sacudidas tetánicas; se paraba y luego arrancaba; su piel estaba cubierta de sudor, y parecía imposible, que aún tuviese jugo, siquiera fuese sudor de agonía; las moscas se encarnizaban en las mataduras; el espectáculo era doloroso y repugnante: el tartanero, con esa crueldad que á veces tienen los pobres para otros más pobres y más míseros que ellos, intentó pegarle; pero de la tartana salió un grito de reprobación formado por nuestras cinco voces compasivas.

—¡No! No le pegue usted; ese pobre animal se está muriendo, ya se lo dijimos á usted esta mañana. Saque usted de las bolsas de la tartana una cazuela que debe haber y un botijo, y pruebe usted á darle un poco de agua.

Y así lo hizo, y el animal, después de un rato, humedeció el hocico.

Un poco de agua en una cazuela humedeciendo el hocico de un macho, era en aquel instante, y bajo el sol abrasador de la Mancha, la expresión de una piedad suprema.

No el agua, porque no bebió; pero el olfato del agua pareció reanimarle un tanto, y víctima de su deber (¡qué expresión tan prosaica, del deber, tirar de nosotros!), hizo un esfuerzo de agonía, y arrancó por última vez.

Dió unos pasos, titubeó, tropezó, se balanceó de una á otra parte entre las varas, quiso buscar el equilibrio, no pudo alcanzarlo, tropezó de nuevo y vino á tierra extendiendo el cuello sobre el suelo abrasado, con el último estertor.

Era una pobre bestia, un pobre macho de una pobre tartana, y, sin embargo, sentimos por él verdadera compasión.

¡Qué remedio! Le abandonamos, y recorrimos á pie las dos leguas que nos faltaban para llegar al Corral de Almaguer.

—No siga usted—exclamó Martos;—no agregue usted ni una palabra más á lo dicho; todo lo que dijera usted ahora sería

E. M.—*Febrero 1910.*

incongruente, sería estropear la demostración del indiscutible derecho que le asiste para ser diputado por el distrito de Quintanar.

Hasta que murió el macho había sido usted un niño, un joven, un estudiante que no pensaba más que en sus diversiones y en sus libros.

Al sentirse usted conmovido por el destino y la muerte de la pobre bestia, ya fué usted un hombre; y en usted despertaron sublimes sentimientos de compasión por los seres míseros, por los seres humildes, abandonados de la fortuna y muriendo en cualquier parte, en una carretera, donde caen y entre varales de una tartana, como si la suerte les diera de palos aun en la agonía.

Y no era usted sólo un hombre en quien brotan de pronto los sentimientos humanitarios; era usted todo un demócrata, el defensor de las clases desamparadas.

¡Qué digo un demócrata! Era usted el diputado por Quintanar de la Orden, que recibe la consagración de su cargo futuro ante el cadáver de aquel pobre macho.

Caprichos de la suerte no le han hecho á usted antes diputado por Quintanar, pero ahora vamos á corregir sus desaciertos.

Algo parecido á esto me dijo D. Cristino, aunque en otra forma; en aquella forma maravillosa propia del gran orador de la democracia.

Pero las ideas eran las que yo acabo de indicar.

*
* *

Convinimos, pues, en que me presentaría diputado por el distrito que dejaba vacante D. Cristino.

Y en esto yo no temía dificultad ninguna; ¿qué más me daba? Yo me he dejado presentar siempre cuando han querido presentarme mis amigos.

Pero, dicho con toda reserva, si consentía en la presenta-

ción, no estaba dispuesto á hacer ningún sacrificio pecuniario, ni á tomarme ningún trabajo.

De sacrificios pecuniarios no había que hablar, porque el partido radical era rico, estaba bien organizado, los gastos eran mínimos y los comités del partido los sufragaban.

Muchas veces fuí diputado por Quintanar de la Orden, y jamás me costó un céntimo.

Pero Martos exigió que hiciera yo una visita al distrito, y aunque yo me defendí como pude, al fin tuve que ceder, y fuí al distrito y recorrí sus catorce pueblos, desde Madrideojos á Santa Cruz de la Zarza, unas veces á caballo, otras veces en carruaje; hice conocimiento con muchas gentes, todas muy amables, no sólo porque siempre nos parecen amables los que van á votar en nuestro favor, sino porque realmente lo eran.

Me festejaron, me obsequiaron muchísimo; tomé una serie interminable de chocolates, cada uno con su correspondiente vaso de naranja, y entretuve la expedición con muchas conversaciones amenas, salpicadas de cuentos y chascarrillos de la localidad.

Recuerdo que entre mis compañeros venía un Sr. Cañavate, que era persona sumamente simpática y de conversación grandemente entretenida.

Era hombre de buen talento, de cultura, de carácter afable, y tenía multitud de habilidades; entre otras, la de imitar á la perfección la voz ó el grito, desde el rugido al rebuzno de multitud de seres de la escala zoológica.

Describía á su manera una escena de familia entre un borrico, la borrica su esposa y el borriquillo su vástago, que era morir de risa.

Aún me parece oírle, imitando al borriquillo, decir en forma de atiplado rebuzno:—¡No mate usted á mi madre! ¡no mate usted á mi madre!

Así explicado, nada de esto tiene gracia, pero nosotros celebrábamos las habilidades del artista con grandes carcajadas.

En suma: cumplí mi obligación lealmente; recorrí todo el

distrito de una punta á otra punta; gané en aquella excursión muchos amigos, que lo fueron muy leales y muy cariñosos durante mi vida política, y volví á Madrid y me presenté á Martos, diciéndole:—Ya estará usted contento, ya me conocen mis electores.

A lo cual él me replicó:

—Yo siento haberle causado esta molestia, pero ha sido una molestia, no diré necesaria, pero sí conveniente.

Bien sé que no es preciso, para salir diputado, que los electores conozcan al candidato, y muchos diputados hay que no han conocido jamás á ninguno de sus electores; pero un diputado demócrata debe ponerse en contacto con las masas democráticas, y aunque usted se puso en contacto con ellas en aquella triste ocasión de la muerte del macho, han pasado muchos años, y bueno es que usted refresque sus sentimientos y avive sus ideales y aun el recuerdo de aquellas mataduras.

Aquellos eran tiempos ominosos en que el partido moderado dominaba ó, mejor dicho, en que dominaba la reacción; por eso morían machos en las carreteras; hoy son tiempos en que la democracia triunfa, y hay que buscar aliento en la nueva vida que anima á nuestra España.

En suma, ya le mandaré á usted el acta, y vendrá usted al Congreso por segunda vez.

Y, en efecto, llegó el acta, y fui diputado por vez segunda, y me senté naturalmente en el grupo de los cimbrios, y donde esperaba encontrar calma y conciliación, encontré lucha sorda, odios profundos, el edificio político que crujía, muchas nubes en el horizonte y, tras las nubes, truenos y relámpagos de lejanas tempestades.

Como iré recordando en los artículos siguientes.

JOSÉ ECHEGARAY

PARNASO INTERNACIONAL

LA MUERTE DEL MONO

(De Anatolio France.)

Dentro de bien acristalada estufa,
Donde rígidas plantas, que lejano
El sol hizo brotar en isla hermosa,
Dormitan bajo un cielo gris y opaco,
Mostrándonos su lenta florescencia
De extraña forma y sus agudos dardos,
Él, trémulo, febril, tosiendo ronco,
Se revuelca y envuelve en los harapos
De sucia lana. Entre sus largos dientes
Se escapa el soplo de su débil hálito,
Y ansioso cruza en el velludo seno
Sus desmedidos y nervudos brazos.
No hay temor ni esperanza en sus pupilas;
A todo son indiferentes. Si algo
Brilla en su resplandor, es la dulzura
Que al bruto presta el sufrimiento. Rápidos
El fuego y el glacial escalofrío,
Circulan por sus miembros casi humanos,
Y las rojas encías descubriendo
Con un gesto feroz, abre los labios;
Cual si fuese á morir, los ojos cierra,
Y esconden ya sus convulsivas manos
El pulgar muscoloso. Pero piensa
Que ha visto al sol en bonancible ocaso
Tras los erguidos mástiles de un puerto,

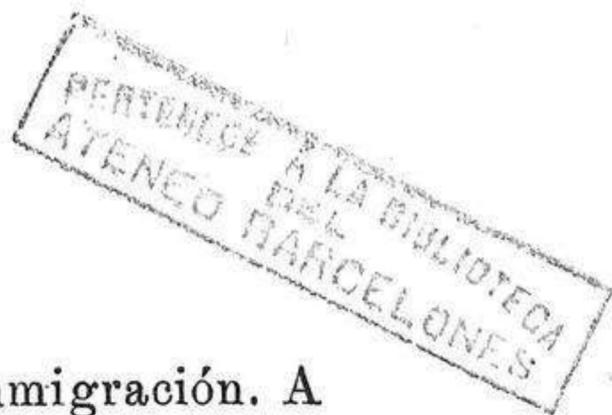
Deslumbrador hundirse, y arrugando
La estrecha frente, con penoso esfuerzo
Su atención reconcentra. ¿Sueña acaso
Que en la selva natal juega dichoso
Con la grey montaraz de sus hermanos;
Que desde el cielo azul el rey del día
Vierte su lumbre cálida, y él, harto
De la sabrosa leche de los cocos,
En el columpio de las palmas blando
Duerme feliz? ¿Recuerda que un enorme
Bajel, que hacia los climas destemplados
Dirige el rumbo, le conduce; que oye
Las voces broncas y los gritos ásperos
De los marinos; que las frías ráfagas
Del viento duro, cual mortal flechazo,
Le traspasan el pecho? Esta memoria
Quizás despierta en el confuso caos
De su torpe cerebro, la luz clara
Que precede á la muerte, y ese vástago
De una estúpida raza, moribundo,
Sólo vislumbra una visión: el áureo
Disco del sol que brilla esplendoroso,
Atrayendo triunfal sus ojos ávidos.
Después, la noche, muda, negra, fría,
Llena de obscuridad su espeso cráneo;
La huesuda cabeza, con resuello
Feroz, deja caer; está expirando.....
La media noche, la hora de la muerte,
Le dará al infeliz paz y descanso.

TEODORO LLORENTE

En el número anterior de LA ESPAÑA MODERNA, y en esta misma sección, se olvidó consignar la firma del traductor de la poesía *Visto al pasar*. El autor de aquella versión, como de todas las que insertamos en nuestro *Parnaso Internacional*, es el mismo, D. Teodoro Llorente.

LA INMENSA HISPANIA

POLITICA MIGRATORIA



Los Estados Unidos tienen una política de inmigración. A pesar de que la densidad media de población es bien escasa (nueve habitantes por kilómetro cuadrado), son sus grandes ciudades las que atraen inmigrantes, y no sus campos. Un proletariado como el de las poblaciones industriales europeas llega á sus puertas, y constituye un peligro social.

El campo no atrae sino con el aliciente de convertirlo en propio, para emanciparse de él luego é ir á consumir su renta á las ciudades. Es el fenómeno universal á que no se sustrae América: «el campo, para Fray Luis de León y para *los pocos sabios que en el mundo han sido*», piensan, aunque no lo digan, los inmigrantes ingleses y alemanes que constituyen 16 millones de los 19 y medio de inmigrantes que han llegado á los Estados Unidos desde 1820. Los yanquis no regalan ya sus campos, ni piensan que para cultivar y sacar todo el provecho á un kilómetro cuadrado son necesarios un centenar de hombres teniendo buenas máquinas. ¿A qué dividir la propiedad y acabar con los grandes capitales? Lo mejor es producir mucho con pocos hombres y buenas máquinas, y colocar los productos como los da la tierra ó transformados. Fabulosos capitalistas y poderosas empresas no piden hombres á quienes sustente el

suelo, sino consumidores de lo que ellos producen, de lo que ellos fabrican y transforman. Por eso los Estados Unidos, que tienen sobreproducción, no quieren más gente, sobre todo gente de aluvión, sino colocar sus productos fuera del país, donde otros no produzcan todo lo que consumen.

En los últimos sesenta años, la producción agrícola se ha quintuplicado, pero el aumento de brazos sólo fué de un 100 por 100; si el aumento en la producción hubiera sido solamente proporcional al aumento de brazos, en vez de ser los Estados Unidos la primera nación del mundo exportadora de productos agrícolas, no produciría bastante para el consumo nacional. Por eso la política migratoria de los Estados Unidos es poco menos que prohibitiva. Los puertos del Pacífico están casi cerrados para la raza amarilla; en los Estados del Sur no quieren ya más negros, y los que hay son tratados de un modo salvaje. En un solo número del *Courrier des Etats-Unis* (Agosto de 1909) encuéntrase los siguientes datos, que lo comprueban: los habitantes de Vermont declaran que no comerán en hoteles que hospeden á negros, y protestan de que se les admita en trenes y tranvías en que viajen blancos; el jefe de la Policía de Mobile (Estado de Alabama) ha ordenado que sean presos todos los habitantes negros que anden por las calles después de las diez de la noche; en Bandon (Misisipí), un negro es ahorcado en presencia de cinco mil personas; en Tallahasee (Florida), un pobre negro loco fué arrebatado de la prisión por un grupo de hombres armados, que le lincharon, colgándole de un árbol.

No solamente los Estados Unidos rechazan á los hombres negros y de raza amarilla, sino que muchos barcos blancos vuelven con su triste carga despedidos de los puertos del Atlántico. Bien es verdad que cuando han necesitado obreros para reconstruir á San Francisco de California, los exigentes investigadores de Nueva York han cerrado los ojos para no ver que los cincuenta duros del empresario pasan de mano en mano entre los obreros italianos y españoles que aquél lleva

contratados; pero cuando el inmigrante no lleva destino, ha de presentar sus cincuenta dólares sin trueque ni trampa, ó ha de buscar más hospitalarias castas, porque los Estados Unidos no admite á quien no los tenga.

El Brasil, la Argentina y el Uruguay también tienen política de inmigración. Pero una política contraria.

El Brasil ha establecido en París, en Amberes y en otras capitales de Europa, agencias de propaganda que informan sin engaño á quien quiere emigrar, y le ofrecen algo conforme á sus aptitudes; no alistan vagos ni aventureros, pero no dejan desamparados en sus puertos á los que ellos contratan. Alemania ha sido hasta hoy la nación que más inmigrantes ha suministrado á la República del Brasil; en 1908 han llegado al país 94.695 inmigrantes, y el día 18 de Junio del mismo año desembarcó en Santos, con destino al Estado de San Pablo, la inmigración japonesa concertada con el Gobierno nipón.

La producción de la Argentina, que en 1870 apenas alcanzaba para el consumo nacional, es tal actualmente, que ha exportado 4.300.000 toneladas de trigo, y el informe del Gobierno, referente al año 1908, calcula la cosecha de este cereal en 5.263.705 toneladas; en los últimos quince años el área del cultivo de cereales se ha cuadruplicado, pues en 1895 era de 4.892.005 hectáreas, y en 1908 era de 15.830.563; en el año 1908 la Argentina se ha colocado en el lugar que antes ocupaban los Estados Unidos en la escala de países exportadores de maíz. El último censo agrícola y ganadero da las siguientes cifras de ganado vivo:

Vacuno.....	29.116.625
Caballar.....	7.531.376
Mular.....	465.037
Asnal.....	285.088
Lanar.....	67.211.754
Cabrió.....	3.245.086
Cerda.....	1.403.591

con un valor total de 647.000.000 de duros.

La Argentina, que será pronto el primer granero del mundo, es superada en riqueza pecuaria nada más que por la India y los Estados Unidos; Rusia y la República norteamericana la aventajan en el número de caballos, y la Australia únicamente en el número de ovejas.

Como el progreso del país ha ido ligado á la invasión de inmigrantes de un modo claro y evidente, el Gobierno argentino favorece con una sabia política de protección al inmigrante agricultor, seguro de que los tres millones de personas que han llegado en los últimos cuarenta años, han hecho de la República un país verdaderamente grandioso.

La ley uruguaya de inmigración establece una oficina de colocaciones dependiente del ministerio del Trabajo, para procurar gratuitamente un empleo adecuado á los que llegan en vapor ó en buque de vela como pasajeros de segunda ó tercera clase, á quienes se les proporciona, mientras tanto, alojamiento en un hotel; vestidos, muebles, herramientas, gozan de franquicia de aduanas. El Uruguay, que llegó á la vida de independencia con 30.000 habitantes, tenía el 12 de Octubre de 1908, en que se hizo el último censo, 1.039.078 habitantes; en los últimos cuarenta años la inmigración ha excedido de 400.000 personas, y la exportación anual alcanza ya á dólares 37.280.523.

Costa Rica, Nicaragua, Guatemala, Honduras, el Salvador, Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador no tienen política de inmigración.

El Salvador, por estar bien poblado (91 habitantes por kilómetro cuadrado), y otras repúblicas, por la inseguridad á que gobiernos dictatoriales y absolutos las han tenido sometidas, ó por sus guerras intestinas y exteriores, no es raro que no hayan podido preocuparse de aumentar la riqueza nacional por el aporte de brazos extranjeros.

Las obras del canal de Panamá requieren siempre un contingente grande de obreros que, si tienen buenos sueldos, pierden la salud y no son elemento de riqueza sino en cuanto que,

cobrando de la poderosa empresa del canal, dejan su sueldo en los comisariatos de comerciantes yanquis y en los comercios de la capital de la República. Pero no puede llamarse política de inmigración la que da facilidades para que una empresa lleve obreros á un clima mortífero, con el fin de explotar temporalmente sus músculos.

La política de inmigración de la Argentina, del Brasil y del Uruguay, aspira á que el que llega con intención de fijar su residencia, encuentre bienestar, se quede en el país, viva sano y que constituya un hogar que dé ciudadanos factores de producción y de riqueza.

Costa Rica, que tiene clima suave, tranquilidad pública, gobierno democrático, paz inalterable, campos fecundos, tendría una significación y un poderío económico mucho mayores si hubiera seguido una acertada política de inmigración.

*
* *

Lo peor es que el pueblo de Costa Rica no siente la necesidad de inmigraciones. En la lucha electoral que acaba de terminar con el triunfo del llamado partido republicano y de su candidato el Licenciado D. Ricardo Jiménez Oreamuno, notable jurisconsulto y entendido agricultor, se ha lanzado ante las muchedumbres un grito de guerra contra el obispo alemán y los curas extranjeros (españoles muchos de ellos), que tomaron parte activa en la lucha política; y aunque los directores de ella han puntualizado y procurado destruir el equívoco, llenando las columnas de sus periódicos de nombres de extranjeros á quienes la República debe enseñanzas, prosperidad y riqueza, lo cierto es que en la masa poco instruída de nacionales y residentes, ha quedado como axioma que el futuro presidente de la República es enemigo de los extranjeros, con la misma evidencia que tuvo el pueblo de Madrid del vicio de José Bonaparte, *Pepe Botellas*, á quien se suponía siempre borracho, aunque se comprobó que nunca bebió sino agua.

En las elecciones que se han celebrado el 30 de Agosto, ha

obtenido el triunfador 38.025 votos, contra 14.598, no obstante luchar contra el ex-presidente D. Rafael Iglesias, hombre de talento extraordinario, á quien se debe la transformación monetaria y la implantación del patrón de oro, llevada á cabo en lucha abierta con las instituciones bancarias con una firmeza y perseverancia sin ejemplo. Pues si hoy se plantease una política de inmigración, como la que pide el ex-ministro don Leónidas Pacheco, que pertenece al partido triunfante, y hubiera como en Suiza el voto popular para las leyes, el pueblo que ha levantado á su tribuno idolatrado á la primera magistratura, quizás se llamara á engaño; tan arraigado está el error y tanta significación ha dado el pueblo á la campaña antiextranjera. El Licenciado Sr. Pacheco pide, en un concienzudo estudio sobre el tema, nada menos que un millón de colones (dos y medio de pesetas), y lo que es aún más difícil, «fe en la empresa, voluntad persistente de efectuarla y energía inquebrantable en su ejecución».

Probablemente, sin embargo, nadie tiene más condiciones ni mejor orientación para implantar esa política que el Licenciado D. Ricardo Jiménez: porque él ha visto y señalado desde la tribuna del Congreso, el inminente peligro yanqui; porque fieramente ha reivindicado la soberanía popular para emplear el impuesto con que se ha gravado á la poderosa Compañía *United Fruit Company* en lo que á la nación conviniera, y no en la compra de bonos de la deuda, de que ella es en gran parte poseedora; porque si el problema de Costa Rica es poblar, bien claro se ha visto que no es poblar de yanquis, sino de europeos, y que la República no necesita ya de comerciantes, sino de agricultores; pero agricultores que hagan suyo el suelo, que le rieguen con sus sudores y le muevan con sus palas; labradores que amen al terruño, que en él funden hogares y crien ciudadanos para la República, no sociedades anónimas que traigan solamente empleados, porque aquéllas y éstos apenas tocan el suelo, ni dan á la tierra mayor estimación que á las acciones de una casa de préstamos.

La victoria del partido republicano tiene tres significaciones importantes:

1.º El triunfo del principio de alternabilidad en el poder, base de las instituciones republicanas.

2.º La derrota del clericalismo, que había excomulgado á periódicos y periodistas, y había agitado en los pueblos profundamente las pasiones y los sentimientos religiosos contra el Licenciado Jiménez.

3.º La reacción contra las poderosas Empresas norteamericanas y contra la invasión é intervención yanqui.

Y esta última victoria significa una visión clara de que el día en que cada hectárea de terreno mantenga á una familia costarricense, se habrá evaporado el peligro yanqui. Y los costarricenses nacen de españoles, á veces de franceses, italianos, suizos, belgas y alemanes; pero rarísimamente de ingleses ó norteamericanos.

La desgracia es que lo que necesita Costa Rica, es precisamente lo que no viene. Se contrató una inmigración china, y no quedaron de ella sino planchadores, lavanderos y comerciantes de baratijas; llegó después una inmigración de las Islas Canarias, y no quedaron sino algunos individuos que pusieron tiendecitas de abacería; vino después una inmigración italiana, y apenas quedan como recuerdo de ella algunos zapateros; últimamente, el Gobierno quiso traer cien familias de agricultores españoles, y han llegado las veinticinco primeras que se comprometió á traer un Sr. Trepát, catalán, que se hizo pagar solamente en tierras de cultivo. El Gobierno asignó á los inmigrantes una llanura fértil, de clima suave, y les costeó alimentos, vestidos y viviendas modestas. Y, sin embargo... ya dice la prensa local que las hijas mozas vienen á la capital á contratarse como sirvientes, y que la colonia se desgrana y pone comercios, como siempre, para vender cien varas más lejos lo que se compró á cien varas más hacia el centro de San José.

Los políticos que han estudiado el fenómeno no encuen-

tran explicación clara á estos fracasos, ó no quieren profundizar para encontrarla. La inmigración de agricultores fracasará siempre que no se moderen sus deseos de ensayar nuevos cultivos y no se les dirija técnicamente respecto á los conocidos en el país, porque las lluvias tropicales cambian radicalmente las épocas de siembra, cuidados y recolección. Tranquilos y llenos de esperanzas veían crecer sus trigos los colonos recién llegados; pero las espigas de tan lozanas cañas no granaban; si llegaron á fecundación, no maduraron, y las aguas torrenciales troncharon las que mostraban la última esperanza.

Además, aquí hay que colonizar por círculos concéntricos; buscar terrenos baldíos, y querer situar allí una colonia, sin unirla por buenos caminos á un mercado de consumo cercano, es regalar, como aquí dice el pueblo, «confites en los infiernos».

Los alrededores de la capital deberían ser una hermosa huerta que abarataría la vida carísima de ella; regálenlos á inmigrantes gallegos, asturianos ó vascos, que tienen climas y terrenos como éstos, y ya se verá cómo no se meten á comerciantes.

Pero esos terrenos tienen dueños que no los cultivan por falta de capital, por falta de brazos ó por sobra de pereza. Pues cámbiese el sistema contributivo y pídase un minimum de producción, y el propietario cultivará sus tierras ó las dará baratas; venga la expropiación forzosa para quien no cultive alrededor de los núcleos de población, y tráigase á esos campos agricultores europeos. Ampliado cada centro, las municipalidades, que casi llegarán á unir sus núcleos cultivados, les abrirán caminos.

Vías de comunicación y política de inmigración son dos cosas gemelas, y al par han de marchar para evitar fracasos.

¿No será para eso para lo que el Licenciado D. Leónidas Pacheco desea un presupuesto de un millón de colones?

Podrá ser que el camino para lograr ese millón sean las economías que tanto preconizan algunos, pero yo me permito

dudarlo. Más bien creo que vendría con una transformación radical del sistema contributivo.

No hay contribución rústica, ni urbana, ni pecuaria, ni industrial, ni cédulas personales, ni impuesto de utilidades, ni sobre la renta, ni casi de timbre, ni de transmisión de herencias, ni tantos otros como en Europa gravan al contribuyente.

Costa Rica no tiene problema social, ni político, ni militar, ni religioso, pero tiene problemas económicos de difícil solución; uno es el arreglo de su deuda, que no es ocasión de tratar; otro es la transformación de su sistema contributivo, que se roza con el de la inmigración que motiva este estudio.

El sistema contributivo de Costa Rica es de lo más sencillo y primitivo que existe; el Estado hace dejación de rentas de cuantía indeterminada; para las Juntas de educación, encargadas del mobiliario, edificio y material de escuelas, cede las herencias vacantes, las multas, un tanto por ciento de lo que produzca la renta de licores y la contribución por degüello de reses para el consumo; la pequeña contribución urbana, de industria y comercio que se paga, es para los Municipios. No le quedan al Gobierno casi más que dos rentas de importancia: el impuesto de aduanas y el de alcoholes. La nación es rica y el Estado es pobre. Como los gastos de representación de una nación pequeña son casi de igual importancia que los de las grandes, y ha de tener Tribunal Supremo de Justicia, Congreso, Cónsules y Diplomáticos, Ministros y Subsecretarios y Directores generales; como en las pequeñas naciones, los políticos tienen por lo menos igual número de amigos que en las grandes; como, además, el Presupuesto se hace intencionadamente, con tanto descuido que la cantidad asignada para gastos eventuales en cada Ministerio es de importancia, comparada con la de gastos previstos, y frecuentemente el Poder Ejecutivo llama eventual á cualquier cosa, y rebasa la cifra, no faltan críticos que, con razón aparente, pretendan que la salvación del país está en reducir los gastos á una modestia proporcio-

nal al territorio, ó más bien á su población. Apenas se ocurre á alguien plantear un nuevo cultivo ó una industria, un proteccionismo prohibitivo encarece la vida de un modo horrible. Unas botas nos cuestan en San José siete ú ocho duros; un sombrero hongo, siete duros; un tomate, un real; una coliflor, una peseta. Si el pueblo fuera todavía más virtuoso de lo que es, y no bebiera, y si el país produjese justamente los alimentos que consume, ya que tiene climas y terrenos propios para todos los cultivos, tendríamos una gran prosperidad nacional y un Estado en la última miseria, porque de los ocho millones de colones que importa el presupuesto de ingresos, cinco son por aduanas y dos por el monopolio de licores, los cuales desaparecerían totalmente en nuestra hipótesis.

Y precisamente en Costa Rica el Estado tiene que ser fuerte, vigoroso y rico, porque las iniciativas individuales piden siempre el concurso del Gobierno, y difícilmente se encontrará en el mundo otro ejemplo mejor de *Estado-providencia*, tal como lo quieren muchos socialistas.

Si se quiere poblar el país y dirigir acertadamente la población para que no peligre la independencia nacional, es imprescindible gastar mucho en la colonización; y si de todos los inmigrantes que llegan á América, solamente los de los Estados Unidos traen capitales de sociedades anónimas, el capital que ha de producir hogares y ciudadanos y que ampare á los europeos que vengan á vincularse, ha de ser del Tesoro público, que puede aumentar poderosamente haciendo que las contribuciones caigan menos sobre el consumo y más sobre la riqueza y sobre las utilidades; más sobre el rico y menos sobre el pobre.

Mientras así no sea, habrá que resignarse á la invasión yanqui; á que de Europa venga todo menos lo que conviene y se necesita, y á que la población crezca por nacimientos, y eso menos de lo debido, porque también hace falta llevar la higiene infantil á los campos á costa del Tesoro público, que aquí debe hacerlo todo, hasta que la República tenga quien

saque de la tierra las riquezas que atesora y nazcan también vigorosas las iniciativas de los costarricenses.

*
* *

Ya lo ve Europa. América tiene aún oro, mucho oro, pero no á flor de tierra. Ese se ha acabado ó se está acabando. Yo sé que hay en España quien preconiza la emigración mirando á los palacios que en Avilés y en todo Asturias, en Algorta y en todo Vizcaya han levantado quienes regresaron de viejos á su patria con muchos miles de duros y salieron de mozos sin un céntimo. Ni el país que los recibió, ni España al dejarlos ir, tuvieron política migratoria. Esos españoles han enviado á su patria muchos miles de duros, y al fin de su vida viven en ella espléndidamente y dejan legados é instituciones benéficas ó de enseñanza.

La base de todas esas fortunas ha sido el comercio. En Costa Rica y en todo Centro América aún es posible hacer pequeños capitales. Los españoles son sobrios y laboriosos; el recuerdo de la patria estimula el ahorro, y como se importa ganados, y harinas, y máquinas, y tejidos, y objetos de moda y fantasía, y se exportan café, bananas, oro, plata, maderas, cacao, caucho y pieles, una extensa red comercial de almacenistas, expendedores, corredores, comisionistas, banqueros, se ha extendido sobre estos países, y los españoles, luchadores con la ventaja del idioma sobre alemanes y franceses, han acaparado el comercio, traído á América la moda, el lujo y los alimentos de Europa, y han hecho fortuna. Muchos se han radicado, montado industrias y establecido cultivos.

La importancia del comercio general de la América latina explica este predominio de comerciantes. Es de notar que, siendo las importaciones de los Estados Unidos 1.116.449.681 de dólares, y las exportaciones 1.752.833.247, y su población 84.216.000, lo que representa un movimiento comercial exterior de 32,65 dólares por habitante, hay cinco repúblicas hispánicas que relativamente le superan.

E. M.—Febrero 1910.

He aquí la estadística del movimiento comercial de la América latina en 1908:

REPÚBLICAS	Importaciones.	Exportaciones.	Total.	Población.	Dólares por habitante.
Argentina.....	272.972.736	366.005.341	638.978.077	6.100.361	104,75
Cuba.....	85.218.391	94.603.324	179.821.715	2.048.980	87,75
Uruguay.....	34.618.804	37.280.523	71.899.327	1.111.758	64,65
Chile.....	97.551.421	116.489.411	214.040.832	3.249.092	66,20
Costa Rica.....	5.629.405	7.757.525	13.386.930	351.176	38,10
Panamá.....	7.806.811	1.757.135	9.563.946	360.542	26,50
Dominicana....	5.127.463	9.486.344	14.613.807	610.000	23,95
Brasil.....	177.450.000	220.475.000	397.925.000	19.910.646	19,50
Méjico.....	110.800.000	121.370.000	232.170.000	13.607.259	17,05
Bolivia.....	16.323.000	17.514.000	33.837.000	2.267.935	14,90
Nicaragua.....	3.000.000	4.500.000	7.500.000	600.000	12,50
Paraguay.....	3.929.000	3.731.000	7.660.000	636.000	12,05
Perú.....	25.000.100	27.750.000	52.750.100	4.500.000	11,70
Ecuador.....	6.950.256	8.346.371	15.296.627	1.400.000	10,95
Venezuela.....	9.778.810	14.560.830	24.339.640	2.591.000	9,40
Colombia.....	13.513.892	14.998.744	28.512.636	4.000.000	7,15
Guatemala.....	5.811.586	6.736.143	12.567.729	1.804.000	6,95
Honduras.....	2.829.979	1.834.060	4.664.039	745.000	6,25
Salvador.....	4.240.560	5.787.677	10.028.237	1.707.000	5,85
Haití.....	4.701.160	3.478.848	8.180.008	1.400.200	5,70

Por lo que hace á Costa Rica, una importación de 5.629.405 dólares y una exportación de 7.757.525 dólares, ó sea 38,10 por habitante, que es en Hispanoamérica sólo inferior al de la Argentina, Cuba, Uruguay y Chile, da margen á un comercio importantísimo, y explica que cada año, sin política inmigratoria de ninguna especie, lleguen á la República, por término medio, 2.500 habitantes, de los cuales, más de la mitad quedan en la zona del Atlántico como empleados y colonos de la poderosa compañía explotadora de bananos, la *United Fruit Company*, y el resto, en que predominan los españoles, se coloca en el comercio. Costa Rica se queja de tanto comerciante, pero mientras una política migratoria no cambie las condiciones de vida, solamente es posible aconsejar la llegada al país de dependientes de comercio. Todavía los españoles hacen capitales peque-

ños, y ya es sabido que en España es difícil establecer tiendas nuevas, porque casas antiguas de comercio tienen acaparados los sitios buenos para comercio de novedades y almacenes.

De cuando en cuando llega algún obrero ebanista, de artes de construcción ó mecánico, y encuentra mejor colocación que tendría en España; pero si vinieran juntos una docena de cualquier oficio, no sería tan fácil encontrarles acomodo.

Oficinistas, escribientes, gentes sin oficio definido, no encontrarán ocupación lucrativa.

Criadas, cocineras, niñeras, no harían mal viaje, porque lo que cuesta más caro, que es la alimentación, corre de cuenta de los amos, y los salarios varían de cuatro á doce duros mensuales.

Hombres de carrera, médicos, abogados, profesores, sólo ocasionalmente encontrarán algo donde ganar su vida.

*
* *

¿Sobra gente en España? En épocas determinadas es evidente que en las ciudades y en los campos no hay trabajo. Gente instruída, bachilleres, jóvenes de mérito que no ven recompensados sus afanes porque las plazas son pocas y muchos los aspirantes, no deben venir á América mientras España no tenga una política de emigración concordante con la de inmigración de estos países. Ya iré dando soluciones. ¿No se hacen tratados de comercio? ¿Por qué no hacer tratados migratorios?

Cesen los temores pueriles que coartan la emigración, que es una sangría si no se apoya en una política acertada; pero repartir los españoles por este inmenso mundo sin desampararlos, es tener una grandiosa casa comercial con sucursales gratuitas, dar margen á una inmensa producción y á una industria poderosa.

Realmente, todo este estudio no aspira sino á que del total de sus capítulos se desprendan soluciones para formar una entidad moral que yo he llamado Hispania, inmensa Hispania,

que no se formará con armas ni escuadras, sino con una política emigratoria que, sin perjudicar á nadie, pueda beneficiar á todos. El lazo del idioma es tan fuerte, que valen nada ante él los mares ni los montes. El lazo de la sangre es tan apretado, que sólo una política insensata puede dar mayores afinidades.

ARTURO PÉREZ MARTÍN,
Director del Liceo de Costa Rica.

EL PAÍS DEL PLACER

NOVELA

I

Selden se detuvo sorprendido. Entre la balumba de tarde, en la Gran Estación Central, acababa de ver el sereno rostro de Miss Lily Bart.

Era un lunes de principios de Septiembre: el joven abogado volvía á su tarea después de una rápida escapatoria al campo; pero ¿qué podía hacer Miss Bart en la ciudad en semejante época del año? Si hubiera demostrado la intención de tomar un tren, hubiese él podido inferir que la había sorprendido en camino de una de las dos casas de campo que se disputaban su presencia, una vez terminada la estación de Newport; pero su aptitud indecisá le dejaba perplejo. Permanecía ella aparte de la multitud, á la que dejaba pasar hacia el andén ó hacia la calle, con un gesto irresoluto, que podía encubrir—así lo sospechaba Selden—un proyecto bien definido. Hasta llegó á pensar que la joven esperaba á alguien; sin embargo, no se daba cuenta de por qué se le había ocurrido aquella idea. Ningún cambio se notaba en Lily Bart; pero ¡bah!, nunca la veía sin experimentar cierto asomo de interés; tenía ella el dón de suscitar siempre la reflexión; sus más sencillos actos parecían el resultado de intenciones hondas.

Un movimiento de curiosidad le hizo desviarse del camino que conducía á la salida; pasó por delante de Miss Bart como distraído. Sabía que si ella no deseaba que la viesen, encontraría el medio de evitarlo; y la idea de poner á prueba la habilidad de la joven le divertía.

—¡Señor Selden!... ¡Qué feliz casualidad!—dijo ella acercándosele, sonriente.

Una ó dos personas que pasaban cerca se pararon á mirarla, porque el aspecto de la joven era capaz de detener hasta el viajero de las afueras que corriese á tomar el último tren.

Nunca Selden la había visto tan radiante. Su animado rostro, destacándose sobre los tonos oscuros de la multitud, aparecía más de relieve que en una sala de baile: bajo el sombrero y el velo, recobraba el matiz de jovencilla, puro y terso, que empezaba á perder, tras once años de veladas y de baile sin interrupción... ¿Hacía verdaderamente once años? ¿Tenía ella verdaderamente los veintinueve años que la adjudicaban sus rivales? Esto se preguntaba Selden.

—¡Qué suerte!—añadió ella.—¡Qué amabilidad la de usted en venir en mi ayuda!

El contestó alegremente que no había venido al mundo sino para ello, y le preguntó qué género de ayuda podía prestarle.

—¡Oh! Todo lo que usted quiera... hasta sentarse en un banco y charlar conmigo... Se «charla» un cotillón: ¿por qué no «charlar» el intervalo entre dos trenes? No hace más calor que en los salones de Mrs. Van Osburgh... y las mujeres no son nada más feas.

Se interrumpió riendo, explicó que llegaba de Tuxedo, que iba á casa de los Gus Trenor, á Bellomont, y que había perdido el tren de las tres y quince para Rhinebeck.

—Y no hay otro hasta las cinco y media. (Consultó el relojito de pedrería oculto entre encajes.) Son dos horas justas de espera. Y no sé qué hacerme. Mi doncella ha llegado esta ma-

ñana, y debía salir á la una para Bellomont; la casa de mi tía está cerrada, y no conozco á nadie en la ciudad. (Echó á la estación una ojeada de pesadumbre.) La verdad es que hace más calor que en casa de Mrs. Van Osburgh. Si tiene usted tiempo que perder, lléveme á cualquier sitio á respirar un poco.

El declaró que estaba por completo á su disposición: la aventura le parecía divertida. Como espectador, había siempre apreciado á Lily Bart. Y su género de vida le tenía tan alejado del círculo en que ella se movía, que le seducía verse llevado por un instante á la inesperada intimidad que implicaba la proposición de la joven.

—¿Vamos á casa de Sherng á tomar una taza de té?

Tuvo ella una sonrisa de asentimiento, pero en seguida hizo un mohín.

—¡Viene tanta gente á la ciudad el lunes!... Es seguro el encontrar una porción de personas fastidiosas... Cierto es que yo soy tan vieja como las calles, y por lo tanto, la cosa no tiene importancia; pero si yo soy vieja, usted no lo es—replicó bromeando.—Me muero de ganas de tomar té... ¿pero no hay un sitio más tranquilo?

Selden devolvió la sonrisa que se posaba en él alegremente. Las reservas de Lily Bart le interesaban casi tanto como sus imprudencias: ¡estaba tan persuadido de que unas y otras formaban parte de un mismo plan cuidadosamente elaborado! Al juzgar á Miss Bart, siempre acudía al argumento de las causas finales.

—Los recursos de Nueva York son bastante mezquinos—dijo él.—Pero voy por de pronto á buscar un *hansom*, y luego inventaremos algo.

La condujo á través de la multitud de gentes modestas que volvían del asueto; cruzaron por entre muchachas de tez marchita, con sombreros absurdos, y mujeres de pecho liso, que luchaban con paquetes y abanicos de hoja de palmera. ¿Era posible que fuera ella de la misma raza? El aspecto sombrío y basto de aquella humanidad femenina, hizo ver á Selden el

elevado puesto que Lily Bart ocupaba en la escala de los seres.

Un chubasco había refrescado la atmósfera, y las nubes formaban todavía un toldo sobre la calle húmeda.

—¡Qué delicia! Andemos un poco—dijo ella al salir de la estación.

Tomaron por la avenida Madison, y se encaminaron hacia el Norte. Como ella iba á su lado, con paso ligero y largo, Selden se dió cuenta del placer sensual que le proporcionaba la proximidad de la joven, el modelado de su breve oreja, la sinuosa onda ascendente de su pelo—¿añadía algo el arte á su brillo?—y la poblada línea de las cejas negras y rectas. Todo en ella era á la vez vigoroso y exquisito, á la vez fuerte y fino.

En esto reapareció el sol, y la sombrilla abierta concluyó con la grata contemplación de Selden. A los pocos momentos, Miss Bart se paró suspirando, y dijo:

—¡Dios mío, qué calor y qué sed tengo! ¡Qué horrorosa es Nueva York! Otras poblaciones se engalanan en verano, pero Nueva York parece que se pone en mangas de camisa. (Miró hacía el fondo de una calle lateral.) Alguien ha tenido la caridad de plantar por ese lado algunos árboles: vamos á la sombra.

—Me felicito de que mi calle la agrade—dijo Selden cuando hubieron doblado la esquina.

—¿Su calle?... ¿Vive usted aquí?

Y miró con interés las fachadas de las casas nuevas, de ladrillo y piedra caliza, adornadas con motivos fantásticos para obedecer al gusto americano de la novedad, pero frescas y atractivas con sus persianas y sus balcones floridos.

—¡Ah! sí... justo... el *Benedik*... ¡Qué construcción tan deliciosa! (Examinaba una casa que, al otro lado de la calle, alzaba su pórtico de mármol y su fachada de un pseudo estilo siglo XVIII). ¿Cuáles son sus ventanas? ¿Aquellas que tienen las persianas echadas?

—En el último piso, sí.

—¿Y es de usted aquel lindo balconcito? ¡Qué fresco debe hacer allí arriba!

Selden vaciló un instante.

—Venga usted á verlo--dijo.—Puedo ofrecerla una taza de té en un momento... y no tropezará usted con gentes fastidiosas.

Lily Bart se ruborizó—no había perdido el arte de ruborizarse en el momento oportuno,—pero aceptó la proposición con tanto desenfado como fué hecha.

—¿Por qué no? Es demasiado tentador... corro un riesgo...

—¡Oh!—contestó Selden en el mismo tono.—Yo no soy peligroso.

Lo cierto era que nunca la había gustado tanto como en aquel momento; pero sabía que ella había aceptado sin segunda intención. No tenía la pretensión de formar parte de los cálculos de la joven.

Al llegar á la puerta de la habitación, se detuvo un momento buscando la llave.

—No hay nadie aquí—dijo,— pero tengo un criado que viene por las mañanas, y puede ser que haya sacado todo lo necesario para el té y que haya traído alguna golosina.

La pasó á una antesala estrecha, adornada con grabados antiguos. Ella observó las cartas y las tarjetas amontonadas sobre la mesa, entre los guantes y los bastones. Después se encontró en una pequeña biblioteca, oscura, pero alegre, con sus paredes tapizadas de libros, una mesa de despacho llena de papeles y, como él lo había predicho, una bandeja de servicio de té, en una mesita, al lado de la ventana... Habíase levantado una brisa que agitaba las cortinas de muselina y aportaba, de los tiestos colocados en el balcón, un fresco aroma de reseda y petunia.

Lily se sentó, con un suspiro de satisfacción, en una de las butacas de cuero.

—¡Qué delicia tener un retiro como éste!—exclamó.—¡Qué cosa tan lamentable es el ser mujer!

Se abandonaba á todas las voluptuosidades del *spleen*.

Selden buscaba las pastas en el armario.

—Hay, sin embargo, mujeres—dijo—que han adoptado el régimen privilegiado de la casa sola.

—Sí, institutrices... viudas. Pero no muchachas... no pobres y miserables jóvenes casaderas.

—Pues yo conozco á una de esas jóvenes que vive sola en su casita.

—¿De veras?—preguntó ella con viveza.

—Sí—contestó él,—sacando del armario las pastas en cuestión.

—¡Ah! ya sé... se refiere usted á Gerty Farish. (Sonrió poco benévolamente.) Pero yo he dicho: «casaderas»... Y además, esa vive en un horrible agujero, no tiene doncella y ¡come unas cosas tan raras! Su cocinera lava la ropa, y los alimentos saben á jabón... No es eso para mí.

—No debe usted ir á comer con ella los días de colada—dijo Selden.

Y los dos se echaron á reir. Selden se agachó para encender la mecha del infiernillo, mientras que ella ponía en la tetera de porcelana verde la cantidad necesaria de té. Él miraba la mano de Miss Bart, tersa como un trozo de marfil, con sus sonrosadas uñas, y la pulsera de zafiro que se le deslizaba por la muñeca: comprendió lo irónico que era hablarla de una vida como la que había adoptado Gertrudis Farish, que era prima de él. Lily Bart era tan evidentemente la víctima de la civilización que la había producido, que los anillos de su pulsera parecían las esposas que la encadenaban á su destino.

Miss Bart pareció leer el pensamiento de Selden.

—He hecho muy mal—dijo—en haber hablado de esa manera de Gerty. No me acordaba de que es prima de usted. Pero, ya ve, ¡somos tan distintas!... ella gusta de ser buena, yo gusto de ser feliz... Y, además, ella es libre y yo no... Si lo fuese, no digo que no llegaría á ser feliz, hasta en su casita. Debe de dar una alegría muy grande el disponer una de sus

muebles á su antojo, y echar todos los horrores al trapero. Solamente con que yo pudiese transformar el salón de mi tía, estoy segura de que sería una mujer mejor.

—¿Está tan mal verdaderamente ese salón?—preguntó Selden con acento compasivo.

Lily le sonrió, y le dijo:

—Eso prueba que va usted pocas veces á él... ¿Por qué no viene usted más á menudo?

—Cuando voy, no es para mirar los muebles de Mrs. Peniston.

—¡Bah! No viene usted nunca... y, sin embargo, nos entendemos tan bien cuando nos encontramos...

—Tal vez—se apresuró él á replicar—sea esa la razón. Me temo no tener leche... ¿Tomará usted un gajo de limón, en cambio?

—Lo prefiero. (Esperó ella á que hubiese él cortado un gajito de limón.) No es esa la verdadera razón—dijo después.

—¿La razón de qué?

—De que no venga usted nunca. (Lily se inclinó hacia delante, con una sombra de perplejidad en sus ojos de maga.) ¡Me gustaría tanto saber... me gustaría tanto comprender á usted!... Naturalmente, sé muy bien que hay hombres á quienes no gusto... eso se conoce en seguida. Y hay otros que tienen miedo de mí; se creen que quiero casarme con ellos. (Sonrió con franqueza.) Pero yo no creo que le desagrade... y usted no puede pensar que yo deseo casarme con usted.

—No, de eso respondo.

—Entonces, ¿qué?...

Selden contempló divertidamente á Lily. La provocación que había en los ojos de la joven aumentó su buen humor; no hubiera creído que ella gastase la pólvora en honor de una caza tan mezquina; pero tal vez no era aquello para ella sino un ensayo; tal vez también una persona de su clase no podía hablar más que de sí misma. De todos modos, la joven estaba

prodigiosamente bonita, y él la había invitado á tomar té: tenía que mostrarse á la altura de la situación.

—Pues bien—dijo él;—tal vez sea esa precisamente la razón.

—¿Cómo?

—El hecho de que no desea usted casarse conmigo... Quizá no me anime eso mucho á visitarla.

Selden sintió un ligero estremecimiento después de haber aventurado esta frase, pero la risa de Miss Bart le tranquilizó.

—Amigo Selden—dijo ella;—eso no es digno de usted. Es tonto en usted el hacerme la corte, y usted no tiene nada de tonto.

Y la joven se puso á beber el té, con un aspecto tan pensativo, que si se hubieran encontrado en el salón de su tía, él casi hubiese tratado de dar un mentís á su razonamiento.

—¿No ve usted—añadió ella—que hay bastantes hombres para que me digan cosas agradables, y que lo que yo necesitaría es un amigo que no temiera decírmelas desagradables cuando las necesite? He pensado á veces que usted podría ser ese amigo... no sé por qué; como no sea porque usted ni es fatuo, ni malo, y porque con usted no me sería necesario ni estar en escena ni en guardia.

Su voz se había puesto seria, y miraba á Selden con la gravedad inquieta de un niño.

—No sabe usted—siguió diciendo—la necesidad que tengo de un amigo así. Mi tía posee una colección de máximas ejemplares, pero todas ellas pertenecen á las costumbres de hace cincuenta años. En cuanto á las otras mujeres, mis mejores amigas, todo lo que pueda ocurrirme les es completamente indiferente. Se me ha visto demasiado: la gente se cansa de mí; empiezan á decirme que debería casarme.

Hubo una pausa, durante la cual Selden preparó una ó dos réplicas ingeniosas, pero al fin prefirió formular esta sencilla frase:

—Pues bien; ¿por qué no se casa usted?

Lily enrojeció y se echó á reír.

—¡Ah! veo que es usted un verdadero amigo; he ahí precisamente una de las cosas desagradables que yo reclamaba.

—No era esa mi intención—replicó Selden.—¿No es el matrimonio la vocación de usted? ¿No las educan para ello á usted todas?

Lily suspiró.

—Así lo creo. ¿Qué otra cosa hay?

—En efecto... Entonces, ¿por qué no hacerlo de una vez? Ella se encogió de hombros.

—Habla usted como si yo debiera casarme con el primer hombre que se presentase.

—No he querido decir eso. Debe de haber alguno con las cualidades requeridas.

Miss Bart movió la cabeza con cansancio:

—He rechazado una ó dos buenas proporciones en mis comienzos...; me parece que tal es el caso de todas las muchachas... Y usted no ignora que yo soy muy pobre y horriblemente gastadora. Necesito muchísimo dinero.

Selden se había vuelto para coger de encima de la chimenea una caja de cigarrillos.

—¿Qué se ha hecho de Dillevorth?—preguntó él.

—¡Oh! su madre se asustó... Temía que hiciera yo modificar todas las alhajas de familia. Quería que prometiese no tocar al salón.

—Y precisamente se casaba usted para eso.

—En efecto... Así fué que mandó á su hijo á la India.

—¡Lástima!... Pero usted puede encontrar otro mejor que Dillevorth.

Selden le presentó la caja; cogió ella tres ó cuatro cigarrillos, se puso uno en los labios, y se guardó los otros en una petaquita de oro que estaba sujeta á su larga cadena de perlas.

—¿Tengo tiempo?... Fumaré entonces.

Se inclinó y encendió su cigarrillo en el de Selden. Después se levantó y se puso á curiosear los libros.

—¿Es usted muy aficionado á los libros?—preguntó.

—Todo lo que puede ser un hombre que no tiene dinero que gastar—contestó Selden.

—¿Y no le molesta á usted á veces el no ser bastante rico para comprar todos los libros que desease?

—¡Ya lo creo que me molesta!

—¿Y no le fastidia el tener que trabajar?

—Mi trabajo en sí no tiene nada de enojoso. Me gusta bastante el derecho.

—Sí... pero la rutina... ¿No siente usted jamás el deseo de viajar, de ver países nuevos, caras nuevas?

—Sí, muchísimo... sobre todo en primavera, cuando em-
bárcanse todos mis amigos.

Lily hizo un gesto compasivo, y luego dijo:

—¿Pero le contraría á usted eso hasta el punto de que e-
matrimonio la parezca una solución?

Selden se echó á reír, y exclamó:

—¡No lo quiera Dios!

Lily lanzó un suspiro, tiró el cigarrillo, y dijo:

—¡Ah! esa es la diferencia... una joven se ve obligada á ello, un hombre puede hacerlo si le conviene. (Le miró con ojo crítico.) Su traje está un poco usado... pero, ¿quién se fija en eso? La cosa no impide que la gente le convide á comer. Si yo tuviera un traje en mal uso, nadie me atendería; á una mujer se la invita tanto por su traje como por ella misma. El traje es el fondo del cuadro, el marco, si usted quiere; no determina el triunfo, pero contribuye á él. ¿Quién atendería á una mujer no elegante? De nosotras se espera que seamos bonitas y estemos bien vestidas hasta el final... y si una no puede conseguirlo por sí sola, necesitamos una asociación de dos.

Selden la observaba plazeramente; á pesar de la súplica de sus hermosos ojos, le era imposible considerar el caso de Miss Bard, desde el punto de vista sentimental. Dijo:

—Bien, pero... debe haber una masa de capitales en busca de semejante colocación. Tal vez la espera á usted hoy su destino en casa de los Trenor.

Ella contestó á la mirada de Selden con una interrogación.

—Pensaba que tal vez iría usted... ¡Oh! no en ese concepto. Pero habrá allí muchos amigos suyos... Gwen Van Osbrengh, los Wetherall, lady Cressida Raith... y los Jorge Dorset.

Lily hizo una pausa antes de este último nombre; con los ojos entornados lanzó á Selden una mirada inquisitorial, pero él permaneció impasible.

—Mrs. Trenor me ha invitado, pero no puedo ausentarme antes de fines de esta semana, y esas grandes reuniones me aburren.

—¡Oh! á mí también.

—Entonces, ¿por qué va usted?

—Porque esto constituye parte del oficio... ¿Lo olvida usted? Y, además, si no fuera, tendría que jugar al besigne con mi tía, en Richfield Springo.

—Lo cual es casi más fastidioso como casarse con Dilleworth.

Y los dos se echaron á reir de buena gana, muy satisfechos de su repentina intimidad.

Lily miró al reloj.

—¡Dios mío! tengo que marcharme. Es más de las cinco.

Fué á ponerse el velo ante el espejo. La actitud realzaba la alargada línea de sus caderas finas, que daba una especie de gracia salvaje á su figura—como de una dríada cautiva domesticada en la vida convencional de los salones;—y Selden pensaba que ese mismo asomo de libertad silvestre era lo que daba tanto sabor á todo lo que de artificial tenía.

La siguió á la antesala, pero allí ella le tendió la mano, en ademán de adiós.

—He pasado una hora deliciosa, y al presente está usted obligado á devolverme la visita.

—¿Pero no quiere usted que la acompañe á la estación?

—No; le ruego que nos despidamos aquí.

Dejó un instante su mano en la de Selden, y le dirigió una encantadora sonrisa.

—Adiós, entonces... Y buena suerte en Bellomont—dijo él abriendo la puerta.

Miss Bart miró detenidamente antes de salir; tenía mil probabilidades contra una de no encontrar á nadie; pero, por si acaso, espiaba siempre sus raras inconsecuencias con una violenta reacción de prudencia. No había nadie por allí, nadie más que una criada que fregaba la escalera. Su corpulencia y los utensilios que la rodeaban ocupaban tanto espacio, que Lily, para pasar, tuvo que recogerse el vestido y rozar la pared. La mujer interrumpió su faena, y alzó los ojos con curiosidad, estrujando con sus manos enrojecidas el trapo que acababa de sacar del cubo.

—Perdone usted—dijo Lily, con intención de resaltar con su cortesía el descaro de la otra.

La cual, sin contestar, retiró el cubo y siguió mirando á Miss Bart, que pasó entre un rumor de sedas. Lily se puso encarnada. ¿Qué supondría aquella mujer? ¿No se podría hacer nunca la cosa más sencilla, la más inocente, sin exponerse á alguna odiosa conjetura?

En el portal se paró un momento para ver si había algún coche, pero no se veía ninguno.

Salió á la calle, y apenas lo hizo, dió de manos á boca con un hombrecillo reluciente, con una gardenia en el ojal, que la saludó, y exclamó sorprendido:

—¡Miss Bart!... ¡Qué encuentro tan inesperado!

Y Lily vió entre los párpados medio entornados del hombrecillo una viva curiosidad.

—¡Oh! señor Rosedale... ¿cómo está usted?

Y, en la familiaridad repentina de la sonrisa que apareció en la cara de aquel hombre, vió el reflejo de la contrariedad que la cara de ella no pudo disimular.

Rosedale la contemplaba complacidamente. Era un hombre rechoncho, sonrosado, el tipo del judío rubio, con elegan-

tes trajes hechos en Londres, que parecían puestos por un tapicero, y ojuelos oblicuos, que le daban el aspecto de estimar á las gentes como si se tratase de objetos de venta. Interrogó con la mirada el pórtico del *Benedick*.

—Me figuro que habrá venido usted á la ciudad á hacer algunos encargos—dijo con un tono que parecía un contacto.

Miss Bart reculó ligeramente; después se lanzó á explicaciones precipitadas.

—Sí... He venido á ver á mi modista. Y corro á tomar el tren para ir á casa de los Trenor.

—¡Ah!... Su modista, ¡ah!, sí—dijo Rosedale con voz melosa.—No sabía que hubiera modistas en el *Benedick*.

—¿En el *Benedick*? (Lily se fingió intrigada.) ¿Se llama así ese edificio?

—Sí, ese es su nombre: creo que es una palabra antigua para decir «célibe», ¿no es así? Resulta que yo soy el propietario de la casa... por eso sé su nombre.

Su sonrisa se acentuó, y añadió cada vez con mayor aplomo:

—Pero déjeme acompañarla á la estación. ¿Los Trenor estarán en Bellomont, naturalmente? Tiene usted el tiempo preciso para tomar el tren de las cinco cuarenta... Supongo que la modista la ha entretenido.

Lily se irguió ante la ironía.

—¡Oh! gracias—balbució.

Y en aquel momento vió un *hansom* que llegaba por la avenida Madison; le llamó con un gesto desesperado.

—Es usted muy amable; pero no querría molestarle por nada del mundo—dijo, tendiendo la mano á Rosedale.

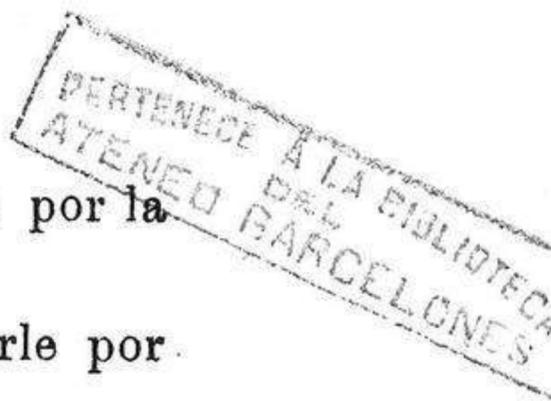
Y, sin atender sus protestas, saltó al vehículo salvador y dió, jadeante, una orden al cochero.

II

En el *hansom*, Lily se recostó suspirando.

¿Por qué es preciso que una muchacha expie tan caro la

E. M.—Febrero 1910.



menor infracción de la rutina? ¿Por qué no se puede hacer jamás una cosa natural sin tener que disimularla tras un armazón de artificios? Ella había cedido al impulso del momento al ir á casa de Lawrence Selden, ¡y era tan raro que pudiera ella permitirse el lujo de un impulso! Ahora comprendía que había cometido dos torpezas en cinco minutos. La primera, aquella estúpida historia de la costurera, cuando hubiese sido tan sencillo decir á Rosedale, que venía de tomar el té en casa de Selden, puesto que bastaba enunciar el hecho para hacerle inofensivo; la segunda torpeza era, después de haberse dejado sorprender en delito de mentira, descontentar al testigo.

Si hubiese tenido la presencia de espíritu de permitir á Rosedale acompañarla á la estación, sin duda habría comprado su silencio con tal concesión. El judío tenía, por su raza, el arte de apreciar exactamente los valores, y el hecho de que le viesen en el andén, lleno de gente en aquella hora de la tarde, en compañía de Miss Lily Bart, le representaba, hablando en su lenguaje, dinero contante. No ignoraba que en Bellomont eran esperados distinguidísimos huéspedes, y la posibilidad de pasar por uno de éstos, entraba en sus cálculos indudablemente. Rosedale, en su ascensión social, no había aún pasado del punto en que importa producir efectos de este género.

Lo peor era que Lily sabía todo esto. Sabía lo fácil que hubiera sido desarmarle en el acto, y lo difícil que podía serlo en lo sucesivo. Simón Rosedale era un hombre que alardeaba de saber las historias de todos; la manera de demostrar que vivía en la gran sociedad, consistía en ostentar una indiscreta familiaridad respecto á los hábitos de aquellos á quienes deseaba hacer que pasasen por íntimos suyos. Lily estaba segura de que antes de veinticuatro horas, la historia de su visita á la modista de *Benedick* circularía entre las relaciones de Rosedale. Desgraciadamente, siempre le había tratado con despego. Cuando el indiscreto primo de Lily, Jack Stepney, le presentó en una de las grandes reuniones de los Van Osburgh, Rosedale, con la mezcla de sensibilidad artística y de sagacidad pro-

fesional que caracteriza á su raza, se puso en seguida á rondar en torno de Miss Bart. Esta comprendía los motivos de aquél, porque su propia conducta se regulaba por cálculos tan sutiles. El hábito y la experiencia habíanla enseñado á mostrarse hospitalaria con los nuevos conocidos; aun los que peor se anunciaban, podían llegar á ser útiles un día. Pero una instintiva repugnancia, superior á los largos años de disciplina mundanal, la hizo desdeñar desde luego á Rosedale sin ponerle á prueba.

Y hasta el momento, ningún escrúpulo había perturbado á Lily. Entre sus íntimos, Rosedale fué decretado «imposible», y se vituperó á Jack Stepney por haber querido pagar sus deudas con invitaciones. La misma Mrs. Trenor, á quien su afición por las novedades arrastraba á veces á algunos experimentos aventurados, rechazó los esfuerzos de Jack para que aceptase como novedad á Rosedale. Jack renunció á la lucha, pero se mantuvo bravamente en sus posiciones, y se presentó en los restaurants de moda con Rosedale, en compañía de damas de exterior brillante, pero de situación oscura, con las que se puede siempre contar para este género de demostraciones. Pero la tentativa, hasta el momento, había sido vana.

Rosedale no era, por lo tanto, un factor temible, á menos que no se pusiese uno en su poder. Y esto era precisamente lo que Miss Bart había hecho. Su torpe mentira hacía ver á aquel hombre que algo tenía ella que ocultar. Lily estaba segura de que él tenía que arreglar cuentas con ella; la sonrisa de Rosedale decía que no había olvidado. Desechó esta idea con un ligero estremecimiento, pero la persiguió durante todo el trayecto hasta la estación: la idea la seguía acosando en el andén con una insistencia digna del mismo Rosedale.

Llegó cuando el tren iba ya á ponerse en marcha; después de haberse instalado, miró en rededor, con el deseo de encontrar á algún otro invitado de los Trenor. Quería sustraerse á sí misma, y la conversacion era el único medio que para ello conocía.

Tuvo la satisfacción de percibir á un joven muy rubio, de barba rojiza y rala, que en el otro extremo del vagón parecía ocultarse tras un periódico desplegado. No ignoraba ella que Percy Gryce iba á Bellomont, pero no había contado con la suerte de encontrarle en el tren; en un instante desaparecieron todos los desagradables pensamientos que se referían á Rosedale. Tal vez, después de todo, iba á terminar el día mejor que como había empezado.

Lily se puso á cortar las páginas de una novela, examinando con el rabillo del ojo á su presa, mientras que organizaba su plan de ataque. Había algo en la actitud de aquel hombre; su ensimismamiento decíale á Lily que la había visto; nunca está nadie tan acaparado por un periódico de la tarde. Lily pensó que el joven era demasiado tímido para acercarse, y se puso á idear algún medio de acercarse ella disimuladamente. Divertíala pensar que un joven tan rico como Percy Gryce pudiera ser tímido; pero ella poseía tesoros de indulgencia para semejantes particularidades, y, además, aquella timidez serviría mejor á sus designios que un excesivo aplomo. Lily tenía el dón de tranquilizar á los intimidados, pero no estaba segura de intimidar á los tranquilos.

Lily esperó á que el tren saliese del túnel y prosiguiese su marcha entre miserables taludes. Luego, cuando moderó la marcha cerca de Yankers, Lily se levantó y recorrió lentamente el vagón. Al pasar la joven junto á Gryce, el tren se inclinó al tomar una curva, y aquél notó que una mano breve se apoyaba en el respaldo de su asiento. Levantóse sobresaltado, y dejó ver una cara ingenua, que parecía salir de un baño de escarlata; hasta el rojo de su barba parecía avivarse.

El vagón se inclinó de nuevo, y por poco cae Lily en los brazos del joven. Aquélla afianzó, riendo, su equilibrio, y retrocedió.

—¡Oh! señor Gryce, ¿usted? Perdóneme... Iba en busca del conductor para pedir té.

Y le tendió la mano, mientras que el tren reanudaba su

marcha normal, y, en pie, cambiaron algunas palabras. «Sí... iba á Bellomont. Había él oído decir que también iría ella... (Al decir esto se coloreó de nuevo...)—¿Y pensaba él permanecer allí una semana?... Me alegro mucho.»

Pero en aquel momento, unos viajeros, que habían subido en la estación anterior, entraron en el vagón.

—Hay un sitio á mi lado... venga usted—dijo ella.

Gryce, muy azorado, se trasladó y llevó sus efectos al lado de miss Bart.

—¡Ah! aquí está el conductor; quizá nos puedan servir té.

Lily llamó al empleado, y en un instante, con la facilidad que parecía acompañar á todos sus deseos, se armó una mesita entre los dos asientos.

Cuando trajeron el té, Gryce contempló, silencioso y fascinado, las manos de Lily que revoloteaban sobre la bandeja. Costábale trabajo concebir que se pudiera realizar con tanta desenvoltura la tarea de hacer té en público y con el movimiento de un tren. Nunca se hubiera atrevido él á hacerlo, por temor de llamar la atención de sus compañeros de viaje; pero, al amparo de semejante maestría, bebió el brebaje, negro como la tinta, con una sensación de embriaguez.

Lily, cuyos labios conservaban todavía el aroma del té de caravana, bebido en casa de Selden, no tenía el menor deseo de perderlo con la droga del vagón restaurant, que parecía un néctar á su amigo; pero, juzgando, con razón, que uno de los encantos del té reside en el hecho de tomarlo juntos, se dispuso á colmar la satisfacción de Greycy, sonriéndole por encima de la taza alzada.

—¿Está bien? ¿No está demasiado fuerte?—preguntó con solicitud.

Y él replicó, en tono convencido, que nunca había tomado un té mejor.

«Debe de ser verdad»—pensó ella.

Y su imaginación se exaltó ante la idea de que Gryce ha-

cía tal vez su primer viaje en compañía de una mujer bonita; y la pareció providencial el hecho de ser ella el agente de la iniciación.

Otras muchachas no hubieran sabido cómo arreglárselas. Hubieran hecho resaltar con exceso la novedad de la aventura, con la esperanza de que él experimentase lo picante de una escapada. Pero el método de Lily era más delicado. Recordaba que su primo Jack Stepne había definido un día á Percy Gryce, como «el joven que prometiera á su madre no salir nunca sin chanclos cuando lloviera»; y, ateniéndose á esta indicación, decidió dar á la escena un carácter gratamente familiar, con la idea de que su compañero, en vez de pensar que hacía algo temerario é insólito, llegaría á meditar sobre la ventaja de tener siempre una compañera para hacer el té en ferrocarril.

Pero, á pesar de sus esfuerzos, la conversación languideció en cuanto quitaron la bandeja, y Lily hubo de comprobar una vez más los cortos alcances de Gryce. No era la ocasión, sino la imaginación, lo que le faltaba: tenía, indudablemente, un paladar que no aprendería nunca á establecer la distinción entre el néctar y el té de los ferrocarriles. Existía, sin embargo, un asunto en el que ella podía confiar; un resorte que á ella le bastaría tocar para poner en movimiento el mecanismo intelectual de Gryce. Lily se había abstenido de tocarlo, porque era su último recurso, y había acudido á otros procedimientos para suscitar otras sensaciones; pero, por fin, comprendió que las medidas extremas eran necesarias. Así, preguntó:

—Y qué, ¿cómo va usted con sus *Americana*?

(Llámanse *Americana* los primeros libros impresos en América.)

Gryce se animó con la pregunta, y contestó:

—Algo nuevo tengo.

Lo dijo con evidente satisfacción, pero bajando la voz como si temiera que sus compañeros de viaje trataran de despojarle.

Lily le interrogó de nuevo con simpatía, y poco á poco, Gryce fué llevado á hablar de sus últimas adquisiciones. Era el único asunto en que estaba seguro de sí mismo, y podía ostentar una superioridad que pocas personas estaban en condiciones de disputarle. Casi ninguno de sus conocidos se cuidaba de los *Americana*, casi nadie entendía de ello, y el sentimiento de esta ignorancia hacía agradablemente resaltar el saber de Gryce. La única dificultad era suscitar el asunto, y luego mantenerlo sobre el tapete; los más no manifestaban deseo alguno de enterarse, y Gryce parecía un comerciante cuyos almacenes están llenos de géneros invendibles.

Pero, á lo que parecía, Miss Bart deseaba enterarse; más aún, estaba ya lo suficiente enterada para que la misión de un conocimiento más amplio fuera tan cómoda como agradable. Interrogaba á Gryce con inteligencia, y él, no viendo el aire de cansancio que de ordinario asomaba á las caras de sus oyentes, habló con elocuencia.

Lily se felicitaba de haber demostrado una vez más su talento, para suscitar lo aprovechable. Las sensaciones de Gryce, aunque menos definidas, eran igualmente agradables.

Claro es que el interés de este joven por los *Americana* no nació en él; no era posible pensar que se le desarrollase una afición que le fuera propia. Un tío suyo le había legado una colección ya célebre entre los bibliófilos; la existencia de esta colección era el único hecho que hubiese dado alguna gloria al nombre de Gryce, y el sobrino estaba tan orgulloso de la herencia como si la cosa fuese obra suya. Poco á poco, llegó realmente á considerarla como tal, y á experimentar un sentimiento de satisfacción personal cada vez que veía alguna cita respecto á los *Americana* de la colección Gryce. Por deseoso que fuese de no llamar la atención sobre sí mismo, experimentaba, al ver impreso su nombre, un placer tan exquisito y tan grande, que parecía compensar su aversión de la publicidad.

Para gozar de esta sensación lo más á menudo posible, estaba suscrito á todas las revistas de bibliografía en general y

de historia americana en particular, y como las alusiones á su biblioteca abundaban en esas publicaciones, que constituían su única lectura, llegó á considerarse como ocupando un puesto eminente á los ojos del público, y á figurarse con placer el interés que se despertaría si las personas con las que se encontraba al azar supieran de pronto que era el poseedor de la biblioteca Gryce.

Muchos tímidos tienen semejantes compensaciones ocultas, y Miss Bart era lo suficiente perspicaz para saber que la vanidad íntima está generalmente en proporción con la humildad exterior. Con otra persona, no se hubiera atrevido ella á insistir tanto sobre un mismo asunto, ni á exagerar tan excesivamente el interés que la suscitaba; pero había adivinado con justicia que el egoísmo de Gryce era un suelo sediento, que reclamaba constantemente los alimentos externos. Miss Bart tenía el dón de seguir la corriente de sus pensamientos, haciendo ver al mismo tiempo que bogaba por la superficie de la conversación, y, en aquellos momentos, su excursión mental fué una ojeada sobre el porvenir de Gryce en relación con el de ella.

Los Gryce eran de Albany y nuevos en la metrópoli, adonde la madre y el hijo se habían trasladado, á la muerte del viejo Jefferson Gryce, para tomar posesión de su casa de la avenida Madison: una lúgubre morada, hecha de piedra oscura al exterior y de nogal sombrío en el interior, con la biblioteca de Gryce en una dependencia aneja á prueba de incendios, y que parecía un mausoleo. Lily sabía también todo lo que se podía esperar de ellos; la llegada del joven Gryce á Nueva York hizo palpitár los senos maternos, y cuando una muchacha no tiene madre que palpíte por ella, forzoso le es ocuparse por sí misma en el asunto. Por esto Lily, no solamente se las había arreglado para encontrarse en el camino del joven, sino que trabó conocimiento con la mamá, una mujer monumental, con el órgano de un predicador y un espíritu atormentado por las iniquidades de su servidumbre. Mrs. Gry-

ce tenía una especie de benevolencia impersonal: consideraba las cosas de necesidad individual con mirada recelosa; pero se suscribía á las obras cuyos boletines anuales proclamaban un majestuoso excedente. Sus deberes de ama de casa eran múltiples y diversos—desde las visitas furtivas á los cuartos de los criados, hasta las bajadas inopinadas á la bodega;—pero nunca se permitía muchas distracciones. Una vez, sin embargo, hizo imprimir en rojo una edición especial del *Sarum Rule*—el ritual particular de la iglesia de Salisbury,—y regaló sendos ejemplares á los pastores de su diócesis; y el álbum con bordes dorados, en el que estaban pegadas las cartas de gracias, constituía el principal ornamento de la mesa de su salón.

Percy fué educado según los principios que una mujer tan excelente debía infaliblemente de inculcar. Todas las variedades de la prudencia y del recelo habíanse grabado en una naturaleza por sí misma vacilante y circunspecta, hasta el punto de que Mrs. Gryce no hubiera necesitado imponer á su hijo la promesa de los chanclos, porque era poco probable que Percy saliera lloviendo. Al llegar á la mayoría de edad, y puesto en posesión de la fortuna que el difunto Mr. Gryce realizara, merced á un invento con privilegio para excluir el aire fresco de los hoteles, el joven continuó viviendo con su madre en Albany; pero á la muerte de Jefferson Gryce, cuando sus nuevos bienes, nada livianos, cayeron en manos de su hijo, Mrs. Gryce consideró que lo que llamaba los intereses del joven, exigía su presencia en Nueva York. En consecuencia, instalóse la dama en la casa de la avenida Madison, y Percy, en quien el sentimiento del deber no era menor que en su madre, pasaba todos los días de trabajo en las magníficas oficinas de *Broad Street*, en donde una hornada de hombres pálidos y mal retribuidos habían encanecido en la administración del imperio de los Gryce, y en donde Percy fué iniciado con todo el debido respeto en los menores detalles del arte de acumular.

Por lo que Lily podía saber, tal había sido hasta entonces

la única ocupación de Gryce: comprendíase que no considerara como una tarea superior á sus fuerzas la empresa de interesar á un joven sometido á un régimen tan debilitante. En todo caso, sentíase tan por completo dueña de la situación, que se abandonó á una seguridad en la que se desvaneció, y desapareció de su conciencia todo temor de Rosedale y de las dificultades que con ese temor se relacionaban.

La parada del tren en Garrisons no la hubiera distraído de sus pensamientos, si no hubiera sorprendido una repentina expresión de sobresalto en su compañero. El asiento de Gryce estaba frente á la puerta. Lily adivinó que le había turbado la aparición de una persona conocida: intuición corroborada por las cabezas que se volvían y por la sensación de general emoción que su propia entrada en un vagón estaba en el caso de producir.

Reconoció en seguida los síntomas, y no la sorprendió el oírse llamar por la penetrante voz de una linda mujer que subía al tren, acompañada por una doncella, un bull-terrier y un criado que vacilaba bajo el peso de las maletas y las cajas.

—¡Oh, Lily!..... ¿va usted á Bellomont? Entonces, supongo que no podrá usted cederme un asiento. Pero yo necesito un sitio en este vagón... Conductor, es preciso que me busque usted uno en seguida... ¿No se puede hacer que se levante alguien? Quiero estar con mis amigos... ¡Ah! buenas tardes, señor Gryce. Le ruego que haga comprender al conductor que necesito un sitio al lado de Lily y de usted.

Mrs. George Dorset, sin cuidarse de los esfuerzos benévolos de un viajero con saco de noche que cedía su puesto por apearse del tren, permanecía en pie en medio del paso, difundiendo en torno suyo ese sentimiento de exasperación general que crea frecuentemente una mujer bonita de viaje.

Era más baja y más delgada que Lily Bart, con una flexibilidad inquieta—como si hubiera podido contraerse y pasar á través de una sortija, semejante á las sinuosas telas con que gustaba adornarse.—Su carita pálida no parecía ser sino la

montura de sus dos ojos oscuros y grandes, cuya mirada de visionaria contrastaba curiosamente con sus gestos y su tono decididos—de suerte que, según la observación de uno de sus amigos, tenía el aspecto de un espíritu desencarnado que ocupase mucho espacio.

Habiendo, por fin, visto que el asiento de junto á Lily estaba desocupado, se apoderó de él, no sin molestar todavía á varias personas; explicó, mientras lo hacía, que había llegado de Mount Kisco en automóvil, aquella misma mañana, y que acababa de morirse de aburrimiento durante una hora en Garrisons, sin tener siquiera el consuelo de un cigarrillo, pues al bruto de su marido se le había olvidado llenar la petaca antes de marchar.

—Y ahora ya me figuro que no le quedará á usted ni uno, ¿verdad Lily?—dijo con tono lastimero.

Miss Bart interceptó la mirada de asombro de Percy Gryce, cuyos labios no contaminaba nunca el tabaco.

—¿Qué preguntas hace usted, Berta!—exclamó ruborizándose al pensar en la provisión de cigarrillos que había realizado en casa de Lawrence Selden.

—¿Cómo, no fuma usted? ¿Desde cuándo lo ha dejado?... ¿Qué? ¿que nunca ha fumado usted?... ¿Y usted tampoco, señor Gryce? ¡Ah! naturalmente... ¡qué tonta soy!... ya comprendo.

Y Mrs. Dorset se recostó en su asiento con una sonrisa que hizo lamentar á Lily que hubiera encontrado sitio á su lado.

III

El bridge, en Bellomont, duraba de ordinario hasta una hora avanzada de la noche, y cuando Lily subió á acostarse, había jugado, por desgracia suya, demasiado tiempo.

No sintiendo el menor aliciente por las reflexiones que la esperaban en la soledad de su cuarto, se quedó en el vasto ves-

tíbulo, mirando al hall, en donde los últimos jugadores formaban grupo en torno de la bandeja provista de largas copas y de jarras con cuello de plata, que el jefe de comedor acababa de poner en una mesa baja, al lado del fuego.

El hall era de arcadas, con una galería sostenida por columnas de mármol amarillo claro. En las esquinas de las paredes destacábanse altos macizos de plantas en flor sobre un fondo de follaje oscuro. Sobre la alfombra carmesí, dos ó tres perros de raza dormitaban voluptuosamente ante el fuego; la luz que caía de la gran linterna central lustraba las cabelleras de las mujeres, y al menor movimiento arrancaba destellos de las joyas.

Había momentos en que escenas de este género encantaban á Lily, en que satisfacían su sentido de la belleza, su aspiración hacia una vida exteriormente perfecta; había otros en que hacían resaltar las contadas ocasiones que se le ofrecían á ella. En aquel momento, el sentimiento del contraste predominaba en Lily, y volvió impacientemente la cabeza á la vista de Mrs. George Dorset, que, resplandeciente y serpentina, se llevaba á Percy Gryce tras su estela hacia un rincón íntimo, bajo la galería.

No era que Miss Bart temiese perder el ascendiente que acababa de adquirir sobre Gryce. Mrs. Dorset podía turbarle ó deslumbrarle; pero no tenía ni la habilidad ni la paciencia necesaria para capturarlo. Ocupábase demasiado en sí misma, para penetrar en los arcanos de la timidez del joven, y, además, ¿por qué se había de tomar semejante trabajo? A lo más, podría divertirla, jugar por una vez con la sencillez del muchacho, pero sin pasar de ahí. Percy Gryce había aburrido toda la tarde á Lily, y, sin embargo, ésta no ignoraba que había de seguir soportando semejante aburrimiento, con la esperanza de que el joven se dignase decidirse á aburrirla toda la vida.

Era un destino aborrecible, pero ¿cómo sustraerse á él? ¿Qué elección tenía ella? Tenía que ser, ó lo que ella era, ó una

Gerty Farish. Cuando entró en su cuarto, de luz delicadamente tamizada, con el peinador de encajes extendido sobre el cubrepíe de seda, sus zapatillas bordadas ante el fuego, un florero con claveles que embalsamaban la atmósfera, y las últimas novelas y revistas ilustradas, sin cortar las hojas, depositadas en la mesa, junto á la lámpara, recordó la estrechez de la vivienda de Miss Farish, con su confort barato y su horrible papel en las paredes. ¡No!, no estaba ella hecha para un medio mezquino, para los sórdidos compromisos de la pobreza. Todo su sér se dilataba en un ambiente de lujo; era el ambiente que necesitaba, el único clima en que podía respirar. Pero el lujo ajeno no le bastaba. Habíase contentado con él hacía algunos años; había aceptado su ración diaria de bienestar, sin cuidarse de los proveedores. Ahora empezaba á irritarse contra las obligaciones que la imponían su cambio, á sentirse sencillamente pensionada por la opulencia que en otro tiempo le parecía suya. Hasta había momentos en que se daba cuenta de que tenía que pagar su escote.

Durante mucho tiempo no quiso jugar al bridge. Sabía que la faltaban los medios, y temía adquirir una afición tan costosa. Había visto la prueba del peligro en la aventura de muchos conocidos—del joven Ned Silverton, por ejemplo, el encantador muchacho rubio, que ahora se extasiaba abyectamente de admiración á la sombra de Mrs. Fishar, una divorciada de nota, con unos ojos y unos trajes tan expresivos como los salientes rasgos de su caso particular. Lily se acordaba también del tiempo en que el joven Silverton apareció en sociedad con el aspecto de un arcadiano extraviado que ha publicado lindos sonetos en el periódico de su colegio. Desde entonces, cultivó su afición por Mrs. Fishar y por el bridge, y el bridge, por lo menos, la condujo á gastos que fueron saldados más de una vez por dos hermanas, viejas solteronas, que conservaban preciosamente los sonetos, y se privaban de azúcar en el té para mantener al Benjamín á flote. La situación de Ned era bien conocida de Lily. Había visto á sus bonitos

ojos—encerraban más poesía que los sonetos—pasar de la sorpresa al entretenimiento, después del entretenimiento á la ansiedad, mientras que experimentaba el prestigio del terrible azar, y se asustaba de descubrir en sí misma síntomas idénticos. El año pasado, en efecto, noto que los dueños de la casa esperaban de ella que se sentase á la mesa de juego. Era uno de los impuestos que tenía que pagar por su hospitalidad prolongada, y por los trajes y las joyas, que llegaban á veces á enriquecer su insuficiente previsión. Y desde que empezó á jugar, se aficionó apasionadamente. Una ó dos veces, en aquellos últimos tiempos, ganó una fuerte suma; pero, en vez de reservarla para atender á las futuras pérdidas, la empleó en trajes y joyas, y el deseo de reparar esta imprudencia, unido á la creciente embriaguez del juego, la llevó á aventurar puestas más elevadas con cada nueva tentativa. Trataba de disculparse, alegando que en casa de los Trenor, si se jugaba, había que jugar fuerte, ó pasar por pedante ó mezquino; pero habíase dominado por la pasión del juego, y sabía también que, en su medio actual, tenía pocas esperanzas de resistir.

Aquella noche, la suerte le fué implacablemente adversa, y el bolsillo de oro que colgaba entre sus dijes estaba casi vacío cuando subió ella á su cuarto. Abrió el armario, sacando su estuche de joyas, y contó el dinero. No le quedaba más que veinte dolars: este descubrimiento la sobrecogió de tal manera, que por un instante se imaginó que la habían robado. Después sacó papel y lapiz, y, sentándose ante la mesa de escribir, trató de hacer la cuenta de sus gastos del día. Estaba rendida de cansancio, y tuvo que sumar y restar varias veces antes de reconocer que había perdido trescientos dolars al juego. Sacó un librito de cheques, para ver si lo que quedaba era más de lo que creía; pero comprobó que no se había equivocado. Volvió á sus cálculos, pero, por más que hizo, no pudo resucitar los trescientos dolars que habían desaparecido. Era la suma que había apartado para pagar á su modista—á menos

que no diese aquel hueso á roer á su joyero.—De todos modos, lo insuficiente de la cantidad la había impulsado á jugar fuerte, con la esperanza de doblarla. Pero, como es corriente, había perdido; mientras que Berta Dorset, á la que su marido cubría de oro, había debido de embolsarse quinientos dolars por lo menos, y Judy Trenor, á la que sus medios la hubieran permitido perder mil cada noche, se levantó con las manos tan llenas de billetes que no pudo darlas á sus huéspedes al despedirse de ellos.

Un mundo en que semejantes cosas eran posibles, le parecía á Lily Bart una miserable morada; pero ¡ah!, jamás hubiera llegado á comprender las leyes de un universo tan dispuesto á dejarla con sus cálculos fallidos.

Empezó á desnudarse sin llamar á su doncella; la había mandado á acostar. Habíase acomodado durante tanto tiempo al gusto de los demás, que guardaba ciertos miramientos á quienes dependían del suyo, y, en sus horas de amargura, pensaba á veces que ella y su doncella se encontraban en una situación idéntica, salvo que el sueldo de la segunda era pagado con mayor regularidad.

Sentóse ante el espejo para arreglarse el pelo; tenía la cara pálida, desencajada; observó con terror dos líneas pequeñas, junto á la boca, minúsculas estrías en la curva lisa de la mejilla.

—¡Oh! es preciso que deje de atormentarme—exclamó.—A menos que no sea efecto de la luz eléctrica...

Se levantó y encendió los candelabros de la mesa de tocador.

Apagó todas las demás luces y se examinó á la claridad de las bujías. El óvalo blanco de su rostro emergió, indeciso, del último término tenebroso, empañado por el resplandor incierto como por un vaho; pero las dos líneas de junto á la boca permanecían fijas.

Lily se apresuró á acostarse.

«Ello no obedece más que al cansancio y á mis odiosas pre-

ocupaciones»—se dijo; y tuvo por una nueva injusticia que tan mezquinas causas pudiesen dejar huella en su belleza, su única arma contra todos.

Pero las odiosas preocupaciones no la abandonaban. Volvió con fatiga á la idea de Percy Gryce, como un caminante recoge un fardo y prosigue su marcha tras un breve alto. Lily estaba casi segura de haberle llevado á buen puerto; unos cuantos días más, y alcanzaría la recompensa. Pero la misma recompensa parecía insípida en aquel momento; Lily no experimentaba placer alguno con la idea de su triunfo. Sería un descanso después de tanto cansancio, nada más, y ¡qué insípido le hubiera parecido esto... algunos años antes! Sus ambiciones habían disminuído poco á poco en la secante atmósfera del fracaso... Pero ¿por qué el fracaso? ¿Debía acusarse á sí misma ó á la fatalidad?

Recordaba que su madre, después de la ruina, acostumbraba á decirla, con una especie de sombrío espíritu de venganza: «Recobrarás todo esto... lo recobrarás todo con tu cara...» Este recuerdo aportó todo un cortejo de imágenes, y, acostada, en la oscuridad, se puso á reconstruir el pasado del que su presente había salido.

Una casa en la que nadie comía nunca como no hubiese «gente»; la campanilla de la puerta que sonaba sin interrupción; la mesa del recibidor llena de invitaciones y de recibos; una serie de doncellas, de criadas y de criados que se despedían entre un caos de armarios rápidamente saqueados; disputas en la cocina y en la sala; fugas precipitadas á Europa; regresos con baúles repletos; discusiones, dos veces al año, para saber en dónde se pasaría el verano; grises intermedios de economía con brillantes recepciones de gasto—tal fué el escenario de los primeros recuerdos de Lily Bart.

Reinante sobre aquella perpetua tempestad doméstica, se erguía la vigorosa y bien determinada figura de una madre, bastante joven todavía para usar furiosamente sus trajes de baile, mientras que el perfil brumoso de un padre, más bien

neutro, ocupaba un puesto intermedio entre el jefe de comedor y el hombre que iba á dar cuerda á los relojes. Aun á los ojos de la infancia, tenía aspecto joven Bers Hudson Bart; pero Lily no podía recordar una época en que su padre no era calvo y encorvado. Después se enteró, con asombro, de que su padre no tenía sino dos años más que su madre.

Lily veía pocas veces á su padre, de día. Permanecía todo el tiempo en la ciudad, y, en invierno, era ya muy de noche cuando le sentía volver. Abrazaba á su hija; enviaba recado á su mujer de que comía fuera, y desaparecía otra vez. En verano, cuando iba á pasar un domingo con ellas, en Newport ó Southampton, parecía aún más taciturno que en invierno. El reposo parecía fatigarle más, y se pasaba horas y horas contemplando el mar desde un rincón apacible del terrado, mientras que el estrépito de la existencia de su mujer continuaba, á pocos pasos de él, sin que lo notase. Pero, por lo general, en verano, Mrs. Bart y Lily se iban á Europa. De vez en cuando Lily oía que su madre fulminaba anatemas contra su marido por haberse descuidado en el envío de fondos; pero, de ordinario, no se hablaba de él ni en él se pensaba hasta que aparecía en el muelle de Nueva York, en donde tropezaba con la enormidad de los equipajes de Mrs. Bart y las severidades de la aduana americana.

La vida continuó de esta manera irregular y agitada, hasta los diez y nueve años de Lily—una línea quebrada, según la cual la embarcación familiar se deslizaba por una rápida corriente de placer, atraída desde abajo por el flujo de una perpetua necesidad: la necesidad de más dinero.—Lily no se acordaba de que hubiese habido nunca bastante dinero, y, por alguna razón mal definida, su padre parecía siempre responsable de semejante carencia. No era ciertamente por culpa de Mrs. Bart, que tenía entre sus amigos fama de ser una «organizadora maravillosa». Mrs. Bart era célebre, á causa de los efectos ilimitados que sacaba de limitados medios, y para ella, así como para sus conocidos, constituía una especie de he-

roísmo el vivir como si se fuese mucho más rica de lo que en realidad se era.

Como es natural, Lily estaba orgullosa de las aptitudes de su madre en ese concepto; había sido educada en el principio de que á cualquiera costa necesitábase tener una buena cocina é ir lo que Mrs. Bart llamaba «decentemente vestida». La peor censura de Mrs. Bart á su marido, consistía en preguntarle si quería que ella «viviese como los cerdos», y la negativa respuesta de M. Bart era siempre considerada como una autorización para mandar un telegrama á París encargando uno ó dos trajes suplementarios, y un telefonema al joyero para decirle que, después de pensado, podía enviar la pulsera de turquesas que Mrs. Bart había examinado por la mañana.

Lily conocía personas que «vivían como los cerdos»: su apariencia y cuanto les rodeaba justificaba la repugnancia de su madre hacia ese género de existencia. Eran, en su mayoría, parientes que habitaban en sombrías casas con grabados inspirados en el *viaje de la vida* en las paredes de la sala, y con fregonas que contestaban: «voy á ver», á visitantes que se presentaban á una hora en que las personas distinguidas han salido, si no en realidad, teóricamente por lo menos. Lo peor del caso era que muchos de aquellos parientes eran ricos: así, Lily se forjó la idea de que, si las gentes «vivían como cerdos», era por gusto y porque no observaban una discreta línea de conducta. Esta idea la dió un sentimiento de razonada superioridad, y no necesitaba los comentarios de su madre para cultivar el instinto que naturalmente la inclinaba hacia el lujo.

Lily tenía diez y nueve años cuando las circunstancias la obligaron á revisar su sistema del universo.

El año anterior hizo una deslumbradora entrada en la sociedad, pero acompañada por una densa nube de cuentas. La luz del acto permanecía aún en el horizonte, pero la nube se había hecho más espesa, y de repente estalló. Lo repentino aumentó el horror de la catástrofe; y aun había momentos en

que Lily revivía dolorosamente cada detalle del día fatal. Su madre y ella estaban sentadas, para almorzar, ante los restos de la comida de la víspera, puesto que una de las raras economías de Mrs. Bart era consumir en privado los restos de su costosa hospitalidad. Lily experimentaba la agradable languidez de la juventud que ha bailado hasta el amanecer; pero su madre, á despecho de algunas ligeras arrugas junto á la boca, y bajo las ondulaciones doradas en las sienes, estaba tan fresca y viva de color como si se hubiera levantado tras un apacible sueño.

En medio de la mesa, entre los dulces, alzaba sus tallos vigorosos una pirámide de esas rosas de estufa que se llaman «bellezas americanas»; alzaban la cabeza tan en alto como Mrs. Bart, pero su rosado tinte había enrojecido, y su reaparición en el almuerzo ofendía al gusto de Lily.

—La verdad es, mamá—dijo en tono de queja,—que me parece que podríamos tener algunas flores frescas para el almuerzo... Unos muguets, por ejemplo.

Mrs. Bart la miró asombrada. La delicadeza del gusto de Lily no se mostraba exigente sino en público, poco la importaba el aspecto de la mesa del almuerzo cuando no había más que la familia. Pero sonrió de la candidez de su hija.

—Los muguets, en esta estación—dijo la madre con calma,—cuestan dos dolars la docena.

Lily no se desconcertó: tenía una noción muy vaga del valor del dinero.

—Seis docenas bastarían para llenar ese cesto—replicó.

—¿Seis docenas de qué?—preguntó la voz de su padre desde la puerta.

Las dos mujeres levantaron los ojos asombradas; aunque era sábado, la aparición de Mr. Bart en el almuerzo era un hecho insólito. Pero ni á su mujer ni á su hija les interesó el hecho, hasta el punto de pedir una explicación. Mr. Bart se sentó y contempló distraídamente el trozo de salmón con gelatina que el criado puso ante él.

—Decía sencillamente —contestó Lily— que detesto ver flores marchitas en el almuerzo; y mamá dice que un manojo de muguets costaría unos doce dolars. ¿Puedo encargarme que lo traigan todos los días?

Y se inclinó hacia su padre con confianza, pues rara vez la negaba algo.

Mr. Bart permaneció unos momentos sin contestar, inmóvil; estaba más pálido que de costumbre, con el pelo desordenado. De repente miró á su hija, y se echó á reír, con una risa tan particular, que Lily se puso encarnada; no gustaba que se burlasen de ella, y su padre parecía haber visto algo ridículo en la petición.

—Doce dolars... doce dolars al día en flores. ¡Oh!, ciertamente, querida... encarga por valor de mil.

Y continuó riendo.

Mrs. Bart le miró y, dirigiéndose al criado, dijo:

—No espere usted, Polewarth; llamaré.

El criado se retiró con aire de desaprobación silenciosa.

—¿Qué ocurre, Hudson? ¿Estás enfermo? — preguntó Mrs. Bart con voz severa.

No toleraba las escenas cuando no las suscitaba ella, y le era odioso que su marido se diese en espectáculo ante los criados.

—¿Estás enfermo?—repitió.

—¿Enfermo?... No. Estoy arruinado—dijo él.

Lily dió un grito de espanto, y su madre se puso violentamente en pie.

—¿Arruinado?—exclamó Mrs. Bart; pero, reponiéndose en seguida, dijo á Lily con rostro tranquilo:

—Cierra la puerta.

Lily obedeció, y su madre volvió á decirle:

—Tu padre no está bien... no sabe lo que dice. Esto no es nada... pero es mejor que subas á tu cuarto... Y nada de charlas con los criados.

Lily salió sumisamente, pero las palabras de su madre no

la engañaban: comprendió desde luego que estaban arruinados. Durante las sombrías horas que siguieron, esta terrible certeza se sobrepuso á todo, hasta á la muerte lenta y trabajosa de su padre. A los ojos de su mujer, Bart no existía; habíase extinguido desde el momento en que cesó de desempeñar su misión y, sentada á la cabecera, tenía la actitud provisional de un viajero que espera la marcha de un tren retrasado. Los sentimientos de Lily eran más tiernos: compadecíase de una manera temerosa é ineficaz. La muerte de su padre fué un alivio para Lily.

Empezó después un largo invierno. Quedaba un poco de dinero, pero á los ojos de Mrs. Bart era menos que nada—un sarcasmo al lado de lo que juzgaba que le era debido.—«¿Para qué vivir si hay que vivir como los cerdos?...» Cayó en una especie de apatía furiosa, en un estado de cólera inerte contra el destino. Sus facultades de «organizadora» la abandonaban ó no la enorgullecían lo suficiente para ejercerlas. Estaba muy bien el mostrarse buena ama de casa cuando, al hacerlo, se podía tener coche; pero no merecía la pena cuando los más laudables esfuerzos no llegaban á disimular la necesidad de ir á pie.

Lily y su madre vagaban de un lado á otro, haciendo unas veces largas visitas á parientes criticados por Mrs. Bart; vegetando otras en modestos hoteles europeos, en donde ella se mantenía altivamente á distancia de sus compañeras de infortunio. Evitaba con particular cuidado á sus amigos antiguos y al escenario de sus antiguos triunfos. Ser pobre le parecía una confesión de fiasco equivalente al deshonor; recelaba una nota de alegría en las protestas más amistosas.

Únicamente la consolaba la contemplación de la belleza de Lily. La estudiaba con una especie de pasión; como si fuese un arma que hubiese lentamente forjado para su venganza. Seguía con la imaginación la carrera de otras bellezas, señalando á su hija lo que semejante dón podía realizar, é insistiendo sobre el trágico ejemplo de aquellas que, á pesar de ese dón,

no habían logrado sus propósitos: á los ojos de Mrs. Bart, solamente la estulticia explicaba el lamentable desenlace de ciertas aventuras.

A Lily la impresionaba naturalmente la grandeza de las ocasiones que se le ofrecían. La mediocridad de su vida actual daba un encantador relieve á la existencia, á la que se sentía llamada; pero sus ambiciones no eran tan groseras como las de su madre. Había en Lily una vena de sentimiento; gustaba de representarse su belleza como un poder al servicio del bien, un medio de llegar á una posición en la que su influencia se haría sentir por una vaga irradiación de refinamiento y de buen gusto. Placíanle los cuadros, las flores, las novelas sentimentales, y no podía menos de creer que semejantes inclinaciones ennoblecían sus deseos de fortuna. A la verdad, no hubiera deseado casarse con un hombre que no fuese sino rico; avergonzábale en secreto de la codicia de su madre. Las preferencias de Lily hubieran sido por un noble inglés con ambiciones políticas y vastos dominios, ó, en segundo lugar, por un príncipe italiano, con un castillo en los Apeninos y un cargo en el Vaticano—las causas perdidas tenían á sus ojos un encanto novelesco...

¡Cuánto tiempo hacía de todo esto, y qué lejos parecía todo!

Después de dos años de estériles peregrinaciones, murió Mrs. Bart; murió durante una de sus cortas estancias en Nueva York, y Lily fué inmediatamente el centro de un consejo de familia, compuesto por los parientes ricos á quienes la habían enseñado á despreciar porque «vivían como cerdos». Tal vez sabían éstos los sentimientos en que la joven se había educado, porque nadie manifestó un vivo deseo de su compañía; la cuestión amenazaba no solucionarse, cuando Mrs. Peniston declaró con un suspiro:

—¡Voy á probar el tomarla por un año!

Todos se sorprendieron, pero cada cual disimuló su sorpresa por miedo de que Mrs. Peniston se arrepintiese.

Mrs. Peniston era hermana de Mr. Bart. Acogió á su sobrina sencillamente porque ningún otro pariente se ofreció, y por-

que tenía esa especie de vergüenza que impide la manifestación del egoísmo en público, aunque no le sea óbice en privado.

De todos modos, su determinación fué recompensada, y halló en su sobrina una agradable compañía. La joven dió pruebas de un espíritu acomodaticio, que, á una inteligencia más penetrante que la de su tía, hubiera podido parecer menos tranquilizador que el franco egoísmo de la juventud. Las desgracias habían hecho de Lily como una sustancia amoldable, la cual es más difícil de romperse que la que resiste.

Mrs. Peniston era uno de esos personajes episódicos. El hecho más saliente que la concernía era que su abuela fué una Van Alstyne. Esta alianza con la raza bien nutrida é industriosa de la antigua Nueva York, se revelaba en la glacial nitidez de su salón y en la excelencia de su cocina. Tenía una propiedad en la provincia de Nueva Jersey, pero no la había habitado desde la muerte de su marido—acontecimiento, ya lejano, que parecía subsistir en la memoria de la dama como punto de arranque para los recuerdos personales que constituían el fondo de su conversación.—Era una de esas mujeres que recuerdan las fechas con intensidad, y podría, sin un momento de vacilación, decir si los cortinones de la sala se cambiaron antes ó después de la última enfermedad de Mr. Peniston.

Mrs. Peniston hallaba que el campo es triste y los árboles húmedos, y abrigaba un vago temor de encontrarse con un toro. Para librarse de estas contingencias, frecuentaba los establecimientos balnearios más frecuentados, en los que se instalaba, viendo deslizarse la vida, de una manera completamente impersonal. Al cuidado de semejante tutora, Lily no tardó en comprender que no tendría más que las ventajas materiales de una buena cocina y de un elegante vestuario; y, aunque estuviese muy lejos de despreciarlas, las hubiese trocado con gozo por lo que su madre la había enseñado á considerar como ocasiones. Suspiraba al pensar todo lo que las indomables energías de su madre hubiesen realizado, de haber estado unidas á los recursos de su tía. La misma Lily era muy

enérgica; pero estaba paralizada por la necesidad de adaptarse á los hábitos de su tía. Comprendía que necesitaba á toda costa seguir siendo grata á Mrs. Peniston hasta que pudiese, como hubiese dicho Mrs. Bart, andar sin andadores. La vagabunda existencia del pariente pobre no seducía en modo alguno á Lily, y para adaptarse á Mrs. Peniston necesitaba, hasta cierto punto, imitar la actitud pasiva de la dama. Habíase imaginado al principio que la sería fácil arrastrar á su tía en el torbellino de sus propias actividades; pero había en Mrs. Peniston una fuerza estática contra la que se estrellaron en vano todos los esfuerzos de su sobrina. Tratar de ponerla en contacto directo con la vida, era como si se quisiera arrancar un mueble previamente amoldado al piso. Pero la tía no pretendía que Lily permaneciese igualmente inmóvil; tenía toda la indulgencia del tutor americano con la ligereza de la juventud. Era también indulgente con otros hábitos de su sobrina: parecíale muy natural que Lily se gastase todo su dinero en galas, y de vez en cuando suplía con «bonitos regalos», destinados al mismo uso, la exigua renta de la muchacha. Lily, que era profundamente práctica, hubiera preferido una pensión fija; pero Mrs. Peniston apreciaba los periódicos momentos de gratitud, determinados por inesperados cheques, y era lo suficientemente avispada para comprender que semejante manera de dar mantenía con su sobrina un saludable sentimiento de dependencia.

Esto aparte, Mrs. Peniston no había creído que su cargo entrañase otros deberes; habíase mantenido á un lado sencillamente, dejando que su sobrina entrase en campaña.

Lily entró en campaña, al principio, con el aplomo de un poseedor al que no se puede desalojar; después con exigencias cada vez más restringidas, y ahora veíase reducida á luchar por un palmo de terreno sobre aquel vasto espacio que en un tiempo pareció ofrecérsele. Todavía no se daba cuenta de cómo había ocurrido esto. A veces pensaba que era porque Mrs. Peniston había sido demasiado pasiva; otras veces temía

no haberlo sido bastante ella misma. ¿Demostró un excesivo ardor para vencer? ¿Careció de paciencia, de habilidad, de disimulo? Que se acusase ó se disculpase de sus errores, la cosa no cambiaba en nada el total de su desastrosa operación. Muchas más jóvenes y más vulgares que ella habíanse casado á docenas, y ella tenía veintinueve años y todavía era Miss Bart.

Empezaba á tener accesos de ira y de protesta contra el destino, momentos en que ardía en deseos de abandonar la empresa y crearse una vida independiente. Pero ¿qué género de vida podía ser? Apenas tenía dinero para pagar á sus modistas y las deudas de juego; y ninguno de los intereses pasajeros que tomaba por tal ó cual cosa, y á los que dignificaba con el nombre de aficiones, era lo suficientemente pronunciado para que la permitiese vivir satisfecha en la oscuridad. ¡Ah! no: era demasiado inteligente para no ser sincera consigo misma. Sabía que odiaba la mediocridad como su madre la había odiado, y hasta su último suspiro no cesaría de luchar contra ella, subiendo sin descanso hasta alcanzar las brillantes cumbres que presentaban una superficie tan resbaladiza á sus crispados dedos.

EDIT WHARTON

(Continuará.)

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—CRÍTICA: Juegos florales.—COSTUMBRES: El romanticismo por defuera.—CIENCIAS NATURALES: La vivisección.—CIENCIAS FÍSICAS: El porvenir de las fuerzas invisibles.—LITERATURA: El humorismo judío.—IMPRESIONES Y NOTAS: El valor español.—La economía en la mujer.—Dos casos de farmacomanía.—Adiciones y comentarios á Zaratustra.

CRÍTICA

JUEGOS FLORALES.—La inocente manía de los juegos florales continúa causando estragos en la literatura, y, á pesar de su descrédito, sigue siendo elemento obligado de toda feria ó fiesta regional. Queriéndonolas echar de intelectuales y de cultos, y reconociendo que no hay programa serio de festejos de verdadera atracción sin el *bárbaro* espectáculo de las corridas de toros, pretendemos aguar con juegos florales el vino de las corridas, poniendo así una vela al San Miguel de la civilización, ya que ponemos un cirio de los más gordos al diablo de nuestro confesado atraso. Y de ahí los juegos florales, que, con las corridas de toros y las sesiones de pirotecnia, forman el trípode obligado que sirve de asiento á toda feria ó exposición.

En los juegos florales aparecen á veces trabajos dignos de loa. ¡Pero son tan raros estos casos! Lo corriente es que las poesías, especialmente de los juegos florales, procedan de una de estas dos fuentes: la del amigo á quien los mangoneadores

de los juegos quieren premiar, ó la del poeta de cierta notoriedad, cuyo nombre se impone al jurado, presente lo que presente, que, generalmente, suele ser un buñuelo ó un refrito, ya por encargo hecho con todo *secreto*, ya *motu proprio* con la esperanza fundada del consabido galardón. En uno y otro caso, nada más natural que la aparición de poesías sin sustancia y sin valor alguno literario.

Si recorremos los álbums de los diferentes juegos florales celebrados en los últimos años en España, veremos cuán difícil es sacar de ellos una poesía que merezca el honor de figurar en una antología medianamente formada. Para un caso como el que se dió en Salamanca con la magnífica composición *El ama*, del malogrado Gabriel y Galán, se dan ciento de completa esterilidad estética. Ahí está, por ejemplo, el resultado de los últimos juegos florales celebrados en la misma Salamanca. Se trataba de una fiesta que había de ser presidida por S. M. la Reina D.^a Victoria, y en la que había de figurar como mantenedor nada menos que D. Segismundo Moret, y era de esperar que con semejantes elementos, que constituían sólidas garantías de formalidad, se tuviera el mayor acierto, y resultara, ó la declaración de no há lugar, si no se hallaba una poesía digna del premio, ó la concesión del premio á una poesía verdaderamente digna de él.

¿Qué salió de esos juegos florales? Una poesía premiada de D. Salvador Rueda. Ya este solo nombre supone una satisfacción para los que intervinieron en la concesión del premio, pues Salvador Rueda es un nombre conocido, y pasa, con razón, por uno de nuestros buenos poetas contemporáneos, de corte zorriillesco, de verbo rico y cálido, de exuberante adjetivación, sin ambiciones de rompe-molde ni aspiraciones necias de creador de género ni de estilos.

Pues con todas estas condiciones, la poesía premiada es un buñuelo más, y aunque tiene felicísimos atisbos, abundan tanto en ella los ripios, las vaciedades, los convencionalismos y los lugares comunes, que parece increíble que haya habido ju-

rado ninguno medianamente competente que la pueda considerar digna de premio. Vamos á verlo.

La poesía se titula *Salamanca*, y se compone de catorce estrofas de seis versos alejandrinos, y como tales, sonoros y cascabeleantes, de esos que dejan el oído encantado con su música, apagando con sus sonoridades la voz de su propio contenido. La primera estrofa dice así:

Son tus piedras cual ubres empapadas de ciencia,
saturadas de ritmo, de vigor y elocuencia
que han nutrido la raza de un licor maternal;
de tus piedras formadas con remotos vestiglos
han bebido la leche de la vida los siglos
que te han vuelto una vasta sementera ideal.

De música, como se ve, no está mal; pero vamos al examen de la letra:

Aceptemos que las piedras de Salamanca son «cual ubres empapadas de ciencia y saturadas de ritmo, de vigor y elocuencia»; pero estas ubres «que han nutrido la raza de un licor maternal» (como todas las ubres, naturalmente, de todos los mamíferos), ¿por qué han de estar «formadas con remotos vestiglos»? Bien se ve que hacía falta una palabra que rimara con siglos, y Rueda ha echado mano de vestiglos,

Y si en vez de los siglos fueran años,
los vestiglos serían desengaños.

Hay, evidentemente, en esa estrofa una idea poética; pero el poeta arma tal revoltijo con las ubres y los vestiglos, la sementera y las piedras, los siglos y la raza, que no deja de costar trabajo imaginarse las piedras de Salamanca convertidas en ubres, y de ellas pendiente la raza española, chupando la leche de la vida.

Sigue Rueda haciendo comparaciones, y dice á Salamanca:

Como clueca gigante, de alas nobles y puras,
que caldea los claustros de las aves futuras,

difundiendo en el nido su perfume vital,
 en tu seno de asombros, ¡oh gran loba materna!
 empolló el ígneo ovario de tu cátedra eterna
 las bandadas de espíritus con tu ardor inmortal.

Esto sí que es música pura. Salamanca aparece ahora como una gallina clueca de gigantesco tamaño (lo de «alas nobles y puras» es ripio simple), «que caldea los claustros de las aves futuras» (he ahí una comparación de poético efecto), «difundiendo en el nido su perfume vital», ó sea, en prosa llana, caldeando los huevos con perfume. ¿Cree sinceramente Rueda que los perfumes sirven para caldear?

Después, Salamanca se convierte en loba, sin dejar de ser gallina, pues es una «loba materna» que empolla, y «en su seno de asombros» «empolló el ígneo ovario» de su «cátedra eterna las bandadas de espíritus, con ardor inmortal». Pero, ¿qué es esto, Dios mío? ¡Una loba que empolla! ¡El ovario de una cátedra! ¡Un seno de asombros! ¡Un ovario ígneo! ¡Una loba materna con un seno de asombros, dentro del cual hay un ígneo ovario de una cátedra que empolla espíritus! Si esto no es poesía, en el sentido rigurosamente etimológico de la palabra, que venga Dios y lo vea.

Y sigue Rueda con sus piropos:

Ancho río de hombres fué el hervir de tu fuente,
 que partió en cien raudales su fecundo torrente
 y cubrió todo el mundo de un inmenso laurel.

Ahora nos encontramos con que Salamanca tiene una fuente, cuyo hervir fué un «ancho río de hombres», y cuyo torrente, «se partió en cien raudales», cubriendo todo el mundo con «un laurel inmenso»; ¡y tan inmenso! ¡Para cubrir todo el mundo ya se necesita laurel! Pero, ¿de dónde sale ese laurel?

No queremos desmenuzar las estrofas de Rueda, una por una, pues todas son por el estilo de las citadas: amontonamientos de palabras más ó menos sonoras y rimbombantes, engarzadas por el ritmo y por la rima para producir un todo musical

sin valor alguno interno. Hay alguna, en la que el instinto, que es el que gobierna toda esta creación de Rueda, acierta á desenvolver una idea hermosa y elevada, que no tarda en desvanecerse, como algo fugaz y sin consistencia, en el alma, por demás ligera y vana, del poeta; tal sucede, por ejemplo, con la siguiente:

Tu raíz es tan honda, que recorre y enlaza
todo el plano glorioso del solar de la raza;
no hay poder, Salamanca, que te hiciera morir;
si de ti se tirase, cual de planta frondosa,
toda España sería tu raigambre grandiosa;
¡pan inmenso de tierra que el mar viene á ceñir!

Los cinco primeros versos son magníficos, soberbios, admirablemente pensados y hermosamente dichos. Los dos últimos, sobre todo:

Si de tí se tirase, cual de planta frondosa,
toda España sería tu raigambre grandiosa,

merecerían ser esculpidos en mármoles y bronces, por encerrar un pensamiento tan acertado en la expresión poética, como exacto en la realidad de su contenido. ¿No es una lástima que todo eso venga á deslucirse con el sexto verso?:

¡pan inmenso de tierra que el mar viene á ceñir!

¿Qué tiene que ver ese verso con los anteriores? ¿Qué importa, aparte de lo desdichado de la expresión, que España sea ó no un «pan inmenso», ceñido por el mar ó por las montañas?

Ahí se ve al versificador que sale del paso como puede, y siente uno caérsele el alma á los pies al encontrarse con el desencanto de ese verso que nos revela el hallazgo de un coplero donde creíamos admirar un poeta genial.

¿Y qué decir de esa otra estrofa en que, so pretexto de alabar á Salamanca, se piropea á la reina Victoria, que se suponía había de presidir los juegos florales?:

De tí es digna la cara de esa reina divina
que preside el gran triunfo de esa reina latina
en que á dos fuertes razas logra el arte juntar.

A dos Pueblos preside, y se basta ella sola,
es tan bella la cara de la reina española,
¡que con dos medias lunas Dios la quiso formar!

¡Horror! ¿Qué jurado es ése que se atreve á premiar semejante desatino?

«A dos Pueblos preside, y se basta ella sola.»

¡Vaya un verso! ¡Vaya una inspiración! Él solo sí que bastaría para tirar al cesto de los papeles semejante tontería. Pero lo imperdonable es lo que sigue:

«es tan bella la cara de la reina española,
¡que con dos medias lunas Dios la quiso formar!»

¡Bonita comparación! ¿Cómo habrá visto Rueda la cara de la reina para compararla con dos medias lunas? ¡Qué herejía! Esa comparación sólo es aplicable á otras cosas, que es mejor no mentar, y afortunadamente, y sin lisonja de ninguna clase, de la cara de la reina pueden decirse todos los primores y todas las bellezas, porque todas y todos los reúne.

COSTUMBRES

EL ROMANTICISMO POR DE FUERA.—Son curiosos los artículos de Luis Maigron, en *La Revue Hebdomadaire*, sobre las elegancias y excentricidades de los románticos que formaban el grupo de la Joven-Francia, en el segundo cuarto del pasado siglo.

Un diario inédito de entonces, exhumado por Maigron, definía así al Joven-Francia ó romántico:

«Un bípedo de largos cabellos, que hace versos dislocados, suele vestirse de un modo ridículo, que llama pintoresco y artístico, fuma como un vasallo del gran turco y se emborracha



como un templario. El primer grado de la iniciación romántica, es el uso del tabaco; el adepto sufre la prueba del humo de su primer cigarrillo haciendo ascos y sintiendo náuseas; pero al cabo de dos ó tres días, el estómago, la boca y la nariz se acostumbran, y el bisoño fumador se convierte en veterano.

»En todas las novelas de la época, el puro, la pipa y el cigarrillo figuran en primer término, demostrando la importancia que tenían en el Joven-Francia; se celebra el cigarrillo en verso y en prosa, y no hay canción báquica que no tenga su estribillo dedicado al tabaco. El cigarrillo es el accesorio indispensable de toda remisión, y, en manos de un hombre, es como el abanico en las de una mujer: facilita las actitudes, entretiene las manos embarazadas, autoriza los silencios, pues

cigarro que encender
dispensa de responder;

da ingenio, pues el humo que se traga se devuelve en *esprit*, y es más, favorece los matrimonios, como lo demuestra el cambio producido en Leoncio, á quien su prima Juana parece horriblemente burguesa hasta el día en que la ve entrar en el fumadero, coger calaverescamente un cigarrillo, encenderlo y fumarlo sin pestañear; el primito se entusiasma, y el matrimonio queda resuelto.»

La nueva manía no dejó de encontrar enemigos, y entre los que protestaron figuraba *La Mode* misma, diciendo que «si algunos elegantes prostituyen así su boca, es á un cigarro de la Habana», y sosteniendo que «fumar un cigarro, es un desorden; pero fumar por hábito, es confesar una degradación intelectual». Se entabló la lucha entre el rapé y el cigarro, y el tabaco que se tomaba por la boca triunfó fácilmente del que se tomaba por la nariz. Algunas madres de familia veían la nueva moda con malos ojos; pero los hijos persistían, y las madres concluían por ceder; las novias hacían lo mismo, pero ellos se resistían y...

El amor al tabaco
triunfaba del amor.

Por todas partes se formaban sociedades y clubs de fumadores.

Como no había clases especiales para fumar, las reuniones se celebraban en casa de cada uno de los socios, sin ningún aparato. Se fumaba hasta hacer la atmósfera irrespirable, se charlaba hasta agotar todos los temas del día, y luego se leían versos de circunstancia, en medio de aquel humo que apenas permitía verse, como los sonetos de B*** á la gloria del cigarrillo, cada uno de los cuales tenía un título especial. «Cómo se hace.—Cómo se coge.—Cómo se enciende.—Cómo se fuma.—Prohibición de escupir.—Honor á España.»

De su habitación, donde celebraban los nebulosos y odoríferos misterios del tabaco, no tardaron los fumadores en atreverse á salir, apareciendo en público con el cigarrillo ó el puro en la boca, y allá por el año 40 se generalizó la costumbre de fumar en público, no sin provocar protestas y burlas de todo género, deplorando la señora de Girardín, en 1839, que el boulevard de los Italianos estuviese oscurecido de *vapor cigarrino*, y consignando melancólicamente que se pedía en Tortoní un helado de fresa, y se tragaba en realidad un horrible sorbete de nicotina. Sólo faltaba á la nueva moda el ser consagrada oficialmente por algunos literatos conocidos. Rabbe compuso un lindo poema en honor de la pipa, y Barthelemy consagró nada menos que tres cantos al arte de fumar; era más de lo necesario. El afán de notoriedad hizo adoptar á las *leonas*, antecesoras de nuestras *cocottes*, el uso del cigarrillo, no siendo esta ayuda la que menos contribuyó á la difusión de la costumbre de fumar y á la consiguiente propagación del romanticismo.

Aliada con el tabaco venía la bebida á caracterizar las costumbres de los Joven-Francia. Se fumaba por fastidiar al burgués, y se emborrachaban para fastidiarle y escandalizarle más, «por bravata, aburrimento y asco de su solemne simple-

za», y además para *aculotarse* por completo. El modelo fué el mismo Byron y las famosas orgías de Newstead Abbey. Todo el mundo conoce las páginas en que Teófilo Gautier ha contado las excéntricas proezas y las miríficas bebestias de los románticos: el cráneo traído por Gerardo de Nerval, robado de la colección anatómica de su padre, y que había pertenecido á un tambor mayor muerto en la Moscowa, arreglado en copa por medio de un tirador de cómoda, fijado en el interior con un tornillo; aquel cráneo que lleno de vino circulaba á la ronda, bebiendo todos en él con repugnancia más ó menos bien disimulada; la imitación sencilla de la orgía clásica con todos sus detalles, minuciosamente arreglados de antemano, hasta el de echarse el vino en el chaleco, pues cada convidado tenía abierto el libro en que su autor favorito habla de la orgía descabellada, y traducía fielmente el texto en sus gestos y en sus palabras. «Aquí es donde debo echar vino en mi chaleco, y dar de beber á mi camisa. (Peau de chagrin, pág. 161). He aquí el pasaje: ¡Diablo! Es precisamente mi más hermoso chaleco, un chaleco de terciopelo con botones de oro. No importa, hay que conservar el carácter, perderemos el chaleco. (Se echa un gran vaso de vino por la camisa). ¡Uff! ¡Está frío como un diablo! Hubiera debido tomar la precaución de hacerlo templar. Fortuna será si no pesco una pleuresía. Es muy cómodo tener el pecho empapado.» Mascarada ridícula, de la que ahora nos reímos, pero que entonces se tomaba atrozmente en serio.

La literatura, lo mismo el verso que la prosa, se llena de descripciones de orgías á cual más disparatadas, y nada acredita tanto á un buen romántico como una bella orgía celebrada según ciertos ritos, en la que haya algo de gótico, truhanes y pillos, gitanas y bohemios, todos revueltos con marqueses, condes y maravillosos. Alejandro Dumas dió en 1832 una fiesta que hizo época, y Petrus Borel, para festejar su instalación en la calle del Infierno—bonito nombre para un romántico,—quiso imitarle; como la casa era pequeña, se dedicó el principal á la orgía, y el entresuelo sirvió de enfermería; cuan-

do uno de los convidados no podía ya tenerse, le bajaban, para ser cuidado, al piso bajo. Ninguna de estas fiestas igualó, sin embargo, á la celebrada el 28 de Noviembre de 1835, organizada por todos los románticos, poetas, novelistas y artistas con el nombre de Fiesta de los Truhanes. El disfraz era de rigor. Había trajes soberbios, como el de Rogerio de Beauvois, de veneciano; pero como la mayor parte no tenían un cuarto, la generalidad de los disfraces delataba la pobreza de sus dueños. El ambigú era poco variado, pero copiosamente servido; había mucho embutido y vino caliente; los refrescos estaban reemplazados por frescos. Pero con todo esto, la gente se divirtió en grande, y en mucho tiempo no se habló en París de otra cosa.

La resonancia de aquella fiesta acabó de poner de moda las orgías, y, según las memorias de la época, por dondequiera celebraba la juventud romántica fiestas orgiásticas.

En una de ellas, contada por *Le flaneur parisién*, se sirvió un ponche gigantesco en una ensaladera, hecha *ad hoc*, que contenía quince azumbres, siendo los convidados diez y ocho; la ensaladera se vació, en parte acaso por las ventanas ó por los escotes de las señoras, pero se vació, «y ¡oh horrible!, ¡¡¡horrible!!!, ¡¡¡muerte horrible!!!—añade el narrador,—lo vaciaron bebiendo en cabezas de muertos. La gigantesca ensaladera estaba flanqueada por cuatro calaveras, como un castillo por sus torres; salían de cuatro enormes ramilletes y estaban cubiertas: una con un inmenso fieltro de plumas, otra con un morricón, la tercera con una toca de almenas y la última con una mitra. Cuando descubrieron el cuádruple ornamento del ponche, las señoritas sintieron náuseas, y se pusieron todas á chillar; pero cuando las quisieron obligar á beber dentro de las calaveras, lanzaron aullidos de terror, y una de ellas, corriendo á una ventana, la abrió, pidiendo socorro con todas las fuerzas de sus pulmones, y amenazando precipitarse si la calavera llena de ponche daba un paso más hacia ella. La gente se reunió en la calle, la sala del festín fué invadida, y se nece-

sitó toda la influencia de que gozaban las familias de aquellos concienzudos imitadores de las novelas románticas para echar tierra al escándalo».

La calavera era accesorio indispensable de toda orgía, y el tipo más corriente era, según el *Bol de Ponche*, «una cabeza de muerto con anteojos en la nariz, un gorro griego sobre el cráneo y una pipa aculotada entre las mandíbulas».

En algunas ocasiones se llevaba todavía mucho más allá esta despreocupación. Así, en una orgía de 1836, que duró desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la mañana, á las doce en punto, la hora fatídica, trajeron el ponche; y aquí dejamos la palabra al narrador:

«Cuando fueron depositados los bols inmensos, gigantes-cos como urnas, sobre la mesa, se les puso fuego. Y las llamas lanzaron por dondequiera sus lengüecitas azules infatigables. Crepitaban persiguiéndose, enlazándose, desprendiéndose para reunirse de nuevo, bailando alegremente la zarabanda como sutiles fuegos fatuos en un cementerio.

»Entonces una voz sepulcral gritó:—Que introduzcan á Yorick.—Y Yorick apareció.

»Hubo un estremecimiento, seguido de gritos de espanto terribles. Las mujeres escondieron el rostro en el pecho de sus vecinos, y arrojándose á los hombros varoniles con un gesto convulsivo que imploraba protección y piedad, lanzaban quejidos prolongados, estridentes. A algunas les pareció bien el desmayarse; se las depositó en un rincón. Hasta entre los hombres había quienes no se atrevían á mirar fijamente al recién llegado.

»Sin embargo, Yorick avanzaba, sostenido con mucha precaución de cada lado por un penitente con cogulla.

»Avanzaba. Cada uno de sus pasos hacía rechinar siniestramente sus huesos. De vez en cuando volvía la cabeza como para enseñar bien á todos su cara asquerosa; luego sus mandíbulas se separaban, y se ponían á chascar como castañuelas.

»Parecía como si se oyeran estremecimientos.

»Siempre con minuciosas precauciones maternas, los dos penitentes con cogulla conducían á Yorick hacia el sillón gótico que le esperaba en medio de la sala. Yorick alargaba á derecha y á izquierda sus manos descarnadas. Los más valientes las tomaban y las sacudían violentamente; pero se veían sus estremecimientos involuntarios, y Yorick daba las gracias, haciendo rechinar más siniestramente aún sus mandíbulas.

»Le plantaron en el sillón gótico. Le pusieron cojines de púrpura bajo su cráneo y por detrás de sus vértebras... Y entonces, en medio del espanto, del horror general, que hacía tener todas las piernas incrustadas en el suelo, Yorick, después de extender horizontalmente los brazos como para ordenar silencio... ¡Yorick habló!

»Esta vez, los que no estaban en el secreto é ignoraban que uno de los penitentes era ventrílocuo, estuvieron á punto ellos también de ponerse malos.

»El esqueleto articulado recita versos, naturalmente.

La vida, ¡ay!, es pasajera.
Amigos, acordaos bien;
para hacerla dulce y ligera,
creedme: nada descuidéis.]

»Hay diez estrofas de tanta novedad como ésta.

»Finalmente, se instala un bol de ponche sobre las rodillas del esqueleto, se le pone una copa en la mano, y él invita á sus amigos á venir á beber en ella «el olvido de todos los males». Algunos, «intrépidos», recibieron la copa de Yorick; otros, «ridículamente pusilánimes», prefirieron servirse ellos mismos.

»Se propuso organizar una danza macabra, que Yorick hubiera dirigido. Pero su propietario protestó: habrían podido deteriorarlo. «Una emoción extraña suprimida», gime nuestro corresponsal, que se consuela observando que «hay en todas partes especieros».

»Las emociones, sin embargo, no habían faltado. Los que no habían quedado «borrachos-perdidos por el suelo», se retiraron como pudieron, haciendo reflexiones.»

CIENCIAS NATURALES

LA VIVISECCIÓN.—Tomando por lema las frases de Víctor Hugo, «La vivisección es un crimen»; de San Francisco de Asís, «Amo á los animales como á mis hermanos», y del cardenal Manning, «Ninguna reivindicación de la ciencia, ningún resultado que pueda esperarse, nada puede justificar semejante género de atrocidad», publica en la *Rassegna Nazionale*, de Florencia, Augusto Agabiti, un caluroso artículo en contra de las prácticas viviseccionistas.

Semejante á las famosas cajas de muerto egipcias, cuya estructura se amoldaba al cuerpo de la momia, y cuya tapa, ajustada sobre el cuerpo, reproducía exactamente las líneas generales del difunto, había en Alemania, en la Edad Media, un horrible instrumento de tortura, del que todavía puede verse un ejemplar, perfectamente conservado, en la Eiserne Jungfrau (Virgen de Hierro), guardada en la espantosa Fünfeckige Turm (Torre pentágona) del castillo de Nuremberg: es una caja de hierro enmohecido, como si la hubiera enrojecido la sangre de las víctimas, cuya tapa reproducía la figura de una mujer, y en cuyo interior, lleno de puñales, se metía el condenado, cerrando sobre él la tapa de modo que muriera ahogado y atravesado, y desgarradas las carnes por veinte sitios distintos, sin que sus gritos de dolor fueran oídos ni sus tormentos inenarrables compadecidos por nadie. ¿Hay tormento más feroz? Pues sabed que en los gabinetes de Fisiología de todo el mundo culto se somete á tormentos semejantes, y aun peores, porque duran mucho más, á multitud de seres inocentes.

En esos laboratorios, los animales vivos, conejos, perros,

gatos, palomas, caballos, son inmovilizados con una gota del terrible veneno de los salvajes del Orinoco, el curare, y luego destrozados, atenaceados, quemados, sometidos durante horas y días enteros á toda clase de torturas. El curare inmoviliza los miembros, pero no quita el dolor; el animal, según Claudio Bernard, oye y distingue cuanto se hace en torno suyo, y su sensibilidad subsiste por completo, aunque sin medios para manifestarse. El número de animales sacrificados es enorme: más de 5.000 perros sufren en París tan misérrima suerte, y sólo el profesor Schiff, de Florencia, sacrifica 1.000 perros al año en su laboratorio; por temor á sus aullidos nocturnos, que pueden despertar lástima en la vecindad, les cortan las cuerdas vocales. Recuérdese á Magendie y sus 8.000 perros sacrificados al estudio de la distinción de los nervios en sensitivos y motores, cuestión antes resuelta por Bell; los 6.000 animales sacrificados por Orfila á sus experimentos toxicológicos; los 14.000 inmolados por Schiff en honor de la fisiología experimental; el experimento 330 veces repetido por un vivisector sobre las raíces de los nervios raquídeos, para refutar una sola opinión de Magendie. Sólo en los años 1850 á 1852, según *La Luz*, de Viena, fueron víctimas de la vivisección en aquella capital 56.000 animales, entre ellos 26.000 perros, 25.000 gatos y conejos, y 5.000 grandes mamíferos.

Los instrumentos de tortura son variadísimos: agujas, cuchillos y bisturís de diversos tamaños para punzar, cortar y extirpar las carnes; sierras para abrir los huesos, tenazas para coger y estirar nervios y tendones, clavos para sujetar las manos y las orejas á la mesa incisoria, bozales para sujetar la boca ó para tenerla desmesuradamente abierta, trépanos para agujerear los huesos y poner á desnudo el cerebro, máquinas eléctricas para la galvanización, estufas para la quema lenta y metódica; todos los horrores que pueden inventarse para destrozarse y atormentar el cuerpo.

Las narraciones de los experimentos de vivisección dan escalofríos. En la Escuela de Veterinaria de Alfort, da cuenta

el Dr. Murdoch, de que una yegüita alazana había sobrevivido, por su desgracia, á los innumerables tormentos de un solo día, y no tenía ya semejanza con ningún sér de este mundo: los riñones estaban abiertos, la piel desgarrada, laborada por el hierro malvando y atravesada por docenas de cauterios; los tendones cortados, las pezuñas arrancadas, los ojos saltados; y el pobre animal, ciego y sin defensa, fué puesto derecho, en medio de risas, sobre sus ensangrentadas patas, para mostrar á los operadores presentes todo lo que la destreza de los hombres puede hacer en un animal sin matarlo.

¿Cómo soportan los animales su tortura? Los perros, siempre generosos, con el cráneo descubierto y los sesos destrozados, lamen la mano del operador. Un médico inglés cuenta que, siendo estudiante y asistiendo á la clase de fisiología, les llevaron un perro muy bonito, inteligente y delicado; puesto en la mesa de marmol, y viendo los instrumentos y preparativos, comprendió la muerte horrible que le esperaba, y empezó á recomendarse como supo, mirando uno tras otro á todos los asistentes con miradas tan lastimeras y expresivas, que los estudiantes, compadecidos, rogaron al profesor que les vendiese á cualquier precio aquel animal, sin poderlo conseguir. El pobre perro fué cruelmente torturado, y habiendo sobrevivido, volvió á servirles para nuevos experimentos hasta que murió á los dos días.

¿Es útil, ya que no indispensable, la vivisección? Si consideramos que la Universidad de Dublín abolió hace muchos años todo experimento *in anima vili*; que los Parlamentos inglés y francés, tras numerosos informes, han votado leyes restrictivas, y que muchos célebres cirujanos de todos los países la odian y la condenan, nos veremos tentados á refutar por lo menos su justificación.

No pueden negarse los servicios prestados á la ciencia por los viviseccionistas, pero tampoco es posible autorizar los abusos horribles y generales de la vivisección; los abolicionistas objetan, desde luego, que la naturaleza de los animales es muy

distinta de la del hombre. Los experimentos de Weir-Michell han demostrado que el opio y la morfina obran en las gallinas sólo en dosis muy elevadas; que los conejos, palomas, caballos y monos pueden comer impunemente belladona, que es un veneno para el hombre, como las cabras la cicuta y otros animales hasta el ácido prúsico.

Lo que hace odiosa la vivisección, es el dolor á que se somete al animal. Ahora bien; casi todos los médicos célebres están de acuerdo en que no hay necesidad de que los animales sufran, y en que el dolor debe evitarse por ser nocivo á las investigaciones, porque perturba profundamente las funciones del organismo. Piénsese en el espasmo sufrido por las más sencillas operaciones quirúrgicas, como la extracción de una muela ó la extirpación de un uñero, sin la acción preventiva y sedante de los anestésicos, y se comprenderá la perturbación que el dolor produce en las principales funciones, la circulación, la respiración y la secreción. Si esto lo observamos en nosotros mismos, ¿por qué ha de pasar de otro modo en los animales? ¿Y si el dolor produce esos efectos, ¿qué valor científico pueden tener los experimentos hechos en medio del dolor, en plena perturbación de todas las funciones del organismo?

Es verdad que para evitar el dolor están los anestésicos; pero aun así sería preciso que el animal mutilado fuera muerto rápidamente, y no curado para poder servir á nuevos tormentos, ni menos abandonado para morir tan lenta como horriblemente. También podría utilizarse el cinematógrafo para la enseñanza de fisiología experimental, como lo viene haciendo el Dr. Doyen para sus operaciones quirúrgicas; así, un sólo caso serviría para miles de estudiantes, y se ahorrarían muchas vidas y muchos tormentos, sin necesidad de repetir las vivisecciones más dolorosas, en todas las aulas y gabinetes, por cada nueva clase de alumnos.

En la cuestión de la vivisección tienen el derecho y el deber de intervenir los naturalistas, aunque se hubiera demostrado la indispensabilidad, para los progresos de la medicina, de las

prácticas viviseccionistas; porque esos progresos no deben venir mezclados con miasmas morales deletéreos que llevan hasta el sadismo; hay peligros sociales en el desarrollo de la vivisección, que á todo trance deben evitarse.

CIENCIAS FÍSICAS

EL PORVENIR DE LAS FUERZAS INVISIBLES.—Por el incesante descubrimiento de las fuerzas invisibles, se va construyendo más allá de las ciencias analíticas y descriptivas el soberbio monumento de la ciencia sintética, la ciencia del porvenir, como la llama Savari en *La Revue*.

Este admirable movimiento de la ciencia moderna es bien reciente, pues basta remontarnos al año 1887, en que Hertz descubrió su oscilador, para encontrar sus orígenes; el oscilador Hertz, en efecto, suministraba el medio teórico de servirse de la electricidad sin hilos. Pero para recibir aquellas ondas tan sumamente débiles, se necesitaba un receptor extremadamente sensible; Branly lo descubrió en 1890 al construir su radio-conductor, y desde aquel momento, ya no se trataba sino de dirigir las ondas hertzianas del transmisor al receptor, aislando éste de modo que no pudiera ser influido por ondas procedentes de otros puestos; tal es el problema que resolvió Marconi, dando forma práctica á la telegrafía sin hilos.

Esto no era más que el principio de los sensacionales descubrimientos relacionados con lo invisible. En 1895, Roentgen, de la Universidad de Martzburgo, observó que unas sales de platino-cianuro de bario, colocadas á cierta distancia de una ampolla crookes, estaban iluminadas como si la luz viniera de ellas mismas, produciéndose el mismo fenómeno aunque la ampolla estuviera envuelta por una hoja de papel ó de cartón, ó de cualquier otro cuerpo perfectamente opaco; el sabio reemplazó su platino-cianuro por una placa fotográfica que fué impresionada; un grueso trozo de madera interpuesto, no im-

pidió tan singular irradiación; un pedazo de metal, por el contrario, la interceptaba casi por completo, desarrollando su negra silueta en la placa fotográfica. Proseguidos los experimentos, se comprobó que el cristal es, para estos nuevos rayos, menos transparente que la madera ó el cartón; que la cera amarilla se deja atravesar por ellos, mientras que la sal gema es opaca; las partes blandas del cuerpo humano son mucho más transparentes que los huesos, etc. Estos rayos invisibles trastornaban todas las nociones admitidas sobre la transparencia de los cuerpos.

Un año después, en 1896, Becquerel demostró que las sales de uranio pueden dar impresiones fotográficas á través del papel negro y de otras diversas sustancias opacas; estos nuevos rayos, semejantes á los de Roentgen ó X en su propagación, reflexión, refracción y polarización, son los uránicos ó de Becquerel, llamándose *radioactivas* las sustancias que los emiten. La señora Curie, que preparaba entonces su tesis de doctorado sobre estas nuevas sustancias, logró medir la densidad de sus radiaciones, y prosiguiendo sus experimentos en compañía de su marido, el sabio profesor de física de la Sorbona, llegó al magno descubrimiento del radio. El radio es una fuente viva de luz y de calor; se compone de tres especies de radios: alfa, beta y gamma, cada vez más penetrantes; el primero, poco desviable por la acción magnética; el segundo, muy desviable, y el tercero, indesviable. ¿Cómo explicar el formidable desarrollo de energía de este cuerpo tan complejo? La física y la química antiguas son impotentes para ello, y tendría que ver que nuestros químicos tuvieran que venir á parar, para explicar este y otros fenómenos, al reconocimiento de la unidad de la materia y á la consiguiente famosa transmutación de los antiguos alquimistas.

Por otra parte, el Dr. Blondelot, de Nancy, estudiando los rayos X, descubrió nuevos rayos que se reprodujeron en la luz emitida por un pico Auer ó una lámpara Nerst. Estos nuevos rayos, llamados N, atravesaban los cuerpos opacos como los X

y los del radio, pero no impresionaban las placas fotográficas, y Blondelot no los pudo descubrir sino por su acción sobre una chispa eléctrica ó una pequeña llama que hacían más vivas. La prosecución de sus experimentos le hizo comprobar que los rayos N existían en la luz solar, y eran producidos por la mayor parte de los cuerpos calentados al rojo, existiendo también en los cuerpos sometidos á la presión, á la torsión ó al temple; cuchillos procedentes del siglo VIII siguen emitiendo todavía rayos N con la misma intensidad que la del acero recientemente templado. Con los rayos N se toca quizá al principio de la energía atómica, inmediata, es decir, á la constitución física de los cuerpos.

El profesor Charpentier, de Nancy, que en colaboración con el Dr. Blondelot había orientado sus investigaciones radioactivas en el sentido de los seres vivos, observó que, acercando una parte cualquiera del cuerpo á un objeto untado de platino-cianuro de bario, en el que se hubiera colocado una partícula de sal de radio, el objeto se iluminaba más ó menos vivamente; luego el cuerpo humano obra á la manera de los rayos N, reforzando la fosforescencia. Como, por otra parte, el comandante Darget, de Tours, había impresionado placas fotográficas á través de varias envolturas de papel negro y rojo, por la simple aproximación de los dedos, demostrándose después que hay personas que dan fuertes impresiones fotográficas, á veces hasta coloreadas, y como los rayos N carecen de esa propiedad, había que admitir la existencia de una nueva irradiación, bautizada por Darget con el nombre de rayos V (emitidos por los seres vivos). Estos rayos son sumamente penetrantes; atraviesan los metales y la mayor parte de los cuerpos sólidos ó líquidos; son insensibles al calor, á la luz, y sobre todo al magnetismo, y se conducen en sus propiedades fundamentales como los rayos gamma del radio y los rayos primarios de Roentgen.

Estos rayos V, que quizá son tan complejos como los del radio, gozan de propiedades especiales, pues son dinámicos,

como lo prueban numerosos experimentos, y aunque adquieren gran intensidad en ciertas personas, existen en todos los seres vivos, como lo muestran los aparatos de Thore, de Baraduc, del conde de Tromelin, el estenómetro de Foire, etc. Probablemente, hay que referir á la acción de los rayos V todos los fenómenos de hipnosis, telepatía y televisión, de que tantos ejemplos se han recogido; por eso importa proseguir con empeño el estudio de estos rayos, que tantos problemas pueden resolver cuando sean bien conocidas todas sus propiedades.

LITERATURA

EL HUMORISMO JUDÍO.—El judío es burlón como el francés, según afirma Andrés Spire en el *Mercure de France*. Cortés y lleno de sí mismo, se complace en burlarse de sus faltas por cortesanía y por orgullo; habla de sus cualidades en voz baja, y de sus defectos en alta voz. En lugar de ideas generales, prefiere siempre la imagen y el ejemplo; tratad de convencerle por un razonamiento, y no os presta atención; acertad con una buena anécdota, y lo tenéis cogido. Así hablaba Jesús, y sus parábolas entusiasmaban al auditorio. Por eso el pueblo judío posee un inmenso repertorio folk-lorístico, historietas, fábulas, leyendas, calembours, chistes, procedentes de todos los países de Palestina y de Africa, de España y de Alemania, de Polonia y Rusia, de todos los lugares en que ese pueblo errante ha descansado entre ignominias y temores.

Otra fuente más turbia, de donde procede también la guasa judía, es la de los conversos ó relegados. La mayor parte de las razas idealizan su tipo: toda griega está orgullosa de tener la frente estrecha y la nariz recta, como toda armenia desea tener la cara tan redonda, que su amante pueda compararla con una manzana, una granada, una naranja, ó la cara misma de la luna. Una raza vencida ó secularmente despreciada, acaba por despreciarse á sí misma, no admirando sino el tipo y el

alma de sus vencedores. Los judíos conversos rabian por no poder cambiar de cabeza como han cambiado de religión; desidealizan su tipo, y se sienten halagados cuando se les dice que no tienen nariz judía, ó pelo judío, ó maneras judías. De estos hebreos que cambiarían con gusto sus movibles narices por la nariz elevada y pastosa de un auvernés, proceden no pocos chistes, fáciles de reconocer entre los demás. En la masa enorme del repertorio hay, naturalmente, de todo. Enrique Heine cuenta que el rabino de Albona mostraba al incrédulo Salomón Maimón el Schofar la trompeta primitiva de que el oficiante saca gritos salvajes cuando la sinagoga pronuncia el *Herem*, ó excomunión judía.—¿Sabes lo que es esto?—le preguntó con aire sombrío; á lo que Salomón contestó muy tranquilamente:—Sé que es el cuerno de un macho cabrío.

En esta anécdota, Heine admira el rostro inmóvil y la audacia tranquila del filósofo, viéndose claramente la intención del cuentista; pero en la que la intención es más dudosa, es en este cuento de Alsacia: Un mozo de cordel, que no había ganado un cuarto en toda la semana, quiere volver á su casa de Colmar para el sábado. Consigue deslizarse en el muelle, y toma el tren; en el camino, el revisor le pide el billete.—No tengo billete—dice el judío.—Entonces, paga—dice el revisor.—No tengo dinero—dice el judío.—Entonces, fuera de aquí;—y el revisor le hace bajar en la primera estación. El judío se sienta en un banco hasta que pasa otro tren, al que sube tranquilamente. Nueva revisión, nueva expulsión, nuevo tren y repetición de las mismas escenas, hasta que un empleado, que ya le había visto, le reconoce, y le dice:—¡Ah! ¿Otra vez tú? ¿Hasta cuándo va á durar este manejo?—El judío baja la cabeza, levanta los hombros, y dice con una semisonrisa:—Hasta que llegue á Colmar.—¿Se trata aquí de mofarse de la bajeza del judío, ó se celebra la tenacidad de aquel pobre diablo, cuya aventura es una especie de símbolo cómico de la trágica historia de Israel, siempre progresando bajo la persecución de que es objeto?

He aquí otra historieta, cuya intención es más evidente: Dos bolsistas tienen, por economía, la misma querida; la mujer queda en cinta: ¿quién se ocupará del niño?

—Paciencia, dijo uno.—Es cierto, dijo el otro. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir!—No ocurrió nada, salvo los dolores del parto. En la calle, ante la puerta del hotelito, los dos amigos se encuentran.—Sube tú—dijo el primero;—yo no podría ver eso; ya me contarás lo que ha pasado.—Y se quedó paseando por la acera. Al fin su amigo baja.—¿Cómo va el niño?—le pregunta.—¿El niño? No hay un niño, que hay dos.—¿Hay dos niños? Muy bien, muy bien. Entonces, tendremos uno cada uno.—Sí... Eso es... Pero... hay una desgracia.—¿Qué desgracia?—Que el mío ha nacido muerto.

De este tipo hay muchos chistes, pues no hay que olvidar que se trata de un pueblo eminentemente comerciante. La última palabra, en materia de intermediarios, la tiene Schadchen, el agente matrimonial.—La suegra no me gusta—le objetan;—es una mujer estúpida y mala.—No es la suegra; es la hija la que le propongo.—Pero no es ya joven ni tampoco guapa.—¿Qué importa? Con eso le será á usted más fiel.—Tiene poco dinero.—Pero ¿quién le habla á usted de dinero? ¿Se va usted á casar con el dinero? Usted pide una mujer.—Sí; pero la que usted me da tiene una joroba.—Es usted muy difícil, caballero. ¿Pretende usted que le den una mujer sin ningún defecto?

Formando *pendant* y contraste con el anterior, puede citarse la respuesta que dió un comprador á un tratante en caballos, examinando un magnífico potro de silla.—Es tan rápido—decía el propietario del animal,—que si lo monta usted aquí á las cuatro de la mañana, está usted á las seis y media en Strasburgo.—¿Y qué quiere usted que haga yo en Strasburgo á las seis y media?

La risa del judío es voluntaria, estridente, amarga, histérica; se ríe con risa que hace daño, pero se ríe. Es Enrique Heine. Y es Zangwill; porque uno y otro son bromistas de

ghetto, por haber mamado en su infancia la leche grosera de la guasa judía. La cultura inglesa, unida al genio judío, ha dado nacimiento á una planta nueva: el humorismo judío. Este humorismo tiene de común con los demás el sentido agudo de la ironía de las cosas, que todo es vano y, sin embargo, necesario; el dón de mirar el mundo, ya en su generalidad, ya en sus más minuciosos pormenores; el ingenio, la chocarrería, lo trágico, una gran seguridad de sí y un inmenso placer en romper las estrechas tablas de la ley del pensamiento medio. Pero á este humorismo agrega Zangwill el empleo frecuente de la guasa judía, hasta el punto de que hay trozos de sus obras que parecen fragmentos de folk-lore con mezcla de citas bíblicas y discusiones filosóficas. Pero lo que caracteriza principalmente el estilo de Zangwill es el empleo constante del razonamiento talmúdico. Se dice al talmudista:—Usted debe el diezmo desde que los frutos han entrado en la casa.—Pero ¿lo deberé si me los como en el patio?—No; si el patio está abierto, y los vecinos los pueden ver comer.—¿Y si en parte está cerrado y en parte está abierto?—La parte cubierta se considerará como la casa.—¿Y si me cómo los higos en el umbral de la puerta?

Así como Pascal, en sus provinciales, ha prestado á sus jesuitas el lenguaje de la casuística jesuítica, así Zangwill hace hablar á sus personajes en la lengua tarabiscótica del comentarista del Talmud, siendo este uno de los aspectos más originales de su humorismo. En general, los escritores que han inventado personajes judíos, no han sabido tomarlos de la realidad. Enrique Heine y Anatolio France escriben para cristianos, á quienes hay que distraer sin enredarse con los judíos; Zangwill escribe para un público judío; por eso no ha temido forjar un tipo singular que reúne los dos rangos singulares del judío oriental, el idealismo desvergonzado y el parasitismo: Melquisedec Pinchas, el poeta neo-hebreo.

Pinchas envía sus obras á los judíos ricos, que, para desentenderse de él, le dan en cambio algunas pesetas. También las lleva á domicilio á los más humildes, recibiendo en cam-

bio cumplimientos y *breakfasts*. Hele aquí que se presenta en casa del rabino Samuel. «Entró por la puerta de la calle, que estaba entreabierta, llamó ligeramente á la puerta de la habitación y, abriéndola, se adelantó hacia la rabina; la cogió la mano que sostenía la cafetera y la besó devotamente; luego se inclinó é imprimió sus labios en la levita del rabino.—He venido—dijo—para rogaros que me hagáis la honra de aceptar un ejemplar de mi nueva colección de poemas titulado *Las llamas del Metamorón* ¿No es un hermoso título? Cuando Enoch fué arrebatado vivo al cielo, fué cambiado en fuego y llegó á ser Metamorón, el Gran Espíritu de la cábala; así mi alma se eleva al cielo de la poesía lírica y se transforma en fuego, en llama, en luz.—Y ¿quién ha pagado la impresión esta vez, señor Pinchas?—dijo la rabina.—¿Quién?—balbució Melquisedec—¿quién sino yo?—Pero usted dice que es un pobre diablo.—Cierto, como la ley de Moisés; pero escribo artículos para los periódicos, y me han impreso el libro en pago de mis artículos. No pienso, sin embargo, que la venta me llene el estómago; que el Omnipotente, bendito sea Él, os bendiga, rabina. Naturalmente, tomaré una taza de café; no conozco á nadie que sepa hacer el café con tal perfume.—Es usted un feliz mortal, rabina. ¿Permitirá usted que me siente á la mesa?—Y sin esperar el permiso cogió una silla y se sentó; luego se lavó las manos y se puso á tomar un huevo.—Aquí tiene usted un ejemplar, rabino Samuel; ya sabe usted que usted y yo somos las dos personas de Londres que saben escribir correctamente la lengua sagrada.—No, no—dijo el rabino con modestia.—Sí, sí—replicó Pinchas,—usted la escribe tan bien como yo; pero mire usted la dedicatoria que he escrito especialmente para usted por mi propia mano. «A la luz de su generación, al gran Gaon, cuya perfección es famosa hasta los confines de la tierra, á cuyos labios el pueblo entero de Dios viene á pedirle conocimiento; á la fuente inagotable; al águila poderosa que se eleva hasta el cielo en alas de la inteligencia; al rabino Samuel. Quiera Dios que su luz no se oscurezca nunca, y que, viviendo él, baje el Re-

dentor sobre Sión.»—Tenga usted. Hágame usted el honor de aceptar; es el homenaje del hombre de genio al hombre de ciencia, el humilde presente de uno de los dos únicos sabios hebreos de Inglaterra, al otro.—Así entra Pinchas en todas partes, sin que nadie se atreva á ponerle á la puerta; su método insinuatorio es irresistible.

Es difícil dar ejemplos completos de cada uno de los elementos que componen el humorismo de Zangwill; pero con lo indicado basta para dar á conocer el humorismo judío, que en él tiene su mejor representante y la fisonomía literaria del autor de *The Children of the Ghetto* que, según Andrés Spire, es el más extraño y el más emocionante de los libros, y una de las más bellas obras de la literatura europea contemporánea.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL VALOR ESPAÑOL.—Sin comentario ninguno nos limitamos á reproducir textualmente la siguiente anécdota que encontramos en *La Revue Hebdomadaire*, de París, y que revela que, en medio de tantos detractores como tenemos dentro y fuera de casa, todavía existen quienes saben hacer justicia á esta calumniada España.

«La guerra de Marruecos, que después de Francia sufre España, revela una vez más el valor de sus soldados. El soberbio arranque de su aristocracia, de sus «grandes», marchando como simples soldados á esta ruda campaña, ha probado la generosidad inagotable de esta raza latina, hermana de la nuestra. Pero en los españoles el heroísmo es también general, y, entre mil hazañas ignoradas, hemos sabido la de aquel cabo de infantería que, rodeado por seis guerreros moros, se negó á rendirse; mató cuatro y puso en fuga á los demás; la de aquel soldado degollado sobre el cuerpo de un oficial, á quien ni aun muerto consintió en abandonar. Hechos de guerra cuya poca trivialidad consuela.

»Los recuerdos del abate Lanusse, de la guerra de Méjico, están llenos de rasgos semejantes. En la lucha que sostuvieron contra los americanos del Norte, los españoles demostraron lo que tiene su valor de feroz y de indomable. En Jiquilpan, un coronel de artillería, que yacía gravemente herido en el campo de batalla, se negaba á ser recogido antes de ver quién triunfaba, y como supiese que el enemigo, poco numeroso, había vencido, dijo:

—¡Cómo! ¿No érais más que ese corto número y estamos derechos? ¡Ah! ¡Si lo hubiéramos sabido durante el combate, nos hubiéramos hecho matar todos!

El abate Lanusse cuenta también que en el momento de partir para Méjico, su padre, antiguo soldado del Imperio, le dijo:

—¿Son españoles allí?

—Sí.

—Pues bien; volveréis como volvimos nosotros, y eso que teníamos á Napoleón. Con esa raza tan valiente hay que tener cien veces más valor. Y todavía... Los españoles nunca serán vencidos en su país.—Ni en los demás.»

*
* *

LA ECONOMÍA EN LA MUJER.—Dice en *La Mode Illustrée*, Ali-na Raymond, que hay muchas mujeres que, haciendo alarde de económicas, no saben en qué consiste la verdadera economía. Creen que lo más ventajoso es lo barato, y no comprenden que una mujer, dotada del verdadero sentido de la economía, no debe comprar una tela de 20 céntimos para un traje de hechura cara, ni entregar una tela de precio á manos ineptas, por baratas que sean.

Disipar, derrochar, dejar que el desorden se introduzca en casa, aunque sea por la más pequeña puerta, es provocar la ruina; pero negar á sus hijos ó á sus criados lo necesario, y hacerles de cuando en cuando alguna largueza si se puede, no

es el mejor medio de prevenirse contra los abusos. Conceded lo que es posible, legítimo, razonable, mostrándoos generosos si podéis; pero no toleréis nunca que nada se extravíe ó se pierda en vuestra casa, ni una provisión, ni un objeto, ni el tiempo, más que nunca precioso en nuestra época de trabajo reglamentado y de descanso semanal.

Una mujer económica no se dejará coger, tenga la fortuna que quiera, por ese engranaje mundano que se traga las fortunas sacrificadas al snobismo; nunca confundirá lo que exige su situación social y el bienestar de los suyos, con lo que reclaman su vanidad, su placer, su capricho del momento; antes de montar su casa en grande debe montarla en sólido. El respeto de la economía debe ser inculcado desde su más tierna edad á los niños; una madre de familia seria y económica no permitirá á sus hijos que maltraten los objetos familiares, los acostumbra- rá á cuidar y arreglar sus vestiditos, á saber pasarse sin muchas cosas, aunque pertenezcan á las clases más ricas; por ejemplo, del servicio asiduo de un criado, temible sujeción para el porvenir. Les enseñará á no echar inútilmente un leño al fuego, á no estropear un pedazo de pan, á no disipar una partícula de esos bienes dados por Dios que, si no se necesitan, constituyen la fortuna de los pobres, pues la economía bien entendida se enlaza perfectamente con la caridad.

Otra forma de la economía, consiste en saberlo hacer todo: las hijas de los grandes archimillonarios americanos han sido las primeras en darnos el ejemplo de las señoritas que saben hacerlo todo; la perpetua huelga de los criados de que su país es víctima, las encuentra advertidas y resueltas, cacerola en mano, prontas á encender las hornillas y á espumar los pucheros. La economía así entendida, lejos de quitar encanto á la mujer, aumenta los que tiene.

*
* *

DOS CASOS DE FARMACOMANÍA.—Se trata de un jornalero de cincuenta y seis años, en el primer caso, atacado á los cuarenta de una gastro-enteritis grave que persistió durante tres meses. Según vemos en los *Archivos de Psiquiatría*, el enfermo comenzó á usar, para contener los progresos del mal, sulfato de magnesia, en la dosis, al principio, de una cucharada en medio vaso de agua cada dos días; como esta cantidad resultara insuficiente, la fué aumentando á una, dos y tres cucharadas diarias; hace cinco años llegó á 50 gramos, y posteriormente ha seguido el aumento hasta llegar á 130 gramos diarios, mezclándola entonces con carbonato de magnesia y bicarbonato de sodio; se calcula que el paciente absorbe al año medio quintal de sulfato de magnesia, 3 kilos de carbonato de magnesia y 5 de bicarbonato de sodio. A pesar de estas cantidades considerables de alcalinos, el enfermo no presenta la caquexia alcalina; se entrega á ocupaciones fatigosas, ha conservado su buen apetito y no tiene diarrea; la secreción biliar no ha aumentado, la cantidad de orina es normal y la reacción fuertemente ácida. Es un caso curioso, digno de ser estudiado por los especialistas.

El otro caso es el de una mujer de cincuenta y nueve años, con buena salud, que para combatir el estreñimiento empezó á usar, á los cuarenta y tres años, en el período de la menopausa, el aceite de ricino; al principio tomaba dos cucharadas, recurriendo á él de cuando en cuando; pero después, la necesidad del purgante se hizo diaria, y las dosis fueron aumentando. Como el ricino la producía efectos eupépticos, la mujer se sirvió de él á título de digestivo y aperitivo. Después de las comidas sufre una sensación de pesadez al nivel del estómago, toma una cucharada de aceite de ricino, é inmediatamente se facilita la digestión; cuando al despertar se siente mal, otra cucharada de ricino la repone. Así viene á tomar 76 gramos por día, que representan más de 1 kilo por quincena y más de 25 kilos al año. A pesar de este uso inmoderado de un purgante tan enérgico, la mujer ha conservado su gordura, sin presentar el menor

signo de irritación intestinal ni de perturbaciones digestivas.

Los dos casos citados han sido recogidos por la *Gazzetta de gli Ospedali*.

*
* *

ADICIONES Y COMENTARIOS Á ZARATUSTRA.—Entre las obras póstumas de Nietzsche figuran varios fragmentos, que parecen destinados á completar ó á interpretar el famoso *Así hablaba Zaratustra* del genial filósofo. Aquí reproducimos algunos de los que nos parecen más interesantes y más comprensibles:

—Todos los fines están destruídos. Es preciso que los hombres se *asignen* uno. Era un error creer que *poseen* uno: se los han dado todos. Pero las *condiciones primeras* para todos los fines de otro tiempo están hoy destruídas.

—Mientras vuestra moral estaba suspendida sobre mi cabeza, respiraba como alguien que se ahoga. Desde entonces tuve que ahogar aquella serpiente. Quería vivir, y por eso debía morir.

—No hay que dar brincos en la virtud, pero es preciso que cada uno siga un camino diferente. Cada uno, sin embargo, no debe querer llegar á lo más alto; por lo contrario, cada uno puede servir de puente y de enseñanza para los demás.

—El hombre hace preciosa una acción; pero ¿cómo una acción haría precioso á un hombre?

—«Ama á tu prójimo», quiere decir, ante todo: «no te ocupes de tu prójimo». Y ese lado de la virtud es precisamente el más difícil.

—El que da, el que crea, el que enseña: he ahí los precursores del que domina.

—Toda virtud, toda victoria sobre sí mismo, no tiene el sentido sino como preparación del que domina.

—El gran educador es como la naturaleza: debe acumular obstáculos para que esos obstáculos sean vencidos.

—Derechos iguales para todos: esa es la más maravillosa injusticia; porque los hombres superiores son los que padecen con ese régimen.

—La doctrina de la Vuelta es el punto solsticial de la historia.

—El antípoda del *Sobrehumano* es el *último hombre*; yo los he creado al mismo tiempo.

—Cuanto más libre y determinado es el individuo, más exigencias tiene su amor. Al fin concluye por aspirar al *Sobrehumano*, porque todo lo demás no satisface su amor.

—Yo estaba inquieto en medio de los hombres; tenía el deseo de vivir entre los hombres, y nada podía satisfacerme. Entonces me fui á la soledad y creé el *Superhombre*, y cuando lo hube creado, lo envolví en el gran velo del llegar á ser, y dejé brillar sobre él la claridad del medio día.

—«Queremos crear un sér»; todos queremos tomar parte en ellos; queremos amarlo, queremos empollarlo y, *por causa suya*, honrarnos y estimarnos. Es preciso que tengamos un fin, á causa del cual nos amemos todos unos á otros. *Todos* los otros fines son dignos de ser destruídos.

—Que podamos soportar nuestra inmortalidad, esa sería la cosa suprema.

—Doctrina principal: tenemos el poder de interpretar el sufrimiento como una bendición, el veneno como un alimento.

—Debemos dejar de ser hombres que ruegan, para convertirnos en hombres que bendicen.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Madrid «in illo tempore»,</i> por Carlos Cambronero.	5
<i>Los traidores,</i> por Juan Pérez de Guzmán.....	22
<i>El desenvolvimiento de la industria en España,</i> por Francisco Espinosa y González-Pérez.....	39
<i>¿Debe estudiarse el espiritismo?,</i> por Antonio Gota.	54
<i>La Inquisición en Filipinas: caso inaudito del gobernador Salcedo,</i> por W. E. Retana.	84
<i>Recuerdos,</i> por José Echegaray.....	107
<i>Parnaso internacional: La muerte del mono,</i> por Anatolio France.	117
<i>La inmensa Hispania,</i> por Arturo Pérez Martín.....	119
<i>El país del placer</i> (novela), por Edit Wharton.....	133
<i>Revista de Revistas,</i> por Fernando Araujo.....	170

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
175		131	
Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.	15	— La Hechizada.	3
176		120	
— La Reforma integral de la legislación civil.	4	— Las Diabólicas.	3
177		124	
Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.	3	— Una historia sin nombre.	3
315		110	
Amiel. — Diario íntimo.	9	— Venganza de una mujer.	3
327-328		130	
Antoine. — Curso de Economía Social, 2 vols.	16	Baudelaire. — Los paraísos artificiales.	3
178		163	
Anónimo. — ¿Académicas?	1	Becerro de Bengoa. — Trueba.	1
179		174	
— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1	Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos)	1
183		353	
Araujo. — Goya.	3	Boccardo. — Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política.	10
180		311	
Arenal. — El Delito colectivo.	1,50	Boissier. — Cicerón y sus amigos.	8
182		380	
— El Derecho de gracia.	3	— La Oposición bajo los Césares.	7
181		169	
— El Visitador del preso.	3	Bourget. — Hipólito Taine	0,50
323		395	
Arnó. — Las servidumbres rústicas y urbanas.	7	Bréal. — Ensayo de Semántica.	5
114		447	
Arnold. — La crítica en la actualidad.	3	Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.	7
172		399	
Asensio. — Fernán Caballero.	1	Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.	2
39		300	
— Martín Alonso Pinzón.	3	Buisson. — La Educación popular de los adultos en Inglaterra.	6
184		367	
Asser. — Derecho Internacional privado.	6	Bunge. — La Educación.	12
368		185-186	
Bargehot. — La Constitución inglesa.	7	Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos)	14
391		187	
— Leyes científicas.	4	Buylla. — Economía.	12
416		36-37	
Baldwin. — Elementos de Psicología	8	Campe. — Historia de América (dos tomos).	6
111		156	
Balzac. — César Birotteau	3	Campoamor. — Cánovas.	1
54		79	
— Eugenia Grandet.	3	— Doloras, cantares y humoradas.	3
112		69	
— La Quiebra de César Birotteau.	3	— Ternezas y flores.	3
62		317-354-371	
— Papá Goriot.	3	Carlyle. — La Re-	
76			
— Ursula Mirouet.	3		
2			
Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla.	3		
12			
— El Dandismo y Jorge Brummel.	3		

N.º del Catal.º	Pesetas	N.º del Catal.º	Pesetas
		192	— Problemas jurídicos contemporáneos..... 3
		31	Dostoyusky. — La casa de los muertos..... 3
		33	— La novela del presidio. 3
		301	Dowden. — Historia de la literatura francesa.. 9
		402	Dumas. — Actea..... 2
		326	Emerson. — La ley de la vida 5
		332	— Hombres simbólicos. . 4
		413	— Ensayo sobre la naturaleza..... 3,50
		442	— Inglaterra y el carácter inglés..... 4
		459	— Los veinte ensayos... 7
		340	Eltzbacher. — El anarquismo, según sus más ilustres representantes. 7
		342	Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos..... 4
		193	Engels. — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado 6
		162	Fernán Flor. — Tamayo.. 1
		158	— Zorrilla..... 1
		155	Fernández Guerra. — Hartzenbusch 1
		92	Ferrán. — Obras completas 3
		73	Ferry. — Nuevos estudios de Antropología..... 3
		329	Fichte. — Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna. 5
		352	Finot. — Filosofía de la longevidad..... 5
		357	Fitzmaurice - Kelly. — Historia de la Literatura española..... 10
		24	Flaubert. — Un corazón sencillo..... 3
		390	Flint. — La Filosofía de la Historia en Alemania.. 7
		196-197	Fouillee. — Historia de la filosofía (dos tomos) 12
		195	— La ciencia social contemporánea..... 8
		194	— Novísimo concepto del derecho..... 7
		451-452	— Historia de la filosofía de Platón (dos tomos) 12
		333	Fournier. — El ingenio en la historia..... 3
		198-199	Framarino dei Malatesta. — Lógica de las
			volución francesa (<i>tres tomos</i>)..... 24
393	— Pasado y presente.... 7		
188	Carnevale. — Filosofía jurídica. — Crítica penal..... 5		
189	— La cuestión de la pena de muerte..... 3		
102	Caro. — Costumbres literarias..... 3		
140	— El Derecho y la fuerza. 3		
58	— El pesimismo en el siglo XIX..... 3		
65	Caro. — El suicidio y la civilización..... 3		
127	— Littré y el Positivismo..... 3		
363	— La filosofía de Goethe 6		
293	Castro. — El libro de los galicismos..... 3		
361	Champcommunale. — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado 10		
190-191	Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (<i>dos tomos</i>)..... 15		
64	Coppée. — Un idilio..... 3		
40	Cherbuliez. — Amores frágiles.. 3		
26	— La tema de Juan Tozudo..... 3		
93	— Meta Holdenis..... 3		
18	— Mis Rovel..... 3		
91	— Paula Mere..... 3		
394	Colombey. — Historia anecdótica de El Duelo. 6		
437	Comte. — Principios de Filosofía positiva..... 2		
404	Couperus. — Su Majestad. 3		
297-298	Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (<i>dos tomos</i>).. 15		
59	Daudet. — Cartas de mi molino..... 3		
125	— Cuentos y fantasías.. 3		
93	— El sitio de París..... 3		
13-14	— Jack (<i>dos tomos</i>)... 6		
22	— La Evangelista..... 3		
46	— Novelas del lunes.... 3		
100	— Tartarín en los Alpes 3		
425	Dollinger. — El Pontificado 6		
166	Dorado. — Concepción Arenal..... 1		
289	— El Reformatorio de Elmira..... 3		

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
	15	209	Gross.—Manual del juez. 12
302-303	Gabba.—Derecho civil moderno (dos tomos). 15	210	Gumpłowicz.—Derecho político filosófico..... 10
307	Garnet.—Historia de la Literatura italiana.... 9	211	— Lucha de razas..... 8
201	Garofalo.—Indemnización á las víctimas del delito..... 4	330	— Compendio de Sociología 9
200	— La criminología..... 10	212	Guyau.—La educación y la Herencia..... 8
202	— La superstición socialista..... 5	331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución..... 12
98	Gautier.—Bajo las bombas prusianas..... 3	471	Hailman.—Historia de la Pedagogía..... 2
167	— Enrique Heine..... 1	290	Hamilton.—Lógica parlamentaria..... 2
132	— Madama de Girardin y Balzac..... 3	213	Hausonville.—La juventud de Lord Byron. 5
121	— Nerval y Baudelaire.. 3	324	Heiberg.—Novelas Danesas..... 3
70	Gay.—Los Salones célebres..... 3	41	Heine.—Memorias..... 3
345	George.—Protección y librecambio..... 9	314	— Alemania..... 6
421	— Problemas Sociales.. 5	396	Höfding.—Psicología experimental..... 9
261	Giddings.—Principios de Sociología..... 10	426	Hume.—Historia de la España contemporánea.. 8
414	— Sociología inductiva. 6	412	— Historia del Pueblo Español..... 9
286	Giuriati.—Los errores judiciales..... 7	214	Hunter.—Sumario del Derecho romano..... 4
203	Gladstone.—Los grandes nombres..... 5	316	Huxley.—La educación y las ciencias naturales.. 6
164	— Lord Macaulay..... 1	3	Ibsen.—Casa de muñeca. 5
287	Goethe.—Memorias..... 5	119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo... 3
406	Gonblanc.—Historia general de la Literatura. 6	53	— Los Aparecidos y Edda Gabler..... 3
21	Goncourt.—Germinia Lacerteux..... 3	215	Ihering.—Cuestiones jurídicas.... 5
205	— Historia de la Pompadour..... 6	216	Janet.—La familia.... 5
204	— Historia de María Antonieta..... 7	423	Jitta.—Método de Derecho internacional..... 9
44	— La Elisa..... 3	217	Kells Ingram.—Historia de la Economía política. 7
61	— La Faustín..... 3	218	Kidd.—La evolución social..... 7
129	— La señora Gervaisais.. 3	219	Koch y otros.—Estudios de higiene general. 3
318	— Las favoritas de Luis XV 6	295 bis.	Korolenko.—El desertor de Sajalín..... 2,50
6	— Querida..... 3	88	Kropotkin.—La Conquista del Pan..... 3
11	— Renata Mauperín.... 3	322	— Campos, fábricas y talleres..... 6
358	— La Du-Barry..... 4	299	Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano..... 7
206	González.—Derecho usual 5	221	Laveleye.—Economía
282-283	Goodnow.—Derecho administrativo comparado (dos tomos)..... 14		
207	Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros... 7		
208	Grave.—La sociedad futura..... 8		
469, 470, 461 - 462.	Green.—Historia del Pueblo inglés (cuatro tomos)..... 25		

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
355	Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	242-314-372	Schopenhauer. El mundo como voluntad y como representación (<i>tres tomos</i>).....
365	— El porvenir de la raza blanca.....	78	— Estudios escogidos...
407	— Conciencia y voluntad sociales.....	241	— Fundamento de la moral
473	Papini.—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.	465	— Ensayos sobre Religión, Estética.....
157	Pardo Bazán.—Alarcón.	464	— La nigromancia.....
171	— Campoamor... ..	458	— Estudios de Historia filosófica.....
151	— El P. Luis Coloma...	448	— Eudemonología.....
168	Passarge.—Ibsen.....	401	Sienkiewicz.—Orso en vano.....
161	Picón.—Ayala.....	430	Sieroszewski.—Yang-Hun-Tsy.....
234	Posada.—La Administración política y la Administración social....	243	Signele.—El delito de dos
417	Potapenko.—La novela de un hombre sensato..	244	— La muchedumbre delincuente.....
379, 432 y 433	— La Historia Universal (<i>tres tomos</i>)..	245	— Teoría positiva de la complicidad.....
384	Quinet.—El Espíritu nuevo.....	320	Sohm.—Derecho privado romano.....
235	Renán.—Estudios de historia religiosa.....	378	Sombart.—El Socialismo y El movimiento social en el siglo XIX....
236	— La Vida de los Santos.	256	Spencer.—De las leyes en general.....
56-57	— Memorias íntimas (<i>dos tomos</i>).....	253	— El organismo social..
422	Ribbing.—La higiene sexual.....	254	— El progreso.....
237-238	Ricci.—Tratado de las pruebas (<i>dos tomos</i>).	257	— Ética de las prisiones.
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463 y 467	— Derecho civil (<i>doce tomos</i>).....	255	— Exceso de legislación.
285	Rod.—El silencio.....	248	— La beneficencia.....
409	Roguin.—Las Reglas jurídicas.....	246	— La justicia.....
415	Roosevelt.—New-Yorw.	247	— La moral.....
453	Rozan.—Locuciones, proverbios.....	260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...
346	Ruskin.—Las siete lámparas de la arquitectura	249	— Las instituciones eclesiásticas.....
446-439	— Obras escogidas, (<i>dos tomos</i>).....	251-252	— Las instituciones políticas (<i>dos tomos</i>)...
122	Sainte-Beuve.—Retratos de mujeres.....	258-259	— Los datos de la Sociología (<i>dos tomos</i>)...
441	— Estudios sobre Virgilio.....	250	— Las instituciones sociales.....
49	— Tres mujeres.....	353	— Las instituciones profesionales.....
381	Sansonetti.—Derecho constitucional.....	351	— Las instituciones industriales.....
84	Sardou.—La Perla Negra	362	Starcke.—La Familia en las diferentes sociedades
240	Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación....	292	Stead.—El Gobierno de Nueva York.....
		136	Stendhal.—El Amor...
		138	— Curiosidades amatorias.....

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
262 Sthal. — Historia de la filosofía del Derecho...	12	parlamentario en Inglaterra (<i>dos tomos</i>).....	15
341 Stirner. — El Único y su propiedad.....	9	400 Tehekhof. — Un Duelo..	1
376-377 Stourm. — Los Presupuestos (<i>dos tomos</i>)..	15	239 Thorold Rogers. — Sentido económico de la Historia.....	10
27 Stuart-Mill. — Mis memorias.....	3	134 Tcheng-Ki-Tong. — La China contemporánea..	3
449 — Estudio sobre la religión.....	4	5 Tolstoy. — Dos generaciones.....	3
291 Sudermann. — El Deseo.	3,50	7 — El ahorcado.....	3
263 Sumner-Maine. — El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7	71 — El camino de la vida..	3
265 — Historia del Derecho..	8	63 — El canto del cisne....	3
264 — La guerra según el Derecho internacional.	4	77 — El dinero y el trabajo.	3
266 — Las instituciones primitivas.....	7	10 — El Príncipe Nekhli..	3
267 Supino. — Derecho mercantil.....	12	34 — El sitio de Sebastopol.	3
403 Suttner. — High-Life...	3	81 — El trabajo.....	3
96 Taine. — El Arte en Grecia.....	3	15 — En el Cáucaso.....	3
101 — El ideal en el Arte...	3	15 — Fisiología de la guerra	3
66 — Filosofía del Arte....	3	52 — Iván el imbécil.....	3
106 — Florencia.....	3	117 — La escuela.....	3
268-269-313-337-347. — Historia de la literatura inglesa (<i>cinco tomos</i>).....	34	20 — La muerte.....	3
270 — La Inglaterra.....	7	1 — La sonata á Kreutzer.	3
74 — La pintura en los Países Bajos.....	3	95 — Lo que debe hacerse..	3
108 — Milán.....	3	48 — Los Cosacos.....	3
103 — Nápoles.....	3	90 — Los hambrientos.....	3
310 — Notas sobre París....	6	3 — Marido y mujer.....	3
104-105 — Roma (<i>dos tomos</i>).	6	85 — Mi confesión.....	3
107 — Venecia.....	3	113 — Mi infancia.....	3
334 — Los orígenes de la Francia contemporánea: <i>tomo 1.º</i> , El antiguo régimen.....	10	126 — Mi juventud.....	3
468 — Los orígenes de la Francia contemporánea: <i>tomo 2.º</i> , La Revolución; <i>tomo 1.º</i> , La anarquía...	7	75 — Placeres viciosos.	3
359 — Los filósofos del siglo XIX.....	6	94 — ¿Qué hacer?.....	3
272 Tarde. — El duelo y el delito político.....	3	294 Trevelyan. — La Educación de Lord Macaulay.	7
109 — Estudios penales y sociales..	3	89 Turgueneff. — Aguas primaverales.....	3
273 — La criminalidad comparada.....	3	97 — Demetrio Rudín.....	3
271 — Las transformaciones del Derecho.....	6	25 — El judío.....	3
339-360 Todd. — El gobierno		123 — El reloj.....	3
		47 — El Rey Lear de la Estepa.....	3
		8 — Humo.....	3
		139 — La Guillotina.	3
		16 — Nido de hidalgos.....	3
		137 — Padres é hijos.	3
		80 — Primer amor.....	3
		304 — Tierras vírgenes.....	5
		60 — Un desesperado.	3
		281 Uriel. — Historia de Chile	8
		153 Valera. — Ventura de la Vega.....	1
		116 Varios autores. — Cuentos escogidos.	3
		276 — El Derecho y la Sociología contemporáneos..	12
		274-275 — La nueva ciencia jurídica (<i>dos tomos</i>)...	15

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
277	Varios autores.—Novelas y caprichos.....	374	portuguesa (<i>dos tomos</i>). 15
55	— Ramillete de cuentos.	374	Wundt.—Compendio de Psicología.....
82	— Tesoro de cuentos....	429	— Hipnotismo y sugestión.....
428	— Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.	143	Zola.—Balzac.....
338	Virgilio.—Manual de Estadística.....	148	— Chateaubriand.....
278	Vivante.—Derecho mercantil.....	144	— Daudet.....
419-420	Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda (<i>dos tomos</i>)....	146	— Dumas (hijo).....
4	Wagner.—Recuerdos de mi vida.....	86-87	— El Doctor Pascual (<i>dos tomos</i>).....
325	Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa..	50-51	— El naturalismo en el teatro (<i>dos tomos</i>)....
408	Wallace.—Rusia.....	35	— Estudios críticos....
309	Westermarck.—El matrimonio en la especie humana.....	17	— Estudios literarios... 3
356	Wilson.—El Gobierno congresional; Régimen político de los E. U... 5	147	— Flaubert.....
443	Willaughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos.....	154	— Gautier.....
364	Witt.—Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos.... 7	141	— Jorge Sand.....
279-280	Wolf.—Historia de las literaturas castellana y	23	— La novela experimental.....
		9	— Las Veladas de Medán. 3
		149	— Los Goncourt.....
		67-68	— Los novelistas naturalistas (<i>dos tomos</i>).... 6
		30	— Mis odios.....
		150	— Musset.....
		32	— Nuevos estuds. literarios. 3
		165	— Sainte Beuve.....
		145	— Sardou.....
		159	— Stendhal.....
		142	— Víctor Hugo.....
		128	— Los hombros de la marquesa.....

